

La vida de Adoración

MARIE BENOITE ANGOT

Índice

Introducción	7
1. Adoración y vida	11
Un impulso de puro amor	13
Una mirada	24
Un cambio de vida	37
2. La vida que está en nosotros	55
Adoración y vida interior	55
Adoración y vida evangélica	67
El amor de adoración, cambio de santidad para nuestro tiempo	75
3. Cristo, nuestra vida	83
Cristo, fuente única de santidad	83
La persona de Cristo es única	91
El cuerpo y la sangre de Cristo, único pasaje	101
4. Una eterna adoración	117
El Cordero	117
El Cordero de Dios está ligado a la eucaristía y a nuestra adoración	124
El júbilo de las bodas, una plenitud de felicidad	136
5. Un amor para vivir en las casas	143
La importancia de las casas en la vida de Jesús	143
Importancia de las casas de adoración para una nueva evangelización	147
La Casa en el corazón de la Nueva Alianza	149
Las Casas de adoración, una necesidad para nuestro tiempo	150
Las Iglesias domésticas, prolongación de la Iglesia en el corazón del mundo	153
Las Casas de adoración, una vocación eucarística en el corazón del Mundo	154
Las Casas de adoración, anticipación de la Ciudad Santa	158

"La liturgia eucarística es, por excelencia, una escuela de adoración cristiana para la comunidad. De la misa parten múltiples caminos de una buena pedagogía del espíritu. Entre ellos aparece, sobre todo, la adoración del Santísimo Sacramento, que es la prolongación natural de la celebración. Gracias a ella, los fieles pueden realizar la experiencia particular de "permanecer" en el amor de Cristo (cfr. Jn 15,19), penetrando siempre más profundamente en la relación filial con su Padre".

(CARTA DEL PAPA JUAN Pablo II A LOS SACERDOTES, PARA EL JUEVES SANTO DE 1999)

Introducción

*Adorarás a un solo Dios y lo amarás por encima de todo*¹.

Para progresar en la vida espiritual y afianzar siempre más su relación de intimidad con Cristo, es importante reflexionar sobre el sentido profundo de la adoración.

Los capítulos 1 y 2 desarrollarán lo que es la adoración y el progreso de la misma.

En la tarea de prolongar la creación ordenada a la adoración del Creador, el hombre ha recibido ese primer mandamiento que le indica la naturaleza de la relación de mantener con Dios.

La adoración, por consiguiente, es constitutiva del ser humano, como que ha sido inscrita por Dios mismo en el corazón del hombre. Ella es el movimiento del alma por el que la criatura se vuelve hacia su Creador, en una respuesta de amor al Amor viviente.

Adoración es el nombre dado a la intimidad intercambiada entre el hombre y Dios; es la corriente de amor que el hombre le dirige y fomenta, en reciprocidad por la existencia y el ser que recibe de él.

Adorar y amar están estrechamente ligados, Dios mismo, al dirigirse a Moisés, ha juntado y enlazado estas dos palabras, indicándole así al hombre mucho más que un sendero espiritual, el camino de santidad por excelencia, pues se trata de una corriente de amor, de una vida, de un amor que debe vivirse. Este amor no es un amor cualquiera. Estando unido a la adoración, se halla orientado hacia el solo Dios. Es el amor de adoración, expresión que unifica el amor y la adoración debidos a Dios:

- Fuerte corriente espiritual que irrumpe desde lo más profundo del corazón del hombre hacia Dios.
- Camino de santidad perfecto y directo que Dios mismo ha trazado desde los primeros tiempos.

El mismo Dios ha querido suscribir el amor y la adoración no sólo sobre las tablas de la ley confiadas a Moisés, sino en lo más íntimo del corazón humano: Ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios (Lev 26, 12; Ez 11,20).

Para percatarnos de la importancia de la adoración, necesitamos saber qué adoramos o, más bien, a quién adoramos (cfr. Capítulo 3). En los albores del tercer milenio, ¿hemos descubierto verdaderamente el amor de adoración como camino de santidad? ¿Somos conscientes de tener entre nosotros mucho más que Moisés, para retomar la fuerte comparación de Jesús en el Evangelio a propósito de Jonás? Tenemos a Jesús – Eucaristía, presente y vivo en medio de los hombres.

Las palabras amar y adorar no adquieren todo su significado más que en función del objeto amado o adorado. Se puede amar un montón de cosas insólitas y muy variadas. Hasta se puede decir que se las adora, lo cual ya casi no tiene sentido ni, mucho menos, fuerza. Se ama y adora tanto el chocolate como las vacaciones, la bicicleta o la música. Por lo tanto, es oportuno juntar esas palabras en una sola expresión, a fin de recobrar su sentido profundo y toda su fuerza.

Si el Dios vivo, el Dios de nuestros padres, tal como se ha revelado el linaje de los grandes profetas, es digno de amor y de adoración a tal punto que Dios ha hecho de esto un precepto de vida, ¿cuán digno de ello no será también Jesús, el Hijo del Padre?, ¿cuánto más el amor y la adoración no deberán orientar de continuo nuestros caminos hacia Jesús-Eucaristía, el Hijo de Dios, y Dios él mismo, entregado a los hombres?

El amor de adoración es el vínculo más fuerte que puede unirnos con nuestro Dios. Y el Dios que vive en medio de los hombres es para nosotros, en ese tiempo de la historia, Jesús-Eucaristía.

De este modo, la adoración nos hace descubrir a la persona de Cristo y, más precisamente, a Cristo mismo que vive en su Eucaristía por la fuerza del Espíritu. Y, en intercambio incesante, a medida que descubrimos a Jesús-Eucaristía que vive entre nosotros, nuestro amor y adoración hacia él se desarrollan con intensidad.

Esto lo viviremos en plenitud en el Reino, cuando seamos introducidos en él.

La vida de adoración es anticipo de la vida eterna. Si la practicamos en este mundo, nos coloca en el camino de la felicidad que Jesús nos promete en el Evangelio, pero que nosotros no conocemos más que con un don anticipado. No tenemos de ella sino un previo paladeo. La plenitud de esta felicidad no nos será comunicada más que en el Reino donde estaremos en eterna adoración (cfr. Capítulo 4). Lo cual será para nosotros fuente de firme y jubilosa esperanza.

Ojalá que numerosas almas vivan la vida de adoración en este comienzo del tercer milenio, a fin de que la Iglesia crezca, llegue a su definitiva estatura, y Cristo pueda manifestarnos su gloria en esta tercera Pascua tan esperada.

1. Adoración y vida

Miren hacia él y quedarás resplandecientes (Sal 34,6)

El amor de adoración es la respuesta a un llamado que Dios el Señor nos lanza, que él nos invita a vivir en medio del mundo y al que nos atrae de modo irresistible. El Señor mismo nos atrae al amor y a la adoración de su persona

Por lo tanto, el amor de adoración no es un amor cualquiera ya que es un amor centrado en la adoración totalmente orientado hacia el Dios vivo, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Se trata de realizar una vivencia muy particular. A mi parecer, se trata de descubrir la fina flor del amor en toda su delicadeza, pero también en toda su fuerza.

Desde el principio, la adoración de la eucaristía nos lleva mucho más lejos que la plegaria de intercesión, que la plegaria de alabanza, que la plegaria de petición. Preliminarmente puede darse todo eso, y está muy bien. No hay por qué rechazar ni eliminar estas diferentes formas de oración por las que a menudo pasamos. Lo que, por otra parte, nos permite depositar a los pies de Jesús todas nuestras preocupaciones. Pero es sólo una cuestión de etapas, y de pequeñas etapas hacia una mayor unión con Dios.

En efecto, el Señor quiere llevarnos mucho más adelante e inducirnos a ser almas de adoración en medio del mundo. Quiere hacernos descubrir que el amor de adoración es un acto de puro amor. La palabra acto no es por lo demás muy adecuada si se la toma en el sentido de acción. Al contrario, resulta exacta si significa participación de todo nuestro ser y toma de posesión por parte de Jesús, quien obra entonces por sí mismo en nosotros. Es quien obra entonces por sí mismo en nosotros. Es aún más conveniente afirmar que el acto de puro amor es un impulso. Es un impulso que se desprende de todo el ser para precipitarse, como la pequeña aguja sobre el imán, hacia la persona viviente de Cristo. Es como una corriente de puro amor entre el alma y la persona viva de Jesús. Hay allí un contacto, un encuentro, el gran encuentro: el del alma con Jesús. Tiene lugar también, simultáneamente, un vínculo muy fuerte y muy delicado que se establece de persona a persona. Merced al amor de adoración, nuestra persona humana, pobre, débil y frágil, se encuentra muy estrechamente ligada a la persona viva de Cristo en la eucaristía. Y esto cambia todo para nosotros, pues el lazo que nos ata a Jesús nos permite recibir en nuestro corazón y en todo nuestro ser la fuerza misma de su amor. No sólo en nuestra alma Jesús se hace presente, por el milagro de la eucaristía, sino también en nuestra carne.

Tocamos allí un punto esencial de nuestra existencia, pues la dignidad inherente a nuestra persona humana no puede hallar su fuente y su pleno desarrollo más que en este encuentro íntimo y fuerte con Cristo. Él es, por excelencia, el modelo y el tipo perfecto de toda persona.

Sí, es un descubrimiento que debe realizar nuestro tiempo, pues sólo allí está el lugar de la felicidad verdadera, a la que cada ser humano aspira con todas sus fuerzas, y que no puede hallar fuera de Cristo. La persona humana no puede encontrar el sentido de su destino más que estando unida a la persona de Cristo resucitado quien, por la encarnación, tomó carne de la Virgen María y, por la eucaristía, transforma y vivifica nuestra carne!

Sí, el misterio de la eucaristía está en el centro de nuestra vida, de la vida de nuestra alma y de nuestro cuerpo, de nuestro ser todo entero. Está en el centro de nuestra existencia terrestre, para conducirnos a la vida de la gloria. Por eso, es fundamental vivir este misterio eucarístico y colocarlo de una vez en el corazón del mundo. Que cada cual se dé prisa.

Un impulso de puro amor

Un ejemplo ilustra muy bien en qué consiste el impulso de puro amor. Se nos ofrece en una de las escenas del Evangelio es el gesto espontáneo de María de Betania hacia Jesús (Mt 26,6-13). Hace falta extraer la lección que nos brinda este pasaje para comprender lo que el Señor espera de nosotros.

Pues bien, Jesús está en una casa. Lo rodean sus apóstoles y otras personas que han venido a escucharlo. De improviso entra una mujer, se aproxima a Jesús, se arroja a sus pies sobre lo que derrama un perfume precioso, y después se los toca con sus largos cabellos. Todos nosotros conocemos bien este relato.

El gesto espontáneo de esta mujer expresa el impulso de puro amor que la atrae hacia Jesús. Para llevarlo a cabo, ella no ha pedido autorización a nadie. Se atreve, sin embargo, a esparcir sobre los pies de su Señor y Maestro este valioso perfume.

En aquella época, una actitud semejante, que procedía de una mujer, trastocaba todas las conveniencias. Actitud osada con respecto a un hombre, tanto más que el hombre de quien se trata es asimismo reconocido como Maestro y Señor. El habla con autoridad, se nos relata en el Evangelio.

María, pues, se atreve a realizar este gesto espontáneo que es aparentemente pura locura, pero se deja guiar por el amor. Es una oración, y mucho más aún. Junto con la conversión del corazón y el pedido de perdón, la oración se convierte en ese "acto" de que hemos hablado más arriba, vale decir, gesto de afecto y fuerte impulso de adoración.

Al hacer esto, quiere significar a Jesús que ella se pone a su servicio. Se adhiere a él para siempre. Se vuelve disponible. Anticipa la esencia del lavatorio de los pies, y Jesús acepta su gesto porque ella ya ha comprendido que amar es hacerse servidor.

Quiere significar la disponibilidad de su persona hacia la persona de Jesús, es un impulso de puro amor. Y este impulso la lleva muy lejos. Ella percibe que Jesús, en su humanidad, necesita esta muestra de amor antes de soportar su pasión. Es quizá la única persona excepto la Santísima Virgen María en el silencio, nadie puede dudarle en unirse profundamente al inmenso sufrimiento de Jesús al acercarse a su pasión.

Los apóstoles mismos, que están allí en torno a Jesús, no captan muy bien este misterio de la pasión que se anuncia. A pesar de que Jesús los ha preparado para ese trance, es para ellos algo impensable. Pues bien, se acerca la hora y frente a ésta Jesús se encuentra muy solo. Una mujer, María, lo ha comprendido. A los pies del Maestro, se movió a compasión. Se unió a la persona sufriente de Cristo. Esto supone mucho amor y mucha adoración.

María de Betania cree que Jesús es el Hijo de Dios, el mismo que ha resucitado a su hermano Lázaro. El agradecimiento y el amor de esta mujer provienen de que ha reconocido, en la persona de Jesús, el Hijo de Dios vivo. Entre su amor hacia él o su

adoración, nadie podría afirmar qué es lo más fuerte. Pero lo que hay de cierto es que los dos sentimientos están mezclados. María ama con un impulso de puro amor a la persona de Jesús a quien adora. Y lo adora como Dios que ha venido a dar su vida para salvarnos. Igualmente, no vacila en adelantarse y tomar la iniciativa para acercarse a Jesús y ocuparse de él.

Historia maravillosa la del encuentro de esta mujer con Jesús: es un encuentro de persona, de corazón a corazón. El amor de adoración del que rebosa el corazón de esta mujer y se expresa en ese gesto espontáneo de puro amor, la introduce si más en el misterio de Dios, en el descubrimiento de Jesús, Hijo de Dios hecho hombre.

Su amor de gratitud, de adoración, la introduce de golpe en el misterio de la salvación; o sea, el misterio de sufrimiento, de la pasión, del don total que Jesús hace de su persona, y que salva a los hombres del pecado y de la muerte. Ya es la eucaristía en cuanto acción de gracias. Jesús, que conoce el fondo de los corazones, revela lo que hay en el corazón de esta mujer cuando dice: Ella tenía reservado este perfume para el día de mi sepultura (Jn12,7).

Así, rebatiendo los reproches, Jesús aprueba ese gesto y lo explica. Le asigna su finalidad.

Pero al mismo tiempo, en la aprobación de Jesús, hay admiración y también gratitud, pues no cabe ninguna duda de que ese testimonio de amor y adoración ya le ha proporcionado un poco de aliento. En medio de la angustia que afronta en soledad ante la proximidad de su pasión, una mujer piensa en ocuparse de él y en manifestarle algún consuelo.

Delicadeza del amor que no se proclama, pero que se vive. Lazo misterioso que une dos corazones, permitiéndoles descubrirse y penetrar en lo más íntimo de ellos mismos, conociendo lo más secreto y, por lo mismo, lo más precioso, que allí se encierra. Únicamente el amor permite semejante comprensión, semejante entrada en el misterio y en todo lo que está oculto a los demás. Es lo que sucede con el amor de adoración. Es el amor que ofrecemos a nuestro Dios vivo. Y este amor nos conduce al descubrimiento de su persona, impulsándonos hasta el corazón de su misterio, hasta la intimidad de su ser, hasta las interioridades de sus secretos. Si, el amor de adoración conmueve el corazón de nuestro Dios: no existe para él ningún otro que sea más precioso.

Así, la adoración verdadera que nos une a Jesús es un amor que hay que vivir. No se trata de una simple plegaria, ni mucho menos de una plegaria que fuese una fuga o de un replegarse sobre sí mismo.

La verdadera plegaria, la que complace a Dios, dirige completamente nuestro ser hacia él en un gesto de puro amor, en un impulso de adoración. La plegaria de adoración se traduce en gesto, en ímpetu, en acto que manifiestan nuestro amor a

Dios y a nuestros hermanos. Allí radica la pura caridad, la verdadera caridad que nos impele, más allá de nosotros mismos, al encuentro con Dios quien, por su lado, nos atrae hacia nuestros hermanos.

El encuentro es el elemento indispensable para conocer a alguien, descubrirlo, unirse con él mediante la amistad o el amor. Lo mismo acontece con Dios. Pero, encontrar a Dios es siempre un evento destacado en nuestra vida, porque Dios no es una persona como las otras: Dios es amor. Encontrarlo significa encontrar el amor completo, pleno, que colma! Y eso nos atrae.

Cristo, en la eucaristía, es una persona viviente que nos cautiva: Y cuando yo sea levantado en alto sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí (Jn 12,32).

Jesús ya realiza esto con nosotros en la eucaristía.

Aunque no lo veamos con nuestros ojos carnales su presencia viviente puede embargarnos. De esta manera, nos manifiesta que él está allí. Ese yo soy que es el nombre del Dios de Moisés, es el nombre que Jesús se da para expresar que él es Dios: Desde antes que naciera Abraham, Yo soy (Jn 8,58). Este nombre, que es presencia eterna y siempre actual, es el nombre de Jesús-Eucaristía: está siempre allí presente para nosotros, en medio de nosotros, hasta el fin de los tiempos.

Para encontrarlo, es necesario volverse disponible. Estar presente ante su presencia. El espera esto de nosotros. La adoración de la eucaristía nos reclama la diligencia de acudir a su presencia y mantenernos allí; pasar un tiempo con él nada más que con él, un tiempo suficiente para entrar en silencio y permanecer en él. Es allí donde se establece la comunicación de corazón a corazón a la que quiere atraernos; la iniciativa es de él. En un corazón de pobre, en un corazón dulce y humilde, él lo puede todo. Porque de este encuentro, despide a los ricos con las manos vacías y dispersa a los soberbios. Pero colma de bienes a los hambrientos. Así colmó a María de Betania, que venía a él humildemente, dejándose henchir por la gracia del pecador perdonado. Ella no dijo nada. Entró en adoración. Amaba demasiado, adoraba demasiado a su Dios vivo para pronunciar palabras. Un amor así es sin palabras de parte del ser creado.

En el verdadero silencio, el corazón humilde nada tiene que decir de sí mismo, nada tiene que dar de sí mismo. Es un receptáculo dócil a la gracia. Se deja llenar por ella. Entonces, Dios toma la palabra. Es lo que sucede en el episodio del perfume derramado. María de Betania no dice una sola palabra. Se acerca silenciosamente y luego expresa, mediante un gesto, el puro impulso de amor que la anima. No ha pronunciado una sola palabra. Ella ha amado con una actitud espontánea.

Pero Jesús, si habla. No lo hace para estimular o agradecer a la que ha esparcido el perfume sobre él. No es necesario. Una corriente de corazón a corazón se ha establecido entre Jesús y esta mujer.

Y funciona sin palabras. El amor de adoración que se ha apoderado de ella le ha permitido entrever la altura, la anchura, la profundidad del amor de Cristo hacia ella y hacia todos los pecadores. Para salvarlos, va a dar su vida. Ella lo ha captado, por intuición, por gracia, por amor.

Si Jesús toma la palabra, lo hace por lo otros, por sus detractores. Y Judas es el portavoz, el guía del grupo. Allí está como quien observa en vista de hacer perecer a alguien. El orgullo, los celos, el amor al dinero ya han carcomido su corazón. Intenta separar de Jesús a esta mujer. Su perfidia es sutil.

Trata de oponer el amor de adoración, que ella manifiesta a Jesús, el amor de caridad para con los pobres. Procura introducir la división mediante la mentira. Sabe muy bien que lo que él dice es falso, y no es ese su menor pecado. Todo esta falseado en su corazón.

Jesús ha dicho y enseñado con claridad que los dos mandamientos, amar a Dios y amar a su prójimo son semejantes. Pero el odio ha entrado en el corazón de Judas; el no está más en el amor. Ya no puede soportar que alguien ame a Jesús, y lo ame hasta ese punto. Invoca un falso pretexto, el más sutil de todos, para hacer crecer que esa mujer carece de caridad al olvidarse de los pobres. Pero, es su propio corazón el que está hundido en la negociación del amor. Intenta él sembrar al ambigüedad, la confusión. Piensa así poder alejar de Jesús a esta mujer, rechazarla, soliviantar el entorno en contra de ella, a fin de expulsarla.

Jesús sabe que Judas ya lo ha traicionado en su corazón. Sabe que por él el hijo de la perdición va a venir de un momento a otro la traición. Pero aún no es la hora y Jesús le impide a Judas llegar más lejos. El príncipe de las tinieblas es sutil, pero el amor de Jesús-Eucaristía lo sobrepasa infinitamente. Jesús toma la palabra para explicar la finalidad del gesto de María. A esto, ya no hay nada que replicar. La discusión está cerrada. Se trata de otra dimensión: el perfume derramado es anticipación de la sepultura. El gesto de esta mujer en un anuncio de la pasión.

Cada uno puede reflexionar sobre estas sorprendentes palabras, ya que todo ello tiene lugar justo antes de la Cena y pone de relieve la trágica oposición entre el amor extremo de Cristo y el no amor de Judas. El amor de la eucaristía y el misterio de la traición están relacionados. Judas, uno de los más íntimos, todo lo ha escuchado y lo ha observado todo.

El mayor de los dramas va a desarrollarse dentro de pocas horas. Jesús procura preparar a sus apóstoles como lo ha hecho en muchas oportunidades. Pero, al mismo tiempo, las palabras que pronuncia en vista de mi sepultura son directamente para Judas, quien ya ha organizado todo para que Jesús sea arrestado y sometido a muerte. Judas, más que los demás apóstoles, tiene conciencia del drama que se está urdiendo. El (el no-amor) es su principal actor frente a Jesús que es el Amor.

Y muy pronto, las multitudes, ignorantes y superficiales no es esta tampoco su menor falta, optarán por el no amor, exclamando: "Que muera, que muera!" Es su interés a corto plazo, es la solución fácil, pues el odio separa, divide y mata. Pero cuando el odio mata al amor, es para una resurrección: "Al tercer día resucitó de entre los muertos" (Símbolo de los Apóstoles).

El odio no triunfa más que por un corto momento y en apariencia. No puede matar al amor porque el amor no conoce fin, es eterno. Al contrario, Judas, el hijo de perdición, muere en su odio. Se suicida por desesperación, en una angustia profunda. El ha conocido muy de cerca de aquel que es amor para no sentirse en la más grande de las torturas. En esto consiste la pena de daño, lo que significa "separar".

Separarse del amor es lo mismo que condenarse.

Equivale a entrar uno mismo en el infierno.

Todos estos hechos se desarrollaron precisamente antes de la Cena. Lo cual resulta llamativo. De ello pueden deducirse dos conclusiones:

- El misterio de la eucaristía, como sacrificio, está vinculado con el misterio de la traición.

El sacrificio llegó por la traición, gigantesco combate entre el amor más grande y el diablo, el que separa, el que obstaculiza, el que no puede soportar el amor y que entró en el corazón de Judas. ¿No se encuentran acaso unidos estos dos misterios en la vida de todo discípulo de Cristo y, más particularmente, en la de aquellos que quieren amar con intenso amor la eucaristía?

- La celebración de la Cena ya es inaugurada por María de Betania, de rodillas a los pies de Jesús, en el amor y la adoración. María representa a toda la humanidad en la espera de ser salvada por Jesús, y por él solo mediante su sacrificio. Allí comienza la celebración de la eucaristía. Aun antes de realizarse el banquete pascual, María celebra a Jesús como Salvador: es el que viene a vencer a la muerte. Lo ama y lo adora en su persona. Su presencia viviente es preciosa a sus ojos. Ella se lo manifiesta antes de que tenga lugar el sacrificio.

Da gracias con un amor de reconocimiento infinito: es un amor eucarístico o también un amor de acción de gracias.

Así, la eucaristía adquiere toda su dimensión porque integra y toma en cuenta la vocación de los bautizados, que consiste en amar y adorar. Ella no se limita al solo momento del sacrificio. No podría haber sacrificio ni alimento, si antes no hubiera también la persona y la presencia, siendo ambas realidades inseparables por siempre.

La eucaristía no se reduce al solo banquete que comprende sacrificio y alimento. Si no hay convidados, el banquete no tiene más sentido. No hay que olvidarse de los

invitados. No puede haber convite sin convidados. Los beneficiarios del banquete sacrificial, de la comida, son todos los invitados. Así sucede con la adoración eucarística.

Cuando amamos y adoramos a Jesús-Eucaristía, celebramos su persona viviente y su presencia.

Adorar a Jesús en la eucaristía, es amarlo dando gracias por su persona, por su presencia en un puro impulso de amor.

EuKarístos, en griego, significa "gracias". Y en ello consiste exactamente el amor eucarístico: amor de agradecimiento a la persona de Cristo en su eucaristía. Amor muy especial que brota del corazón de los hombres con puro reconocimiento y acción de gracias. Está visto y entendido que el amor de adoración no es una forma de oración, menos aún una devolución. Es un amor que hay que vivir en homenaje incesante a Jesús, en íntima unión con él. Podemos vivirlo desde aquí en la tierra. Estamos llamados a vivirlo plena y eternamente en el Reino. Sin embargo, es necesario que nos preparemos desde ya sin pérdida de tiempo.

Una mirada

- **Adorar a Jesús, es mirarlo con amor**

No existe una definición mejor ni de la adoración ni del amor. A propósito de la adoración, no se trata de discurrir sobre ella, sino de vivirla. Adorar a Jesús vivo en la eucaristía es algo simple; de lo contrario, el Señor no proclamaría este gran llamado a los laicos que viven en medio del mundo.

Jesús viene a grabar este llamado con letras de fuego en nuestros corazones. "No pases un solo día sin mirarme" (Les Maison d' adoration, p. 121).

A partir de esto, quiere forjar almas de adoración que vivan en medio del mundo con un amor vigoroso y ardiente. Así, es una mirada de puro amor la que posamos sobre la persona viva de Cristo en la Eucaristía. Se trata de algo simple, es verdad, pero de una densidad considerable en nuestra vida.

Notemos hasta qué punto quiere el Señor conducir a las almas de adoración.

Echemos mano a una comparación ya que hay relaciones de profunda semejanza entre el amor divino y el amor humano: Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza (Gn 1,26). De este modo, cuando amamos profundamente a alguien, lo amamos porque es como es. Lo amamos a pesar de los defectos que le conocemos, ya que ninguna persona es perfecta: en eso no cabe ninguna explicación racional.

Cuando amamos de verdad, nuestro amor pasa por encima de todas las imperfecciones humanas, aun de los errores. Va mucho más allá. Pero, cuando dejamos atrás nuestras propias personas y nuestras afecciones, el amor humano se contacta con el amor divino y nos lo hace entrever.

Cuando dos seres se aman, se sienten atraídos el uno hacia el otro. No se preguntan cómo hay que amar ni en qué consiste el amor: lo saben desde adentro. No buscan explicarlo: lo viven. Una madre que ama a su hijo no se pregunta intelectualmente cómo deberá amar a ese niño: ella vive de ese amor, muy simplemente. Va a traducirlo en actos cuidando del hijo, dedicándole su tiempo, sus fuerzas y, de manera espontánea, toda su vida en una palabra.

Amar: he ahí la realidad más sencilla del mundo y el más precioso de los bienes. Podemos preguntarnos. ¿no es hoy en día, muy maltratado, asfixiado y desfigurado este precioso bien? ¿Se sabe al menos en qué consiste el amor verdadero? ¿Se dispone todavía de tiempo para amar, o esto no pasaría a ser un lujo? ¡Algo que no está más de moda porque no es redituable ni eficiente!

El Señor mismo replantea todas estas cuestiones en nuestra vida, atrayéndonos al amor de adoración. Si el amor humano es capaz de ir más allá de todo lo que es finito e imperfecto, si es capaz de sobreponerse al

sufrimiento que proviene de nosotros mismos y de los demás. ¿cuánto más, no podrá el amor de adoración cobrar ímpetu para posarse en la persona divina y adorable de Cristo en la eucaristía?.

Jesús. por cierto, está libre de defecto. Es la perfección misma. Es el ser infinito, eterno, permanente. Es su amor, no flaquea nunca. Al contrario nosotros que estamos mancillados por el pecado original, experimentamos altibajos sin cesar. Nuestro amor, nuestra caridad, el fuego interior que vive en nosotros, vacila fácilmente y está sujeto a variaciones de intensidad. En cambio, el amor de Jesús es siempre tan fuerte, siempre tan vivo que nos atrae sin interrupción. ¡Qué fácil es entonces para nosotros fijar, en todo momento y en toda circunstancia, una mirada de puro amor en Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, tan realmente presente en la eucaristía! ¡Qué concreto resulta para nosotros un amor de esta índole!

Cuanto más fijemos nuestra mirada en la persona viviente de Jesús, tanto más quedaremos embelesados por la irradiación de la gloria; tanto más él nos transformará y nos colmará. Nos dará la paz profunda que, más allá de todas las pruebas y sufrimientos, nos conduce al corazón de Dios.

•La adhesión de todo nuestro ser

La mirada de adoración que nos impulsa hacia la persona de Cristo no es nunca sino una respuesta a la mirada de amor de Dios hacia nosotros. Esta respuesta requiere de nuestra parte:

- una entera adhesión que comprometa toda nuestra vida y ponga en evidencia que adoración y vida están entrelazadas;
- luego, una conciencia vivida de que la mirada de Dios hacia nosotros es la primera.

Es la adhesión de todo nuestro ser, con nuestra total buena voluntad. La buena voluntad implica, según la expresión misma, que la voluntad se pone en juego. Y, dado que esta voluntad es buena, se entiende que interviene en el deseo de obrar bien; de dar gusto; de agradar a Dios; o por lo menos de buscarlo, si aún no lo hemos encontrado. Un deseo así se forja con amor.

Voluntad y amor se unen, funcionan juntos. Hay voluntad de amor. La voluntad buena es voluntad de amor en la que el querer el amar marchan a la paz.

En la vida espiritual, es importante que voluntad y amor marchen juntos. Si el querer y el amar se separan, terminan pronto en actitudes extremas y exageradas. Mientras que, si marchan siempre juntas, mantienen su equilibrio.

Es la actitud fundamental del hombre que busca a Dios y que, en este deseo encuentro, quiere posar en él su mirada, a fin de mejor conocerlo y amarlo mejor. Su voluntad buena es necesaria, pues acarrea la adhesión de todo su

ser, el convertir la mirada de adoración que se posa en Jesús en un verdadero compromiso de vida. Adoración y vida no pueden estar disociadas so pena de dejarnos en completa ficción.

La adoración es el compromiso de vivir bajo la mirada de Dios, todos los instantes de nuestra vida.

Por el contrario, tampoco se pueden disociar los compromisos de nuestra vida cotidiana de la adoración debida a Dios, puesto que somos sus hijos.

Sin ello, nuestra vida pierde todo su sentido. Se comprende entonces que la vida de adoración sea el compromiso más fuerte y el más completo posible. Ya en ella significa la adhesión a Cristo, conseguida en la adoración y vivida concretamente en nuestros actos y gestos de todos los días.

Por consiguiente, no hace falta ningún reglamento, estatuto, ni lista de obligaciones que, a veces, gravitan pesadamente sobre las espaldas, y pueden obstaculizar el impulso del alma – Ustedes...imponen a los demás cartas insoportables (Lc 11,46), dirá Jesús a los fariseos. La vida de adoración se sitúa muy por encima de eso y da respuesta a muchas cuestiones. No hay método ni receta que permitan automáticamente entrar en adoración.

La cuestión, tan a menudo planteada: "Cómo hay que adorar? no tiene respuesta. Responderla sería, por lo menos, singularmente reductivo. Pues el problema no se plantea así, ya que no existe un procedimiento para entrar en adoración. La adoración pertenece a otro orden. Está vinculada con la vida; es un amor que se vivencia, un amor que libera.

Permite el encuentro entre el alma y su Dios, sin ningún intermediario, sin ningún testigo. Es una relación de mutua confianza la que se establece un vínculo de alma a alma, directo y personal.

Y ustedes tendrán una alegría que nadie les podrá quitar (Jn 16,22). Ninguno puede apresarla con el fin de someterla o despojarnos de ella. En eso consiste nuestra verdadera libertad de hijos de Dios, la que él quiere para cada uno de nosotros.

Esa vida no puede ser una opción entre otras, porque es bastante más que un compromiso que uno hubieses decidido por sí mismo. Es una opción efectuada por amor; es una voluntad de amor en la que el individuo todo entero cuerpo y alma se deja cautivar por su Dios. Por lo tanto, es Dios quien lo conduce todo, porque él es Maestro y Señor; Maestro de vida espiritual y Señor de toda vida.

A nadie en el mundo llamen "padre", porque no tienen sino uno: el Padre celestial.

No se dejan tampoco llamar "maestro", porque sólo tienen un maestro, que es Cristo (Mt 23,9-10)

Semejante actitud de confianza filial da respuesta a otro conjunto de dificultades que se expresa así “La plegaria de adoración, al estar hecha de silencio, nos deja distraídos, o bien vacíos, ociosos, “áridos”. En pocas palabras, se cae en el tedio y no se sabe cómo ocupar ese silencio, ni cómo llenarlo. Lo que significaría que ese silencio, ante Dios, carece de sentido y es vano, y que toda nuestra vida es el resultado de nuestra propia construcción. Nosotros la llenamos con nuestras propias ideas, esfuerzos, ocupaciones, proyectos, distracciones. En este caso, no estamos en condiciones de recibir algo de Dios. No hay en nosotros ningún espacio para él. Es lo que aconteció en la Nochebuena: “No había lugar para él en el albergue”. El bullicio, la agitación, las multitudes no le dejan efectivamente ningún lugar. Esto corresponde por completo al espíritu del mundo.

Sucede lo mismo con nosotros. Reproducimos aquella escena de la Nochebuena. No hay lugar en nosotros para él. Igual que las mariposas atraídas por la falsa luz, que les provoca súbita muerte, muchos son también atraídos por las agitaciones del mundo. Y cuando cesa la agitación, se sienten totalmente desamparados.

¡Felices son aquellos que, aun viviendo en pleno mundo, buscan un espacio de silencio, con lo hicieron María y José en Nochebuena, conscientes de que es la condición indispensable para acoger a Dios, para encontrarlo, para verlo... y adorarlo!

Este lugar de silencio, este espacio interior para Dios, no se encuentra más que en la pobreza y en el desprendimiento. Con frecuencia, a través de estas situaciones de pobreza y desprendimiento, Dios nos atrae hacia él y en él, siempre más.

Quizá sea esto lo que a veces nos atemoriza y nos espanta. Y nuestra primera reacción, muy humana, es entonces la de volvernos atrás.

Quizá sea esto lo que a veces nos atemoriza y nos espanta. Y nuestra primera reacción, muy humana, es entonces la de volvernos atrás.

Es una pena, porque bloqueamos nuestro acceso a la verdadera felicidad. Para franquear esta etapa de pobreza interior sin asustarnos, hace falta encomendarse a Dios y a su Providencia, con la mayor confianza y con el mayor de los abandonos. Es la actitud filial del niño para con su padre.

Encomendarse a Dios, dejarle la iniciativa entre todo, haciéndole entrega a nuestra buena voluntad, he aquí el secreto de la vida de adoración. De este modo, adoración y vida corren parejas: ¡es imposible adorar sin que algo cambie en nuestra vida!

Con esto ya vemos en qué medida la vida de adoración reúne en sí misma y significa vida interior, vida sacramental y conducta de vida. Ninguno de estos aspectos está separado de los otros.

Rige entre ellos fortísima cohesión. El comprenderlo, descubrirlo, vivirlo, nos va trazando un camino sin igual de unión con Dios. Este es el "camino": Yo soy el camino, nos dice Jesús.

Me parece que este camino es el de porvenir de la Iglesia, el del tercer milenio y de la nueva evangelización, porque está construido sobre Cristo, sobre la adhesión a su persona, en la adoración, y sobre la conducta de vida que se desprende de allí y que el mismo Jesús proclama en el Evangelio como fuente de la felicidad más grande: ¡Bienaventurados los mansos, los misericordiosos: El Reino de Dios les pertenece! ¡El Reino ya está entre ustedes!

•***La mirada de Dios hacia nosotros***

En este itinerario que pone a prueba toda nuestra voluntad, comprobamos que somos conducidos y guiados, limitándonos a responder a un llamado o incluso a una atracción semejante a la de un sediento que busca a tientas la fuente que apagará su sed, o a la de un hambriento, que procura el sustento que lo alimentará, y sin el cual no puede vivir.

Se deduce así la certeza de que el amor de Dios se adelanta a nosotros. Dios nos amó él primero, nos enseña san Juan. Él tiene la iniciativa en todo. Reconocerlo, ser consciente de ello, equivale a permanecer en este amor, dejándose guiar e instruir por él. Al aplicar esto a la mirada de adoración, que nos atrae hacia Cristo y nos permite entrar cada día más profundamente en la intimidad de su amor, es forzoso constatar que la mirada de Dios nos cautiva, nos invade, nos envuelve.

Desde el origen, la mirada de Dios se posa sobre el mundo, porque es su creador; y su mirada transmite vida. Desde toda la eternidad, la mirada de Dios se posa sobre cada uno de nosotros: El Espíritu del Señor está sobre mí, dice Jesús en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,18). Esta mirada nos ilumina hasta en lo más íntimo del alma y nos da la luz: Yo soy la luz del mundo, nos dice Jesús (Jn 8,12).

Cuando somos abiertos y receptivos ante esa mirada de Dios hacia nosotros, en ese preciso momento volvemos los ojos hacia él, que es **el ser**. Así como una planta se orienta naturalmente hacia la luz porque es vital para ella, de igual modo es vital para nosotros volver la mirada hacia Dios. Muy simplemente, esta es una respuesta a su mirada hacia nosotros. En este admirable intercambio, Dios se adueña de nosotros para atraernos a él.

Ejerce sobre nosotros un atractivo irresistible, y mientras nos mantenemos en estado de gracia nos dejamos guiar y seducir por esa mirada. Su presencia es entonces tan íntima en nosotros mismos que está dentro nuestro; habita en nosotros, realizando así su morada en este mundo; nosotros en él, él en nosotros.

Muy a menudo, desgraciadamente, intentamos escapar a la mirada de Dios hacia nosotros, a causa del pecado. Nosotros mismos, entonces, erigimos barreras, obstáculos, defensas,. Nos escondemos, como Adán y Eva después de la desobediencia.

En efecto, nos podían soportar más la mirada que Dios les dirigía, esa mirada que lo pone todo en evidencia, escrutando hasta lo más íntimo de

los corazones. Con frecuencia, el pecado no nos permite aceptar que la mirada de Dios nos ilumine plenamente. Pero el que ama la luz acude a la luz.

Se expone a la mirada de Dios y vuelve hacia él su rostro. Hay entonces un intercambio admirable en el que realiza ese tan hermoso canto del salmo:

Miren hacia él y quedarán resplandecientes

(Sal 34,6)

Pero entonces, ¿es posible mirar a Dios? No lo era en el Antiguo Testamento. El pueblo hebreo no podía ver más que la nube. Todo el pueblo se volvía hacia ella, teniendo una viva conciencia de la presencia de Dios, y lo adoraba. La nube era luminosa y manifestaba la gloria del Señor. De lo cual Moisés ha sido el testigo por excelencia, pues al descender de la montaña, donde Dios se le había manifestado, reflejaba la luz de gloria de manera tan viva que debía velar su rostro cuando se mostraba al pueblo. Moisés es un modelo espléndido del amor de adoración al que Dios llama a las almas de adoración, en los albores del tercer milenio. En realidad Dios había prescrito a Moisés para que lo grabara por siempre en las tablas de piedra el amor de adoración, en un mandamiento único.

Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas, Graba en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy

(Deum 6,5)

Sin embargo, con la venida de Cristo se produce un adelanto prodigioso:

- Para los hebreos, en el desierto, todo ocurría en la tienda del Encuentro; y la nube, por encima de la tienda, manifestaba la presencia de Dios.
- más tarde, en Jerusalén, la presencia de Dios tendrá lugar en el Templo, adonde los judíos irán a adorar;
- pero he aquí que para nosotros, en adelante y gracias a Cristo, todo ocurre en su presencia viviente, cuerpo y sangre, en la eucaristía. Y esto no es más que una preparación, una introducción a la visión de gloria, al "cara a cara" al que estamos todos invitados.

Progreso admirable en el que Jesús ocupa un lugar central, ya que por él tendremos acceso al "cara a cara". Ver el rostro de Dios: he aquí lo que la encarnación ha realizado para nuestro bien. En Jesús, Dios se ha vuelto cercano y presente, de un modo nuevo. Cercano y presente dos cualidades insustituibles del amor.

María y José, los pastores, los magos, luego más adelante los discípulos y muchos otros que siguieron a Jesús, que lo escucharon y lo vieron pasar,

podieron, todos ellos, contemplar realmente el rostro de Dios: El que me ha visto, ha visto al Padre (Jn 14,9).

Así, por medio de Cristo, Dios revela su rostro a los hombres, Gracias a la encarnación, conocemos el rostro mismo de Dios. Y, además, gracias a la encarnación, podremos sin fin, en la vida de gloria, adorar a Dios, al contemplar el santo Rostro de Jesús.

Cristo le da a Dios su rostro. Podemos en adelante adorar sus rasgos. Estos pueden imprimirse en nosotros cada vez más, preparándonos al "cara a cara", cuando lo veamos tal cual es (1 Jn 3,2). Quizás el Padre nos ha dado su Hijo para que, sin cesar y eternamente, podamos adorar su santo Rostro, y para poder él mismo complacerse en nosotros al ver cómo reflejamos el rostro de su Hijo, convirtiéndonos entonces, verdaderamente, en otros hijos suyos.

A menudo, en el curso de su vida pública, Jesús fija su mirada en alguien.

Entonces, siempre ocurre algo: es el momento del encuentro. Pero la mirada de Jesús es siempre la primera. El nos precede en el amor. Así Jesús declara a Natanael: Yo te vi..., cuando estabas debajo de la higuera (Jn 1,48).

Cuando Jesús fija su mirada en una persona, ella hasta ese momento anónima pasa a ser alguien: un personaje, una personalidad. Es lo que sucede con Mateo, con Zaqueo, con la Samaritana, con cada uno de los discípulos que Jesús llamó en su seguimiento. Sus nombres, en adelante, quedan registrados en el Evangelio, hasta el final de los tiempos. Es lo que sucede con cada enfermo que Jesús a curado; con cada pecador que se ha convertido por haber simplemente encontrado su mirada. Lo mismo ocurre con todos nosotros, multitud innumerable, cuyo nombre está inscrito en el cielo, debido a que por puro amor Jesucristo, el que salva, fijó su mirada, fuerte y tierna al mismo tiempo, en cada uno de nosotros.

En este tiempo de la vida de la Iglesia que nos es dado, no podemos ver a Jesús como cuando recorría las carreteras de Palestina. Tampoco podemos verlo inmediatamente en una gloria comparable a la del Tabor. Pero podemos verlo presente en la eucaristía. Para nosotros, gracias a Cristo, todo transcurre en su viva presencia.

Fijar nuestra mirada en él, amándolo: esa es la adoración. Y no es más que una respuesta a su mirada hacia nosotros. ¿Cómo pretenderíamos amar y adorar a Dios sin pasar por Cristo, después que él mismo se nos ha dado y entregado en la eucaristía, como vía de acceso al Padre y como vía de acceso a la gloria que nos será revelada?

Jesús-Eucaristía espera que nosotros lo miremos, en la adoración, a fin de revelarnos lo que es el Padre. La adoración nos introduce en el misterio de amor trinitario. Pero su vía de acceso es Cristo.

Yo estoy junto a la puerta y llamo: y si alguien oye mi voz, y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos (Apoc 3,20)

Tal es el proyecto de Dios respecto de toda alma, respecto de toda casa que quiera por cierto abrir la puerta a su amor, hospedarlo y dejarlo reinar en plenitud.

Un cambio de vida

En el amor de adoración, detenemos nuestra mirada en Jesús, que vive en la eucaristía, y todo nuestro ser gira hacia él. Mientras la mirada se vuelve hacia Jesús, el corazón y el espíritu son arrastrados en ese mismo movimiento. Entonces se opera en nosotros una profunda conversión, que le permite a Cristo transformarnos en él, hasta el punto de quedar transfigurados.

La hora se acerca, y ya ha llegado, dice Jesús a la Samaritana, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en realidad (Jn 4,23). Lo que aquí debe llamarnos la atención es el vocablo verdad, porque la verdad de nuestra adoración está relacionada con la verdad de nuestra vida.

• **Conversión**

Ese es precisamente el tema que trata Jesús mientras habla con la Samaritana. La conduce en efecto al gran encuentro, esto es, a que lo reconozca a él como el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Ahora bien, la verdad de este encuentro en cuyo centro, sin duda alguna, se sitúa un acto de adoración de parte de esta mujer, acarrea de inmediato para ella un giro radical.

Este giro comporta la conversión de su corazón que en adelante, estará vuelto hacia Dios, orientado hacia él; luego, como consecuencia inmediata, un cambio de vida. La Samaritana ha visto a Cristo y, desde ese momento, su vida va a colocarse bajo esta luz. Dejará las falsas felicidades a cambio de la única verdadera felicidad, puesto que le ha encontrado un sentido pleno a su vida va a colocarse bajo esta luz. Dejará las falsas felicidades a cambio de la única verdadera felicidad, puesto que le ha encontrado un sentido pleno a su vida. Su corazón está satisfecho. Jesús le ha permitido posar en su persona una mirada de adoración. Entonces ella ha vislumbrado su divinidad. Porque, cuando la Samaritana había visto a Jesús fatigado, al borde del pozo, sólo se trataba de su naturaleza humana.

Pero tratándose de la persona divina, de la segunda persona de la Santísima Trinidad, del mismo Hijo de Dios, de ese Mesías ansiosamente esperado... cómo podía ella adivinar que estaba tan cerca? ¡Sin embargo, lo encuentra!

La verdadera mirada de adoración permite entrever la divinidad de Cristo no puede ser adorada sin su humanidad, olvidándose de ella. El amor de adoración encierra precisamente la delicada particularidad de amar y de adorar a Cristo, al mismo tiempo y conjuntamente, en su naturaleza humana y en su naturaleza divina.

De este modo, la adoración verdadera no puede reproducirse a un rito. No puede ser un culto únicamente exterior, que se rinde a Dios; no puede ser jamás un formalismo. Ella abarca la adhesión de todo nuestro ser y, junto con eso, también compromete la verdad de nuestra vida. "No basta con declararse cristiano, es necesario serlo", ha

dicho Juan Pablo II. La adoración verdadera cambia nuestro corazón. Una mutación se realiza en nosotros, muy gradualmente, poco a poco, aun a veces sin que nos demos cuenta. Tiene lugar una conversión que purifica, luego una transformación. Si el encuentro puede ser subitáneo, la conversión es el camino de toda una vida. Hay una purificación necesaria que conduce a la transformación.

En presencia del Dios viviente, el corazón se abre a su luz, a su misericordia. Se reconoce pobre, débil, lleno de miseria. Entonces se hace humilde y vuelve sus ojos hacia él. Lo llama, siente la necesidad de Dios una necesidad absoluta, para alcanzar la salvación.

A través de toda la historia de la salvación, el elemento de conversión se mantiene indispensable y constante. Es la profunda actitud de verdad que el hombre debe tener para con Dios, para con nuestro Dios vivo y actuante, actitud que se reconoce siempre como necesaria para recibir la gracia.

Se trata de dejarlo a Dios obrar en nosotros. Esas exigencias de verdad, de rectitud, de pureza se encuentran en todos los profetas del Antiguo Testamento, quienes han hablado impulsados por el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios. Ellos, sin cesar, ponen en guardia contra actitudes que serían solamente exteriores, contra un culto formalista y mendaz. Siempre se preocupan de una relación auténtica con Dios. Proclaman la primacía absoluta de la relación personal, viva y verdadera con el Dios viviente, a quien hay que conocer y amar con un amor verdadero. En este sentido, hallamos espléndidas expresiones en Oseas, Amós, Isaías, Ezequiel:

Búsqüenme a mí, y vivirán (Am 5,4)

Se te ha indicado, hombre qué es lo bueno y qué exige de ti el Señor: nada más que practicar la justicia, amar la fidelidad y caminar humildemente con tu Dios (Miq 6,8).

¡Y, a veces, hasta Dios mismo se lamenta! ¡Oh el lamento de Dios!

¡Qué lejos de mí está su corazón!

A través de todos estos llamados de Dios y en pro de una auténtica relación con él, se echa de ver la necesidad de un corazón humilde, pequeño, pobre:

Busquen al Señor; ustedes, todos los humildes de la tierra, los que ponen en práctica sus decretos.

Busque la justicia, busquen la humildad...(Sof 2,3).

Dios no puede hacer nada positivo con los corazones soberbios, esto es, altaneros, orgullosos:

Dispensó a los soberbios de corazón.

Derribó a los poderosos de su trono

y elevó a los humildes (Lc 1,51-52)

canta la Virgen María en su Magnificat.

El corazón destrozado del Antiguo Testamento, o sea el corazón contrito, arrepentido, humilde, es un corazón ya orientado hacia Dios, dispuesto a encontrarse con él, si aún no lo ha hecho. Esta es la condición indispensable para la verdadera relación con Dios. Qué bien se comprende entonces, que Juan Bautista, precursor inmediato de la llegada del Mesías, proponga, como método de conversión profunda del corazón, un bautismo de agua. Este bautismo suponía el arrepentimiento de los pecados, en un deseo de perdón y de purificación, como también la exigencia de un cambio de vida. Esta era precisamente la preparación verdadera que agradaba a Dios, puesto que los corazones se preparaban de verdad para recibir a su Hijo. Se preparaban a su venida con esa actitud de conversión tan agradable a Dios. Y Juan Bautista los exhortaba a cambiar de vida:

*El que tenga dos túnicas,
dé una al que no tiene;
y el que tenga qué comer,
haga otro tanto (Lc 3,11).*

*No extorsionen a nadie, no hagan
Falsas denuncias y conténtense con
su sueldo (Lc 3,14).*

Son llamados constantes para unificar la búsqueda del Dios vivo en las prácticas de entonces ritos, cultos, sacrificios con la adhesión verdadera del corazón, la única que acarrea un cambio de actitud y de vida. Lo uno sin lo otro es para Dios un engaño insoportable que él abomina y rechaza.

*Yo dejaré en medio de ti
a un pueblo pobre y humilde,
que se refugiará en el nombre del Señor.*

*El resto de Israel
no cometerá injusticias
ni hablará falsamente;
y no se encontrarán en su boca
palabras engañosas.*

*Ellos pacerán y descansarán
sin que nadie los perturbe (Sof 3,12-13)*

Si estos llamados surgen como un clamor a través de todo el Antiguo Testamento, en la espera de la venida del Mesías, cuánto más imperiosos y urgentes han de ser cuando Cristo ya ha venido. Porque el deseo de Dios no es otro en la actualidad, pero ahora es expresado por el mismo Hijo de Dios, el Verbo, enviado para hablarnos. Con la venida de Cristo, se produce un adelanto prodigioso en la relación confiada de cada uno de nosotros con Dios.

Tiene lugar una presencia de Dios y una proximidad que no eran manifiestas antes de la venida de Cristo.

En el Evangelio, Jesús no cesa de buscar la adhesión verdadera de cada una de las personas con que se encuentra, pero, más aún, reclama una confianza que llega hasta la fe. Se trata de una adhesión de fe en su persona. Y muy a menudo, plantea el interrogante:

¿Crees en el Hijo del hombre? (Jn 9,35),

Y afirmas:

Si crees, verás la gloria de Dios (Jn 11,40).

Y, antes de cada curación o conversión, Jesús pide ese acto de fe:

Recupera la vista, tu fe te ha salvado (Lc 18,42).

En el mismo movimiento, el reconocer a Jesús como Hijo de Dios en un acto de fe acarrea o implica un cambio de vida:

Vete, no peques más adelante (Jn 8,11).

¡Cuánta delicadeza en el amor de Jesús! Nada de reproches, sino que induce a cada uno a ver por sí mismo lo que no se halla en orden en su vida, y lo que es necesario cambiar: Anda, llama a tu marido (Jn 4,16). Le dice a la Samaritana.

No se ejerce sobre las personas ninguna presión.

Pero cada uno de los que han encontrado a Cristo y han dado cabida a su amor se marchan con el corazón enardecido. ¡Se apresuran por sí mismo, en un clima de gran libertad interior, por cambiar o reparar sin tardanza lo que no andaba de acuerdo con tanto amor! ¡Es el caso de Zaqueo y de muchos otros! Su cambio de vida manifiesta su apego a la persona de Cristo, pero este apego es lo que va primero y lo que condiciona todo lo demás.

Sí, verdaderamente, Jesús es maestro de vida espiritual y único maestro de vida, así de simple. Pero que él mismo conduce por completo nuestra vida, cuando se hace cargo de ella. Para mostrarnos lo que espera de nosotros, Jesús nos presenta y nos da como ejemplo los pequeñitos. Espera que acudamos a él con un corazón de niño:

Dejen a los niños, y no les impidan

Que vengan a mí, porque el Reino de los cielos pertenece a los que son como ellos (Mt 19,13)

O también, ese estremecimiento de júbilo cuando Jesús deja brotar esta plegaria:

*Te alabo, Padre, Señor del cielo y de
la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas
revelado a los pequeños (Lc 10,21).*

¡Hasta qué punto la misericordia de Cristo se acerca a nosotros! ¡En qué medida Jesús se pone a nuestro alcance! En qué medida pone a nuestro alcance las exigencias de santidad que nos propone, porque un ejemplo así nos parece casi fácil.

En el niño, efectivamente, se destaca una inocencia maravillosa, y esta inocencia nos resulta dulce y atractiva. Ella representa la realidad de la infancia, que no conoce la doblez ni el engaño. El niño carece de un corazón doble; no es un sepulcro blanqueado según el terrible reproche que Jesús pronunciará contra algunos; el niño es verdadero. Su comportamiento va de acuerdo con sus disposiciones interiores. Y Jesús quiere ubicarnos en esta actitud de verdad. El corazón de niño es pobre, puro y humilde, conforme al programa de santidad propuesto por Jesús en la montaña. La verdad de una vida se sitúa precisamente en la pobreza, la pureza, la humildad del corazón.

Pero hay mucho más todavía: al proponernos los niños como modelo, Jesús quiere decirnos que en adelante la relación de los hombres hacia su Dios debe ir mucho más lejos. Junto con la conversión de nuestro corazón y el cambio de nuestra vida, Jesús nos llama a tener hacia el futuro una actitud filial para con Dios que es Padre.

• **Transformación**

La relación de confianza profunda de un niño para con su padre debe ser en adelante la nuestra frente a Dios. En otras palabras, debe ser la actitud de todos los hijos de Dios frente a su Padre del cielo. En efecto, Jesús, por su encarnación, viene a revelarnos su Padre, que es también nuestro Padre.

Cambio radical en las disposiciones interiores de todo nuestro ser. Con la venida de Cristo, hay un cambio de registro, si se puede decir así, Jesús quiere trasladarnos a otro nivel, jamás vislumbrado, y que no supera.

Jesús, el Hijo, no introduce entonces junto con él en una relación totalmente nueva respecto del Padre. Nosotros también somos, gracias a Cristo, otros hijos del Padre y podemos comportarnos como tales. Nada de temores, ni distancias, ni separaciones entre el hombre y Dios: somos, junto con Cristo, Hijos del Padre. Entonces, nuestra relación con Dios ya no puede ser jurídica, ni formalista, ni temerosa. Sino que, por una gracia inaudita, nuestra alma puede, de ahora en más abalanzarse hacia Dios, lo mismo que el niño se abalanza hacia Dios, lo mismo que el niño se alabanza con una loca confianza hacia su padre. Esta es la nueva conversión para nosotros. El cambio es tan radical que obra en nosotros una

verdadera transformación. La conversión está superada en gran medida. Se ha trocado en una transformación: hemos cambiado de estado. Eramos esclavos, nos hemos convertido en amigos y muchos más todavía, en hijos.

Las palabras de Mateo (19,13) tienen un alcance tan grande que hay que dejarlas susurrar en nuestro corazón, como una oración silenciosa pero con tamaño poder! Esta actitud de confianza filial, simple y sin reticencias, Jesús la requiere cada vez que interviene en el curso de su vida pública, para curar, liberar, aliviar, devolver esperanza o vida; es la exigencia de una total adhesión de confianza. Esta adhesión no es más que un acto de fe. ¿Fé en qué? ¿Acaso en una vida de más calidad, en bienes, en riquezas, en una mejor salud? No, fe en Alguien. Pues, los que acuden a él movidos secretamente por objetivos interesados, se vuelven con las manos vacías.

*¿Y ustedes.... Quien dicen que soy?
.....!Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo
(Mt 16,15)*

Con esta confianza, Jesús puede hacer todo. Puede curar, resucitar, librar del pecado, dar la vida que no tiene fin. También puede, complementariamente, confiar una misión a alguien:

Tú eres Pedro.... (Mt 16,18).

*Vayan y hagan que todos los pueblos sean
mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu
Santo (Mt 28,19).*

*Vayan por todo el mundo, anuncien la
buena noticia a toda la creación (Mc 16,15).*

Pero la adhesión llega mucho más lejos. Porque el interrogante de Jesús ya no es solamente: ¿crees tú?, sino ¿me amas tú?

La fe y el amor marchan pues a la par. Es la verdadera confianza. No se nos puede dar, un corazón de niño, tan confiado, más que por la intervención de Cristo. Todas las gracias alcanzadas en nuestro favor nos vienen de la cruz de Cristo, se derraman a raudales de su corazón abierto en la cruz, de su cuerpo entregado y de su sangre vertical por nosotros: de este modo nos ha obtenido que seamos otros hijos del Padre. En la actualidad, ¿cuál es para nosotros el modo de conseguir ese corazón de hijo tan confiado? Justamente, en la eucaristía Jesús nos da sin cesar su cuerpo entregado, su sangre derramada. Permanentemente a nuestra disposición, en el Santísimo

Sacramento, Jesús nos configura con él mientras lo adoramos y, de manera muy particular, mientras lo adoramos visible a nuestros ojos.

Tan humilde en la eucaristía, Jesús nos enseña hasta donde ha llegado en él la actitud de confianza para con su Padre:

Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz.

Pero que no se haga mi voluntad,

Sino la tuya (Lc 22,42).

Jesús se ha sometido y abandonado, en todo, a la voluntad de su Padre, y esto hasta la muerte, y muerte de cruz (Fip 2,8). Sumisión de su voluntad a la de su Padre, de donde surge una perfecta similitud y concordancia entre sus voluntades que ya no son más que una:

Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti (Jn 17,21).

En la adoración de su cuerpo y de su sangre, Jesús desea enseñarnos el abandono. Se trata de renunciar a nuestras ideas, a nuestros propios puntos de vista, para conformarnos más y más con la voluntad del Padre. En eso consiste el verdadero sacrificio, el "corazón destrozado". Es una práctica difícil para nosotros, ya lo sabemos. Es incluso imposible para nuestra naturaleza humana, librada a sus propias fuerzas. Sin embargo, Jesús tiene el poder divino de transformarnos en él a fin de que, junto con él que es el Hijo, seamos otros hijos del Padre.

Jesús instituyó la eucaristía de acuerdo con la voluntad del Padre, a fin de ser todo para todos.

Ahora bien, consagrarse a la persona viviente de Cristo, como lo proponen las "Casas de adoración", equivale a tender sin cesar al ideal de volvernos "eucarísticos", a imagen y semejanza de Jesús que se ofrece a nosotros en la eucaristía. Y ser "eucaritizados" encierra también el abandono a la voluntad del Padre. Por eso, la consagración a Jesús viviente en la eucaristía, propuesta en las Casas de adoración, es un acto de abandono (cfr. Les Maisons d'adoration. p. 116).

Semejante actitud de abandono, imposible una vez más para nuestra humana naturaleza, es sin embargo posible por pura gracia. Gracia particular que ha brotado del corazón abierto; del cuerpo eucarístico de Jesús entregado por nosotros; de su sangre derramada, para obedecer en todo a su Padre.

El conformar poco a poco nuestra voluntad con la de Dios nos hace atravesar por muchas pruebas, purificaciones interiores y desprendimientos, que no se llevan a cabo sin sufrir.

Cuando Jesús compara a los hijos de Dios, que somos nosotros, con los sarmientos unidos a la vid, nos advierte sobre lo que nos va a pasar:

Yo soy la verdadera vid y mi Padre es

el viñador (Jn 15,1).

Hay que dejar que el Padre tale, corte, pode, a fin de que los sarmientos den fruto. Del mismo modo hay que dejar que el corte, pode, arranque en nosotros el mal, por cierto, pero también todas las imperfecciones; todo lo que es inútil; todo lo que nos hace perder tiempo y nos desvía o nos aleja de Dios.

Pero entonces, ¿cuál es el objetivo de esta conversión del corazón y, luego, de esta transformación que el Señor obra en nosotros? ¿Qué finalidad persigue Dios, si es posible plantear la cuestión así? Dios busca corazones. En su incansable amor al hombre, Dios procura sin cesar unirnos a él, como el sarmiento está unido a la vid, para que estemos en su viña y formemos parte integrante de la misma. Lo que Dios desea, lo que Dios quiere ardientemente es tomarnos consigo: El Señor me tomó sacándome de detrás del rebaño, replica el profeta Amós a quienes lo interrogan (Am 7,12-15).

Después de la venida de Cristo, la unión con el Dios vivo pasa por la persona del Hijo de Dios hecho hombre.

Cuando Dios nos transforma al cercenar, cortar, podar, no obra sí por el deseo de hacernos conocer el sufrimiento, sino para unirnos a él en la persona de su Hijo Jesús. Para conducirnos a la mayor similitud posible con este Hijo único, inmaculado, entregado en la eucaristía. "Quiero ser manejado en todo, dejándome amasar y modelar por las manos de la divina Providencia" (Les Maisons d' adoration, p. 115). Es doloroso dejarse amasar y modelar, pero es la condición para llegar a ser eucaristía. Podremos en adelante ya libres, purificados, desprendidos volvernos por completo hacia Dios. Es la mirada de nuestro corazón la que Dios desea; la mirada de nuestra alma, la que queremos posar en Jesús-Eucaristía, para decirle que lo amamos y que lo adoramos. Queremos depositar en sus manos nuestro corazón de niño confiado y despreocupado, para que se adueñe de él plenamente. Y cuando Cristo se adueña, es para reinar en nosotros. El reinado de Jesús en un corazón lo transforma: "Quiero reinar en los corazones en todos los corazones" (Le Mystere de I' Amour vivant. P. 175).

- **Transfiguración**

Desde la venida de Cristo, la conversión del Antiguo Testamento ha sido superada. Ya no es suficiente. Jesús nos conduce a esa relación confiada hacia él y completamente filial hacia su Padre, que es también nuestro Padre. Si puede revelarnos esto, se debe a que él no se detiene hasta darnos su vida para convertirnos en otros hijos y para alcanzarnos la salvación.

Al darse a nosotros, entregando su cuerpo y derramando su sangre, Jesús no se contenta con convertirnos, sino que nos salva. La diferencia es prodigiosa: cambiamos de estado y tiene lugar una transfiguración.

El bautismo de agua llega a ser bautismo en la sangre de Cristo. A partir de allí, la eucaristía adquiere un lugar determinante en nuestra vida personal y en la vida de toda la Iglesia. Ciertamente, la sangre de Cristo en lo sucesivo nos purifica pero, mucho más todavía, nos salva. San Juan nos dice: *La sangre de Jesús, su Hijo, nos purificará de todo pecado (1) n 1,7)* y san Pablo afirma: En él hemos sido redimidos por su sangre (Ef 1,7)

La sangre de Cristo nos purifica a través de los sacramentos y en la adoración. Esta purificación no es solamente conversión, siempre necesaria, es también restauración de todo nuestro ser que se muda en una nueva criatura: Yo hago nuevas todas las cosas, dice el Señor, cielos nuevos y una tierra nueva (Apoc 21,5).

Bautizados en la muerte y resurrección de Cristo, somos transformados y resucitaremos con él., hasta ser un día transfigurados. Gracias a Cristo y por Cristo, tiene lugar desde aquí en la tierra el pasaje de la conversión a la transformación. También tendrá lugar el pasaje de la transformación a la transfiguración, en el momento de su gloriosa venida.

Estamos en la esperanza de la transfiguración. Este pasaje se verificará cuando, por Cristo, entremos en la gloria que es la suya, Cristo es quien llevará a cabo este pasaje. Si, Cristo es nuestra Pascua, vale decir, nuestro pasaje; el único pasaje que nos conduce:

*de la conversión del Antiguo Testamento
a la transformación por la eucaristía,
de la transformación eucarística
a la transfiguración en la gloria.*

Este cambio radical ya se encuentra en curso, pero sólo finalizará cuando tengamos un completo conocimiento del Reino; cuando, gracias a Cristo, seamos plenamente introducidos en el misterio de amor trinitario. Por el momento, estamos todavía en camino y la transformación se realiza en nosotros a lo largo de nuestra vida, un día tras otro, merced al Pan de vida y la Fuente de vida que recibimos con ocasión de cada eucaristía y de cada adoración.

Recibir el cuerpo y la sangre de Cristo adquiere un sentido y una dimensión infinita cuando hay preparación en el silencio de la adoración. Recibir el cuerpo y la sangre de Cristo produce frutos insospechables cuando la eucaristía no cesa, sino que se prolonga en una acción de gracias profunda, amorosa y adorante.

Se puede decir que la vida de adoración es indispensable a la eucaristía, de la que forma parte integrante y a la que prepara y prolonga, permitiéndole a Cristo permanecer en nuestro interior, presente y operante.

De este modo, somos conducidos progresivamente y de día en día, desde este mundo vemos hasta la nueva tierra y los cielos nuevos.

Por la sangre de Cristo, ya participamos del vino nuevo del Reino que él nos anuncia.

*De conversión en transformación
Somos llamados,
Gracias a Cristo,
A ser transfigurados.
Sí, verdaderamente,
el que mira hacia él resplandecerá.*

2. La vida que esta en nosotros

Un agua viva murmura en mi interior: "Ven hacia el Padre" (San Ignacio de Antioquia, Carta a los Romanos, VII, 2).

Adoración y vida interior

La vida de adoración, tal como hemos comenzado a exponerla, es un camino de conversión que pasa por Cristo y nos conduce a la transformación.

La adoración del cuerpo y de la sangre de Cristo desarrolla en nosotros al hombre interior. Al barrer todo lo que es superficial y nos dispersa, nos introduce en las más vivas profundidades de nosotros mismos, allí donde Dios nos espera para manifestarnos su presencia en el gran silencio.

La experiencia nos lleva a comprobar que el amor de la eucaristía desarrolla en nosotros la vida interior, opuesta a una vida superficial, y la fortalece.

De donde nace un deseo siempre mayor de permitir que esta vida interior ocupe todo el lugar.

*Si por azar tú no supieras
Dónde encontrarme a mí,
no vayas de aquí para allá.
Pero si tú quieres encontrarme a mí,
debes buscarme en ti.*

*Fura de ti, es inútil que me busques
Porque, para encontrarme a mí,
te bastará con llamarme,
y acudiré a ti sin demora;
y a mí tú debes buscarme en ti.*

(Santa Teresa de Avila, Poesía nº 8).

Bajo estas palabras, que no son solamente un bello poema, se oculta una realidad muy profunda, vivida. Teresa de Avila, como todos los santos ha sabido descubrir lo **esencial** en el silencio y la oración:

- Lo esencial, que es el fondo mismo de nuestro ser, la vida interior;
- la vida interior, que sólo tiene consistencia por ser formada en nosotros por el Espíritu Santo.

Pero ¿qué se entiende por "vida interior"? Para precisarlo, pensemos en los seres que más queremos. ¿Los conocemos *verdaderamente*? ¿No llegamos a comprobar que

existen en ellos rencores apartados a los que no tenemos acceso? Se ocultan siempre, en mayor o menor grado, en lo que constituye el fondo de ellos mismos, en lo que es su propia personalidad.

Paralelamente, cada uno de nosotros siente por cierto en sí mismo una distancia, a veces infinita, que lo separa de lo que los otros conocen y dicen de él. Se trata de un ámbito interior, diferente del que aparece a la vista.

Nos hallamos entonces frente a una elección decisiva, una elección de vida: podemos vivir para parecer, esto es, para lo exterior, para las apariencias. O, al contrario, preferimos vivir de acuerdo con lo más sustancial que hay en nosotros, alcanzando las profundidades más vivas de nuestro propio ser.

En el primer caso, vivir para lo exterior equivale a obrar para ser visto, aunque más no sea en un pequeño círculo, a fin de obtener alabanza y admiración.

Equivale a exponerse siempre a las miradas de los otros, como frente a un espejo, a no obrar ni hablar más que en función de los demás para no desagradarlos. Equivale, en fin, a transformar la vida en una gran mascarada en la que cada uno cuida su careta. Pero, lo que al principio parece una comedia fácil y graciosa, deja en el corazón, del que la representa un gran vacío y una insatisfacción profunda.

Se siente muy pronto extraño no sólo a los otros, sino a sí mismo, lo que es más terrible aún.

Al contrario, el que se atreve a ser él mismo, juzgar y actuar de acuerdo con su íntimo sentido de la verdad, a pesar de las apariencias y de las opiniones que lo rodean, siente poco a poco que se forma dentro de sí un ser pleno, sólido y firme, como una pepita de oro más preciosa de cuanto puede adquirirse en los mercados. Ese ser, es él, su misma substancia, que nadie le puede arrebatarse.

Al mismo tiempo, se siente armonía con lo que hay de mejor en los otros.

Llegamos aquí a lo que se llama la vida interior en su más auténtico sentido. Si queremos saber lo que es, aprendamos a mirar en nosotros: la veremos fluir de continuo, al igual que la savia que corre bajo la certeza de nuestras actividades y de nuestros pensamientos. Ella está formada por nuestros sentimientos más personales.

- amor generoso y discreto
- cuidado de la verdad y de la doctrina
- coraje que no claudica;
- Gozo interior.
- A la inversa, esta savia vivificante se corrompe pronto por:
- la mentira;
- la dobleza;
- la cobardía;
- la vanidad;

- la sujeción a toda clase de placeres;
- y "lo que irán a decir".

La vida interior se origina en nuestro yo íntimo y de allí se pone en marcha a través de secretos canales, parecidos a las arterias que llevan la sangre a los miembros de nuestro cuerpo.

En todo hombre existe una vida interior, más o menos desarrollada. Nos resulta tan indispensable como las pulsaciones de nuestro corazón. Pero a menudo, nos hallamos tan acaparados por nuestras ocupaciones y por el mundo, que ya no sabemos prestar atención a lo que pasa en nosotros.

Aun cuando algunos admitan el valor de una vida interior y personal, es imperioso afirmar que el ritmo actual, tan bullicioso, tan trepidante, no favorece mayormente su crecimiento.

Para no enfocar más que un aspecto de la cuestión, la sociedad en que vivimos se caracteriza como una civilización de la imagen. En efecto, nuestra representación de la vida y del mundo está dominada cada vez más por imágenes.

Pero la vida nuestra vida, si sabemos mirarla, contiene una materia más abundante que todas las películas y las novelas del mundo. Oculta en nosotros, ella es nuestra principal riqueza. ¡Qué empobrecimiento se produciría si la confundiéramos con una sucesión de imágenes, o si la dispersión, las ocupaciones y agitaciones de todo género no le dejasen ningún lugar! Sin embargo, este es el peligro que nos acecha. Si no nos ponemos en guardia, llegaremos a abandonar la vida interior. Falta de alimento, esta se agotará poco a poco. Sin darnos cuenta, nos iremos vaciando de nuestra "substancia".

Por otra parte, constatamos que todo lo que está edificado sobre lo humano, sobre los valores del orden natural, es cambiante y vulnerable.

Y luego, finalmente, tiene lugar ese suceso al que ni nosotros ni los demás podemos escapar: la muerte. Ahora bien, la muerte de nuestros seres queridos nos afecta profundamente. En cuanto a nuestra propia muerte, también ha de sobrevenir.

Entonces, se plantea de nuevo la cuestión: ¿Existe algo o, más bien, alguien que subsista dentro de nosotros inmutable, a través de todos los cambios y acontecimientos? ¿Existe algo o, más bien, alguien que subsista inmutable, más allá de nuestra muerte? Aun después de este gran paso que es la muerte, nuestra alma subsiste y nos prolonga. Se trata de nuestro yo más íntimo.

Sabemos, por la fe, que un Ser inmutable nos toma en sus brazos y nos sostiene más allá de todos los cambios que nos afectan, más allá de la vida y de la muerte. Y hasta nos revela su nombre:

Yo soy (Jn 8,58).

Siendo el Ser por excelencia, nos da a cada uno de nosotros un poco de su ser imperecedero: nos crea a su imagen y nos concede un espíritu inmortal.

Por lo tanto, la respuesta a nuestras dudas, a nuestras incertidumbres, a nuestras angustias y a nuestra fragilidad fundamental es una respuesta de fe. Y esta fe se apoya en las palabras de Dios en la Escritura. Jesús mismo finaliza una de sus enseñanzas con esta afirmación: *Les aseguro que desde antes que naciera Abraham, Yo soy* (Jn 8,58).

Por consiguiente, nuestro Dios, que se revela en Jesús, es aquel que permanece sólidamente dentro de nosotros. Para comprender mejor, hay que recordar que la palabra castellana "sub-stancia" procede de dos palabras latinas (sub-stare) que significan "estar o permanecer por debajo". Por consiguiente, la substancia es lo que se mantiene por debajo de lo que es cambiante; lo que perdura perpetuamente sólido e inmutable, pero oculto debajo de lo que es aparente, y oculto a lo que es visible a los ojos humanos.

La vida interior no se reduce, pues, a una vida intelectual o moral, por más excelente que sea. La vida interior es la vida espiritual, aquella que no pasa; es la vida verdadera porque no es afectada ni por el fracaso, ni siquiera por la muerte. La vida espiritual, como su nombre lo indica, es la vida del Espíritu (del Espíritu Santo) en nosotros; la vida divina que sin cesar susurra en nuestro interior. Entonces, nuestra vida interior se ilumina con una luz nueva, por medio de la fe que acude en auxilio de la inteligencia. Esta "región interior", que sobrepasa al alma, es la morada de Dios, muy bien evocada en el texto siguiente.

El hombre es un ser sediento de eternidad, aunque no sepa dar un nombre a este deseo profundo que arde en su corazón. Las preocupaciones del mundo y de las pasiones desordenadas pueden cubrir y obscurecer el ojo interior, hecho para contemplar el infinito.

Endurecido en su círculo cerrado, el hombre puede olvidar por un tiempo su destino originario y su fin.

Sin embargo, al retirarse por momentos de las deslumbrantes oleadas de la diversión, que lo mantienen encadenado a lo externo, se despierta el fondo de sí mismo e, inquieto, recobra el movimiento hacia su centro: esa región que sobrepasa al alma y que es la morada de su Dios.

San Agustín expresa en otros términos:

Nos hiciste para ti, y nuestro corazón no tiene sosiego hasta que no descansa en ti (Confesiones I, 1 [1]).

Señor, tú eras más íntimo a mi mismo que lo más íntimo de mi ser.... Tú estabas adentro y yo no estaba contigo (Confesiones III, 6 [11]).

De este modo, Dios no tiene a cada uno de nosotros como un tesoro precioso en el hueco de su mano. Más exactamente aún, no tiene y nos mantiene en el hueco de su corazón. El deposita su vida en nuestro interior como una partícula o una chispa de su propia vida. El es quien, por medio de su Ungido, hace correr su sangre dentro de la corteza de nuestro cuerpo. Y cuando debemos despojarnos de esta corteza en el momento de nuestra muerte, Dios todavía guarda oculta nuestra vida, hasta que pueda finalmente revestirla con el cuerpo glorioso que será la única morada eterna digna de él.

El apoyo de Dios no se nos limita a lo exterior como el de los otros hombres. Sino, al contrario, nos llega hasta lo más profundo. Suscita en nosotros una fuerza de vida insospechable. ¿Acaso no le dice Jesús a María.

*Yo soy la Resurrección y la Vida. El que
Cree en mí, aunque muera vivirá? (Jn 11,25).*

Realidad incomprensible para los hombres, pero que revela la inmensidad de vida que se oculta en Dios. Por la fe sabemos que Dios deposita en nosotros el germen de su vida por el sacramento del bautismo. A partir de ese instante, la vida trinitaria habita en nosotros. Sin embargo, sabemos también que no todo está terminado. Es innegable que podemos permitir, por indiferencia o por sucesivos rechazos, que se pierda esta chispa de vida trinitaria que reside en nosotros.

Por el contrario, sabemos que el Señor, en su gran bondad, ha puesto a nuestra disposición todo lo necesario para la vida del alma, con el fin de desarrollar y fortalecer su vida divina en nosotros.

Las gracias son otras tantas vías interiores, puestas a disposición del hombre para que pueda acercarse a su Dios. Podrían compararse esas vías interiores con los conductos por los cuales circula la savia dentro del árbol.

La imagen siguiente permite captar la analogía entre la vida del hijo de Dios, que se desarrolla en nosotros desde el bautismo, y la presencia viviente de Jesús en la Hostia:

Nos hallamos en una inmensa llanura en la que se destaca un árbol. Es un espléndido árbol. Lo primero que impresiona es su tronco: grueso, enorme, sólido, tranquilizador. Por cierto, no se ven sus raíces porque están bajo tierra, pero uno las adivina inmensas, profundas, yendo muy lejos a buscar en el suelo toda la substancia necesaria para la vida del majestuoso árbol. El árbol tiene una corteza muy gruesa y nudosa que ha resistido los asaltos de los vientos, de las tempestades, del calor y del frío.

Si levantamos los ojos, vemos una multitud de ramas muy tupidas, cargadas de verdes hojas. El árbol goza de buena salud para ser tan frondoso. Además,

oportunamente se cubre de flores blancas, de florecillas finas, tenues, encantadoras, en cantidad incalculable.

Las ramas están tan cargadas que se inclinan graciosamente hasta el suelo, y terminan por llegar a echar raíces, formando a su vez nuevos árboles.

¿Cómo se explica que este árbol sea tan próspero? Si pudiéramos observar la corteza por dentro, veríamos correr una savia abundante y rica.

Esta savia alimenta en tanta proporción y calidad todo el árbol que lo embellece, lo vuelve próspero y florido, apto para multiplicarse.

La corteza del árbol es un símil de la corteza de nuestro cuerpo que no es más que una envoltura. La savia es la vida trinitaria que circula en nosotros para irrigar nuestras facultades. El árbol no puede florecer si no hay antes en su tronco una buena savia.

Al contrario, si se deja invadir el tronco del árbol por los gusanos que lo carcomen y por toda suerte de parásitos, pronto quedará hueco y morirá. Pero si dejamos circular en nosotros la vida trinitaria, como la savia en el árbol, observaremos con sorpresa propia cómo se desarrollan maravillosas flores; la pureza, la humildad, la misericordia. Luego, las flores irán a sembrar la tierra (esto es, las demás almas) con sus virtudes, pues la virtud es contagiosa.

Existe cierto parecido entre la vida trinitaria depositada en nuestro cuerpo como en una envoltura o una corteza y la vida real de Jesús en la Hostia. Jesús está realmente bajo la apariencia del pan. La Santísima Trinidad habita realmente en nosotros bajo esta aparente corteza que es nuestro cuerpo. La distinción entre apariencia y substancia, a propósito de la eucaristía, corre pareja con la realidad de nuestras vidas. Se hecha así de ver que nuestra vida humana y espiritual está tan fuertemente ligada a la vida de Jesús en la Hostia. Es impresionante la semejanza entre la apariencia que es exterior, visible a nuestros sentidos (es la envoltura o la corteza) y la substancia, o sea, la realidad viviente que es su fundamento sólido, inmutable, imperecedero.

Jesús, al instituir la eucaristía, ha querido morar hasta el fin de los tiempos en nuestra compañía, pareciéndose a nosotros. Jesús extrema la humildad hasta querer vivir en nuestro parecido. En el paraíso terrenal, Dios creó al hombre a su imagen. Pero en su Hijo, que vino para salvarnos, se vuelve, bajo todo punto de vista, idéntico al hombre para que este acepte ser salvado.

¡Si pensáramos más a menudo que nos parecemos a Jesús-Hostia! ¡Que somos muy poca cosa, pobres cortezas, pero que transportamos un tesoro precioso: la vida de Jesús en nosotros!

Nuestra vida interior es una realidad viviente así como la vida de Jesús en la Hostia es una realidad viviente. Ella no puede desarrollarse más que con un gran amor a Jesús-Hostia, con un gran deseo de recibirlo a menudo y adorarlo mientras está realmente

presente en nosotros. No podemos comulgar a la ligera. Y debemos siempre aprovechar los preciosos y sagrados instantes que siguen a la sagrada comunión.

Por lo tanto, la vida cristiana es primordialmente interior porque brota, como de su fuente, de la intimidad formada en nosotros por obra del Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús. Ella extrae su fuerza, su consistencia, su solidez del cuerpo y de la sangre de Jesús, y se desarrolla dejándose a él en la adoración todo el espacio interior del alma. Allí, precisamente se preparan, como en el secreto de la tierra, los "frutos del Espíritu" como los llama san Pablo.

*El que me ama
Será fiel a mi palabra,
y mi Padre lo amará;
iremos a él y habitaremos en él (Jn 14,23)*

Que cada uno de nosotros fomente, pues, el deseo de ser "morada de Dios", lugar adonde Dios gusta venir a habitar como Jesús habita en la Hostia. De manera, podremos llevarlo y transportarlo por todos los sitios adonde vayamos, ofreciéndolo así a la gente que aún no lo ha recibido.

Actualmente, la cuestión más importante que se plantea a la Iglesia y a la sociedad en que vivimos, como asimismo a cada familia, es la de volver a descubrir lo más fundamental que existe en el hombre: la vida interior formada por esos movimientos del Espíritu y del corazón que tienen más valor que todos los bienes de consumo. Estos movimientos se llaman generosidad, amor de la verdad, voluntad de justicia, libertad interior y, por encima de todo, deseo de Dios y de cuanto proviene del Espíritu.

El principal servicio que los cristianos puedan prestar a los hombres de nuestro tiempo consiste en llevarles el testimonio de la realidad y de la riqueza de semejante vida. Es un servicio que se nos exige a todos: a cada uno de nosotros, a cada alma de adoración, y a las Casas de adoración por su particular vocación. ¡Ojalá puedan ellas responder lo más plenamente posible!

Adoración y vida evangélica

La vida eucarística y su consecuencia inmediata: la vida interior nos conduce y nos impulsa a poner en práctica los valores evangélicos:

*Supongan que el árbol es bueno:
El fruto también será bueno...Porque el
Árbol conoce por sus frutos (Mt 12,33).*

Retomando la comparación del árbol, a este le hacen falta ciertas condiciones para crecer y desarrollarse: buen terreno, clima apto. Peor también se necesita efectuar en su favor un trabajo completo: roturar la tierra en el tiempo requerido, podarlo, regarlo, cuidarlo para que no lo estropeen los animales o las enfermedades.

Lo mismo sucede con nosotros: por el bautismo se nos da la vida divina; esta vida crecerá y se fortalecerá si la mantenemos y la desarrollamos mediante la oración. Pero esto no es todo. Es necesario emprender simultáneamente una lucha espiritual. Esta lucha debemos sostenerla contra nosotros mismos, contra el pecado y contra las tendencias de muerte que existen en nosotros como consecuencia del pecado original. Sin ninguna duda, el bautismo nos ha convertido en hijos de Dios, esto no lo hace todo. Desgraciadamente, no somos transformados como por arte de magia. Nuestra psicología, nuestras inclinaciones, nuestros instintos existen siempre; ahora bien, portamos como hijos de Dios exige de nuestra parte una conducta de vida nueva.

No nos hallamos desprovistos, ya que el mismo Jesús, durante su vida pública, nos ha dado un cúmulo de valores que es el resumen de todo el evangelio y contiene toda la fuerza de su enseñanza. Consiste en la proclamación de una promesa de felicidad que resuena desde lo alto de la montaña, en un inmenso llamado dirigido a todos: *Felices*, nos dice Jesús, *felices los pobres..., los pacientes.....felices los que lloran* (Mt 5,3-11).

Dios ha depositado en el corazón de cada hombre, como un primer impulso, el deseo de la felicidad, al que él quiere corresponder comunicándonos su propia felicidad, si nos dejamos conducir de su mano por los caminos que conoce y que indica. Dios no ama la desgracia ni se complace en los dramas y los terrores, como quisiera el demonio hacérselo creer al suscitar las inquietudes y los miedos, que se ocultan en el fondo de nuestro ser. Dios siempre tiene en vista la felicidad y la alegría: quiere que así lo creamos, a causa de él.

Esto no significa que se nos prometa una cómoda felicidad. Las promesas evangélicas trastruecan, en efecto, muchas de nuestras ideas acerca de la felicidad. Pero nos garantizan que el camino de la vida, sean cuales fueren las dificultades, nos conduce hacia la misma felicidad de Dios, si atinamos a seguirlo en la fe y en la esperanza. Todas las promesas de Dios presuponen la fe.

Efectivamente, cada vez que Dios promete algo, reclama la fe en su promesa. Una fe que llegue hasta el extremo. Así, fue necesario que Abraham marchase en la fe de la promesa recibida, aun cuando no viese cómo se realizaría. Lo mismo sucedió con Moisés. En fin, más cerca de nosotros, el ejemplo más puro y más perfecto de la fe en la promesa divina es el de la Virgen María. Ella creyó, a despecho de todas las apariencias exteriores que eran adversas, esas apariencias a las que aludimos anteriormente y que no son sino los acontecimientos externos la superficie, mientras que lo interior es muy diferente.

*¡Feliz de ti! exclama Isabel al ver a María,
Feliz de ti por haber creído, que se cumplirá
lo que te fue anunciado de parte
del Señor (Lc 1,45).*

Y he aquí la misma promesa de felicidad, proclamada esta vez por Jesús, promesa que se dirige a todos los que querrán seguir el ejemplo de María y tomarla como modelo: ¡Feliz el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron!, exclama alguien en medio de la multitud. Pero Jesús responde:

*Felices más bien los que escuchan
la Palabra de Dios y la practican (Lc 11,27-28).*

Escuchar la Palabra de Dios equivale a recibirla, creer en ella, tener la fe en ella. Guardar la Palabra consiste en vivirla, ponerla en práctica. Estas dos etapas son tan importantes como la otra. Son inseparables.

Jesús habla aquí, según toda evidencia, de su madre y la propone como modelo a todos los hombres de buena voluntad. Nos indica en qué condiciones debemos situarnos para recibir el conjunto de las promesas evangélicas y, de manera más amplia, toda Palabra que sale de la boca de Dios.

• **Escuchar la Palabra de Dios**

Escuchar, no es solamente prestar oídos. No es, tampoco solamente oír. Se puede oír distraída y apresuradamente, como alguien que siente prisa, y luego se es rápido en olvidar. Uno se desentiende de lo que acaba de oír superficialmente, como se desentiende de un objeto inútil o incómodo.

Cuántas veces obramos así, aun con respecto a la Palabra de Dios que oímos distraídamente en la misa o en otra ocasión. La Palabra de Dios no es una ideología o una lectura cualquiera. Es una vida, es incluso una persona viviente: La Palabra de Dios, es el Verbo.

¡Y María a recibido tan bien la Palabra de Dios, el Verbo, que el Verbo se hizo carne en ella! ¡Qué suma de perfección reside en María! María creyó de manera total. Ella tuvo fe en la Palabra y le dio su adhesión.

Escuchar: es dar acogida, es hacer suyo. Si retenemos en la mente que, bajo la Palabra, está el mismo Jesús viviente, el Verbo de Dios, entonces sabremos escuchar y acoger la Palabra ¡como si en ese mismo instante debiéramos recibir en nosotros, en nuestra morada, a Jesús mismo en personal.

Jesús vivo está presente, por decirlo así, bajo la corteza de los libros inspirados, como la savia vital se oculta bajo la corteza del árbol. Si creemos que Dios nos habla, entonces vamos a escuchar.

Escuchar la Palabra de Dios y acogerla, es también someterse a la acción vivificante de Jesús vivo. No se puede oír la Palabra sin amar y adorar al Verbo hecho carne, ya que la Palabra es el Verbo. La Palabra entonces se incrusta en nuestra alma como con letras de fuego, pues ella nos abrasa de amor. Es la Palabra del Predilecto. Por este motivo, la Palabra tiene importancia. Es la Palabra de la persona a la que se ama. Cristo, el Verbo hecho carne. No se puede dissociar la Palabra de la persona viviente de Cristo, del amor ardiente que nos llega de él. Los discípulos de Meaux lo experimentaron:

¿No ardía acaso nuestro corazón,
Mientras nos hablaba en el camino y
nos explicaba las Escrituras? (Lc 24,32).

No se puede ama la Palabra sino en la medida del amor y de la adoración que se tiene para con el que habla, Jesús, el Cristo vivo.

• **Guardar la Palabra de Dios**

María guarda la Palabra. Si el Verbo se hizo carne en ella, se debe a que estaba preparada no sólo a acogerlo por un instante, sino a guardarlo toda su vida en lo más hondo de sí misma. Cuando María dio a luz a Jesús. no se desprendió de él. Ella siguió guardándolo, siempre con más cuidado, pues el Evangelio dice muchos pasajes:

*Mientras tanto, María conservaba estas cosas
y las meditaba en su corazón (Lc 2,19).*

*Su madre conservaba estas cosas
en su corazón (Lc 2,51).*

María meditaba. María amaba, pues guardar no precisamente algo sino a alguien el Hijo de Dios, guardarlo en el fondo de su corazón, es lo mismo que amarlo. Bien lo sabemos nosotros que, sin excepción, lo hemos experimentado en nuestra vida. Echemos un vistazo al fondo de nuestro corazón: el que está allí es aquel a quien amamos. ¡Ojalá que se trate del mismo amor que el de María que sea el Hijo de Dios, el Verbo encarnado, quien reine en el corazón de cada uno de nosotros.

Y María siguió viviendo con Jesús, tan intensa y profundamente que conoció todas las alegrías y todos los dolores del Verbo de Dios. Guardó al Verbo hasta la cruz, hasta ser traspasada al pie de ella. Lo guardó aún más allá de la cruz y esto fue tal vez lo más difícil de darnoslo y transmitírnoslo.

María conformó toda su vida con Cristo. Lo siguió a todos lados, no ya simbólicamente, sino de verdad, es la práctica. Estuvo presente durante toda su vida oculta: es ella quien ha protegido y guardado a Jesús en su casa,

convirtiéndose así para nosotros en el modelo perfecto de la más intensa vida interior.

A continuación, durante su vida pública, ha acompañado a Jesús a lo largo de rutas o caminos. Lo ha seguido, no para estar a su lado tarea que aún no la compromete plenamente, sino para conformar toda su vida con la de su Hijo, para vivir de sus palabras, para tomar como modelo cada uno de sus actos, para imitarlo en todo; en fin, para llegar a "configurarse" con él. Pues no se contentó con oír, escuchar y recibir la Palabra. Al observarla, María ha querido vivir de ella, ha querido ponerla en práctica. La Palabra de Dios es Vida. María lo comprendió tan bien que lo ha vivido plenamente toda su vida y se ha mantenido siempre fiel a ello.

Cuando Jesús declara: Felices....los que escuchan la Palabra de Dios y la practican (Lc 11,27-28), mientras nos da a María, su Madre, como modelo, se dirige a todos los hombres, a cada uno de nosotros. El nos ama y, para hacernos felices, nos propone la verdadera felicidad.

Esta felicidad no está ligada a un cargo ni a una misión ni a un estado de vida particular. Sea cual fuere el servicio al que cada cual está llamado, esta felicidad es propuesta a todos atrevernos a decir se halla al alcance de todos. Lo que cuenta aún más es la manera de acoger en nuestro corazón y en nuestra vida todos los llamados de Dios, pues nosotros, cada uno a su modo, recibimos llamados.

Lo cierto es que a cada uno de nosotros Jesús propone la verdadera felicidad. No se trata de vanas. Tenemos mucha imaginación como para invocar sutiles pretextos y persuadirnos de que esas invitaciones de Cristo no se refieren a nosotros.

El pretexto más corrientemente invocado es la falta de tiempo. Sin embargo, siempre es posible escuchar a Dios, incluso en una vida muy activa.

María, la madre de Jesús, tenía mucho que hacer.

Era pobre, y los pobres no tienen medios para hacerse ayudar. Intenso era también el trabajo de José, quien llegó a ser el patrono de los artesanos. Ambos han escuchado la Palabra y la han guardado.

Cada día han contemplado, con amor y adoración, al Verbo hecho carne.

Escuchar la Palabra de Dios, significa desear vivir en ella. No se trata de cambiar de estado de vida, ni de oficio, ni de ocupaciones. No es eso lo que Dios nos pide. Sino que se trata de ordenar nuestro tiempo y nuestras actividades, de modo que Dios resulte siempre el "primero en ser servido". Esto implica decidirse por algunas opciones la conversión de nuestro corazón y de nuestro pensamiento. Y hace falta decidirse, porque es imposible haber oído la Palabra de Dios, haber encontrado su amor y su perdón sin pasar a la acción, sin poner manos a la obra.

En nuestra vida presente, tal como es, estamos llamados a amar y a servir a Dios. No esperemos, pues, mejores condiciones de vida que, por otra parte, tal vez no se

ofrecerán jamás. Pero, esmerémonos en obrar lo mejor que podamos allí donde el Señor nos ha colocado. En esto consiste la puesta en práctica.

Sea cual fuere nuestro género de vida, todos estamos llamados a seguir a Cristo. Si no queremos substraernos a este llamado, hemos de procurar desde ahora seguir a Jesús por el camino de vida que nos propone.

El amor de adoración, camino de santidad para nuestro tiempo

Un cristiano no puede vivir de la eucaristía sin querer, al mismo tiempo, poner en práctica los valores del evangelio. Jesús mismo, en la eucaristía, nos da su vida y su fuerza. Nos inculca el deseo de seguirlo, de imitarlo. Entonces, al buscar cómo seguirlo, llama nuestra atención esa palabra que nos ha dejado y que, veinte siglos después de haber sido pronunciada, resuena siempre de manera tan viva y actual en el corazón de todos los hombres de buena voluntad. Hemos aquí también nosotros, al pie de la montaña, dirigiendo el oído y el corazón hacia aquel que habla y anuncia las palabras de felicidad.

El que habla es el Verbo, el Hijo de Dios. El nos traza un camino de vida: para seguirlo necesitamos vivir la pobreza, la mansedumbre, la paciencia, la humildad, la misericordia, saber poner paz, hacer justicia. ¡Aceptar las persecuciones cuando se presentan! ¡Llegar hasta el extremo de regocijarse por haber sido maltratados a causa de Cristo, como los Apóstoles! ¡Valores todos ellos que son exactamente lo contrario de los valores del mundo!.

Y, sin embargo, nos damos exacta cuenta de que hacen nacer en nosotros la sorprendente esperanza de una fuerza nueva. Las promesas evangélicas son en verdad una "buena noticia".

¿Quién no ha experimentado, por lo menos una vez en su vida, la pobreza, esa pobreza de corazón que consiste en el desprendimiento interior? ¿Quién no ha conocido la prueba profunda, el momento en que casi se avecina la desesperación? ¿Y quien no ha oído entonces el eco de las promesas de felicidad?.

¡Felices ustedes, los pobres...!

¡Felices ustedes, los que...tienen hambre!

¡Felices ustedes, los que...lloran! (Lc 6,20-21).

No existe vida alguna que esté exenta de profundas pruebas. Pero entonces se nos abre un camino, un camino que nos conduce hacia la felicidad del Reino. Todos debemos pasar por el sufrimiento y por la muerte, vale decir, por la cruz.

Es una realidad concreta a la que no nos podemos abstraer. El mismo Cristo tomó este camino en obediencia a su Padre.

¡El sufrimiento y la muerte, no para desaparecer, sino para resucitar con Cristo! En esto consiste la santidad: en aceptar de buen grado y ofrecer todas las pruebas, sufrimientos e incluso persecuciones que pueden presentarse, por amor a Cristo.

Pero no nos asustemos. No se trata de llegar en un instante a la cima de la montaña, sino de escalarla de acuerdo a nuestro ritmo. Las etapas, bajo daños de una escalera:

pobreza, humildad, pureza, misericordia. No hay que pretender recorrerlo todo de una sola vez. Al contrario, se requiere mucha paciencia. La escalera colocada entre el cielo y la tierra es el camino de amor. Los barrotes de la escalera son las etapas del camino. Los pies bien apoyados sobre los barrotes de la escalera, las manos aferradas a sus largueros: tal es el camino; el corazón y los ojos fijos hacia el cielo, hacia el deseo del Reino: ese es el amor.

Entonces se sube sin esfuerzo. De nada sirve querer subir sin escalera, pues no se llegará a término.

Si no se vale de la escalera y mira para abajo, es presa del vértigo y corre peligro de precipitarse al suelo. Si afloja las manos, se cae hacia atrás y se rompe la cabeza. Si se quiere saltar un escalón, para ir más rápido, se pierde el equilibrio y no siempre es posible agarrarse de nuevo.

No son pocos los escollos que hay que evitar en este camino de la santidad evangélica. Algunos ¿y quizá formamos parte de ellos? se quedan al pie de la escalera, de brazos caídos, porque no quieren molestarse. Al fin de cuentas, pocos llegan arriba: o por falta de deseo de Dios y de su Reino; o porque los deseos son superficiales y entonces resultan vanos y estériles, sin efectividad; o por falta de perseverancia, por falta de paciencia en el esfuerzo, por tibieza...

¿Cómo proceder entonces frente a tantos escollos? Debemos seguir adelante, convencidos de que la fuerza nos viene de Dios. Es la fuerza de Jesús la que nos conduce y nos guía, por lo menos si sabemos mirarlo. Porque es precisamente la mirada fija en Jesús la que nos permite avanzar. De allí procede el vehículo vital con el amor de adoración. La fuerza está en nosotros, en nuestro interior, pero no nos llega sino de la mano de Cristo.

Oración, sacramentos, esfuerzos personales para poner en práctica nuestros propósitos, todo eso está indisolublemente unido, pero no puede mantenerse, desarrollarse ni durar más que en el amor de adoración....Durante mucho tiempo se ha disociado *la vida interior* en la búsqueda de maestros de vida espiritual, de *la vida de plegaria* en la búsqueda de métodos de oración, y de *la vida sacramental* considerada como una "práctica". En cuanto a *la vida de adoración*, se habla muy poco de ella y a menudo se la coloca en la categoría de una devoción particular. De hecho, es imposible separar esos diversos elementos que forman la substancia de nuestro ser y cuyo fundamento es Cristo.

Plegaria unida a la adoración de Jesús-Eucaristía; vida interior fundada en la mirada de amor puesta en Jesús en la eucaristía; conversión del corazón obtenida en el Corazón de Cristo, que palpita de amor en la eucaristía. El amor de adoración es la constante, el fundamento, el cimiento, el vínculo, la "piedra angular" de la construcción de nuestro ser.

El amor de adoración realiza la unidad entre la vida interior, la vida de oración, la vida sacramental y la práctica efectiva. Basta ya de distorsiones entre estos diferentes dominios que se juntan y convergen. El amor de adoración a Jesús en la eucaristía fuente, centro y cima de nuestra vida cristiana, es el camino de santidad para nuestro tiempo: *un camino de amor*.

A primera vista, las promesas evangélicas nos parecen exigentes. Sin embargo son realistas y veraces. Nos confrontan efectivamente con la cruda realidad de la experiencia humana. La vida nos obliga a descubrir poco a poco el fondo de nosotros mismos; nos arrincona, un día u otro, en la soledad interior, y allí se nos plantea esta cuestión decisiva y muy personal: ¿nos animamos a creer en la palabra de aquel de aquel que dijo: "Felices los pobres, los afligidos, los perseguidos"? ¿Será capaz esta palabra de sostenernos en las más duras pruebas? ¿Podremos también nosotros exclamar con san Pablo:

*¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo?
Las tribulaciones, las angustias, la persecución,
el hambre, la desnudez, los peligros, la espada?....
Pero en todo obtenemos una amplia victoria,
gracias a aquel que nos amó (Rom 8,35-37).*

Si nos mantenemos todavía reacios a nuestro compromiso con este camino de vida, significa que quisiéramos hurtar el cuerpo al sufrimiento. Tenemos ganas de huir de la cruz. ¡Estamos de acuerdo con Jesús, pero no con su cruz! Sin embargo, Jesús y su Cruz son inseparables. Así como la vida de cada uno de nosotros es inseparable del sufrimiento y de la muerte. ¿Por qué, entonces, querer evitar lo inevitable? Es preferible profundizar nuestra fe, nuestra esperanza, nuestro amor, viviendo del evangelio, teniendo en la adoración los ojos fijos en Cristo, que es el único que puede liberarnos del sufrimiento y de la muerte.

La cruz no es un objetivo, no es más que un medio, un instrumento. El objetivo final es algo muy distinto, es la felicidad del Reino. Jesús mismo nos lo promete en el Sermón de la montaña.

*¡Felices ustedes, los pobres,
Porque el Reino de Dios les pertenece!
¡Felices ustedes, los que ahora tienen hambre,
Porque serán saciados!
¡Felices ustedes, los que ahora lloran,
Porque reirán!
¡Felices ustedes, cuando los hombres los odien,
los excluyan, los insulten, y los proscriban,*

*considerándolos infames
a causa del Hijo del hombre! (Lc 6,20-22).*

¡Es extraordinario oír a Jesús prometiéndonos su Reino, el Reino de su Padre que está en el cielo!

Este es un logro que de nuestra parte no podemos alcanzar adecuadamente ni de ninguna forma.

¿Qué son, en efecto, las dificultades, los sufrimientos o las pruebas del tiempo presente en comparación con el Reino que nos aguarda? San Pablo nos advierte:

*Yo considero que los sufrimientos del
Tiempo presente no pueden compararse con la
gloria futura que se revelará en nosotros (Rom 8,18).*

Se trata, en efecto, de un Reino de gloria que Jesús nos propone junto a él y a su Padre. Y Jesús abraza el inmenso deseo de que su Reino se establezca desde esta vida en los corazones. Es la petición que él mismo nos enseña en el Padrenuestro:

Venga a nosotros tu Reino

El reinado de Dios, en plenitud, será el reinado de gloria, en el más allá. Sin embargo, desde aquí, en la tierra, Jesús quiere instalar su reinado en nuestros corazones. Su mayor felicidad consiste en reinar intensa y efectivamente en nosotros. ¿Qué esperamos, entonces, en vista de la extensión de su Reino, para entregarle todo el espacio de nuestro corazón, y para atraer hacia él otros corazones? Jesús parece decir a cada uno de nosotros:

*"Quiero reinar en los corazones. Ayúdanos, tú,
que estás allí; quiero establecer mi Reino en las almas"
(cfr. Le Mystere de I' Amour vivant, p. 175).*

Si comprendemos el deseo intenso y ardiente de Jesús, el amor es el motor que nos va a impulsar por el camino de la santidad. Ya no será un camino demasiado áspero, basado en nuestro propios esfuerzos o en una tarea de perfeccionamiento, ya que será un camino de amor. No marcharemos más con dificultad sino que, despegadas las alas, nos desplazaremos velozmente. No tendremos ya ninguna preocupación por los golpes, por las lastismaduras, ni siquiera por nuestro propio pecado que sin cesar nos entorpece y nos frena. Correremos la buena carrera con entusiasmo y fervor. Ya no serán nuestros esfuerzos, tan frágiles, sino únicamente el amor de Dios, el motor que nos impulsará. Aunque alguna vez caiga la noche y nos encontremos todavía en camino, se nos ofrecerá la luz de Cristo, a su debido tiempo, preparada aquí y allí para guiarnos a lo largo de los días, como una lamparita que ilumina cada uno de nuestros pasos.

iOh Jesús! Ayúdanos a establecer desde ahora tu Reino en nuestros corazones y en los de muchos otros. ¡Y entonces, sí, felices, felices seremos nosotros!

3. Cristo, nuestra vida

Sólo tú eres Santo (Del himno: Gloria a Dios en el cielo, de la misa).

Cristo, fuente única de santidad

Las cuestiones que se plantean, respecto de a la adoración, no pueden obtener verdadera respuesta a menos que se sepa a quien se adora. Sí, en verdad, ¿a quién adoramos? Es la cuestión que Jesús plantea a sus discípulos:

Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo? (Mc 8,29).

¡Aquí estamos en el núcleo del problema! Esta cuestión nos afecta personalmente también a nosotros, y percibimos con claridad que debemos darle una respuesta.

Se trata de llevar a cabo un verdadero descubrimiento. La adoración de la eucaristía nos conduce por el camino de este descubrimiento, porque nos revela la persona viviente de Cristo:

- Descubrimiento de capital importancia en cuanto a sus consecuencias para la vida de la Iglesia y la vida del mundo;
- Descubrimiento cuya dimensión sobrepasa los más famosos descubrimientos del Nuevo Mundo, en el siglo XV, y todos los asombrosos descubrimientos interplanetarios y espaciales del siglo XX, a los que, por otra parte, da su verdadera significación.

• *Descubrimiento de la persona de Cristo*

Descubrir a Cristo es vital para nosotros y para la humanidad. Sin signos orientadores, perdemos el sentido de nuestro destino.

La adoración de Jesús-Eucaristía es el camino privilegiado que nos lleva a este descubrimiento.

Cuanto más lo adoramos en el silencio, tanto más sedientos de él nos encontramos y aspiramos más a descubrirlo. ¡Oh tú, a quien amó, date a conocer a mí!: tal es el deseo que el alma expresa en lo más profundo de la adoración. Y Jesús escucha siempre este deseo porque para eso ha venido. Se hizo carne para revelarse a nosotros y para revelarnos el Padre:

Al estar tan cerca de nosotros en la eucaristía, arde en deseos de revelarnos su persona y su presencia. Jesús no se nos revela en primer término como sacrificio o como alimento, sino como una persona. Así ha procedido con sus discípulos en múltiples circunstancias: con María Magdalena, la mañana de Pascua (¡María!); con los discípulos de Meaux, al partir el pan; con san Pablo, en el camino de Damasco (Yo soy Jesús).

Encuentros estremecedores en los que Jesús se presenta siempre en la luz:

- la luz de Pascua para María Magdalena, la mañana de la Resurrección
- la luz que abrasa el corazón de los discípulos de Meaux, con una intensidad particular.
- la luz que derriba a san Pablo, al manifestar la fuerza vital que emana de su persona.

Esta luz supera todo lo que nosotros podemos conocer. Y por allí entrevemos que nos hallamos en presencia de un misterio: es el más allá con todo lo que no conocemos ni comprendemos. La persona de Cristo es un misterio. Por gracia y por dádiva de su amor, Jesús puede hacernos entrar en ese misterio. Nos atrae a él de manera muy especial en la adoración de la eucaristía, puesto que allí es donde está presente en el más alto grado.

Entrar en el misterio no significa que sea posible captar toda su profundidad. Sin lograr conocer un misterio, uno puede acercarse a él poco a poco.

Uno puede ser introducido en él por la vía del amor y de la adoración. No hay cabida entonces para esfuerzos intelectuales ni para especulaciones, sino que el alma entra directamente en el conocimiento de Dios. Hay un conocimiento directo que Dios puede permitirnos obtener acerca de él mismo, un conocimiento rápido, sorprendente y, para algunos, fulgurante. Así fue el caso de san Pablo y, más cerca de nosotros, el de estos testigos de la presencia de Dios, que se manifestó viva y operante de manera muy concreta en su vida: Alfonso Ratisbona, André Frossard, Didier Decoin, Paul Claudel, Charles de Foucauld... ¡La lista podría ser muy larga!

Este encuentro, aunque se produzca de manera más discreta, en todo caso, menos conocida que los demás, resulta siempre decisivo para el que lo recibe y lo experimenta, porque se lo recibe como una gracia sorprendente. Es como el caso de Amús, quien totalmente sorprendido refiere: El Señor me sacó de detrás del rebaño (Am 7,12-15).

Gracia impactante y sorprendente en la que Dios tiene siempre la iniciativa. Pero en la que, al mismo tiempo, se da a conocer a quien lo busca. Si todos los cristianos fuesen buscadores, descubridores, vale decir, deseosos de llegar al descubrimiento de la persona de Cristo, ¡qué cambiada se vería la Iglesia entera!

Como para facilitarnos este descubrimiento, el Señor quiere revelarnos el camino de la adoración eucarística y del amor eucarístico muy particular que le es propio y que, para definirlo, me gustaría llamar el "amor de adoración".

• ***El amor de adoración, camino privilegiado del encuentro***

El amor de adoración es, en otros términos, el amor y la adoración de la eucaristía. Descubrir la persona de Cristo en su misterio y más precisamente en su misterio eucarístico: he aquí la cuestión esencial, porque la sola persona de Cristo, en toda su estatura y en todo su esplendor, podrá permitirnos efectuar el gran pasaje la tercera Pascua, o sea, el pasaje de este mundo a su Padre y a nuestro Padre.

Cristo es la puerta, la vía de acceso: Yo soy la puerta (Jn 10,13). La puerta es estrecha y debe comprenderse bien el sentido de esta palabra de Jesús: la puerta está abierta a todos, ampliamente.

A todos los hombres. Pero no hay otro pasaje más que la persona de Cristo para ir al Padre. En este sentido la puerta es estrecha.

M160s precisamente todavía: no existe otro pasaje fuera de Cristo *Eucarístico*, esto es, Cristo en cuanto "Pascua". *Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado* (1 Cor 5,7). Cristo eucarístico, o sea, el cuerpo y la sangre de Cristo, son el camino de acceso, la vía, la puerta, el pasaje. No se trata de un Cristo puro espíritu, sino de Cristo que ha venido en nuestra carne, Hijo de Dios hecho hombre que ha si inmolado, que ha entregado su cuerpo y su sangre.

El cuerpo y la sangre de Cristo poseen una importancia capital en el camino de acceso al Reino, en el gran pasaje que realizaremos el día de su retorno en gloria.

La venida de Cristo está ligada, para la Iglesia y para el mundo, al descubrimiento de la eucaristía en todo su despliegue, y al desarrollo de la vida eucarística de los hijos de Dios.

Nosotros no estamos en eso. Pues muchos obstáculos de todas partes se atraviesan en nuestro camino. Pero tenemos que ponernos en acción para llegar a ese punto, para lograr que venga definitivamente el Reino de Dios, ya entre nosotros en su Cristo cuerpo y sangre, vivo en medio de los hombres y confiado a los hombres en la eucaristía. Puesto que se ha entregado de esta manera a nosotros, espera que lo ayudemos a elevarse. Radiante en su esplendor de gloria, para hacernos pasar con él de este mundo a su Padre. No lo hará sin nosotros.

San Agustín nos dice que "no nos salvará sin nosotros". Igualmente, no volverá sin nuestra cooperación activa, sin nuestra adhesión. De lo cual surge nuestra responsabilidad, y la de la Iglesia entera para ayudar y trabajar en el desarrollo de la vida de adoración eucarística. Las almas y las Casas de adoración son parte de esos medios ofrecidos por Dios. Ellas permiten a veces y hay que esperar que lo permitan cada vez más el ávido pueblo de Dios y a las familias, auténticas iglesias en pequeño, "dejar entrar a Cristo", como ya lo proponía la *Imitación de Cristo*:

Deja, pues, entrar a Cristo. Mientras poseas a Cristo, será rico; él te bastará.

No tengas otro temor ni otro amor fuera de él: es él quien responderá por ti.

En cualquier lugar en que puedas estar, no eres más que un extraño, un viajero, y no tendrás jamás descanso, si no estás íntimamente unido a Cristo. Que tu pensamiento esté junto al Altísimo y que tu súplica se dirija sin tregua hacia Cristo.

Si una sola vez hubieras entrado plenamente en la intimidad de Jesús, si hubieras saboreado un poco solamente de su ardiente amor, entonces de ningún modo tendrías en cuenta lo que, para ti mismo, es feliz o desgraciado...

Deja, pues, entrar a Cristo.

Dejar entrar a Cristo a fin de vivir en su intimidad. ¡Poder saborear, en el amor de adoración, un poco de su intenso amor! La adoración eucarística nos permite experimentar esa realidad. Experimentar su ardiente amor, "saborearlo" y vivir de él: precisamente en eso consiste la vida de adoración.

Las Casas de adoración, al proponer esta vida quieren ser, en la Iglesia y para la Iglesia, en la línea más avanzada en el corazón del mundo, esos vigías permanentes de la presencia de Cristo en medio de los hombres, llevándolos a todos en una ofrenda incesante. Ellas están llamadas a una vocación de silencio, de particular dedicación a Dios solo, en la adoración del cuerpo y de la sangre de Cristo. Y vivir esta vocación, en nuestras casas, permite implantar la adoración en pleno centro del mundo. Esta vocación nos permite, al mismo tiempo, a la Iglesia extender sus ramificaciones por todos los lugares y estar en realidad presente en el corazón de la sociedad. *Como que sólo la presencia real de Cristo podrá asegurar una efectiva presencia de la Iglesia en el corazón del mundo.*

De esta manera y también por otras vías, ciertamente, mediante el despliegue de una vida eucarística, lograremos participar de la venida de Jesús en la gloria. En resumidas cuentas, debemos querer y preparar esta venida que esperamos, y trabajar por ella de manera concreta. Si no lo hacemos, el Esposo no puede menos que demorarse y hacerse esperar. No puede venir sin el deseo y el consentimiento de su Esposa, la Iglesia. Pues ella está en posesión de la eucaristía, ella está fundada sobre el cuerpo de Cristo, ella vive de él. La eucaristía es el corazón vivo y palpitante de la Iglesia.

Por lo mismo, la Iglesia tiene que exhibir la eucaristía, esto es, revelarla de verdad, dar a conocer sus riquezas inagotables. Así como Jesús emprendió en plena luz su vida pública, igualmente a la Iglesia le corresponde darle a Jesús-Eucaristía, que vive en medio de los hombres, un tiempo de vida pública. Entonces, Jesús podrá volver en una tercera Pascua de gloria. Jesús parece manifestar a la Iglesia estos pensamientos:

Yo estoy en ti, en cuerpo y sangre: No he podido dar más; ni brindar mayor amor.

Tú, entonces, ¿qué haces de mí? ¿Me das a todos? ¿Me ofreces a la adoración y al amor de todas las almas? Me entregué a los hombres hasta darles mi vida, mi

cuerpo y mi sangre. Entonces, Iglesia, Iglesia mía, ¿por qué vacilas en mostrarme, en darme en exponerme a las miradas del amor y de adoración de todas las almas que te he confiado? Anda, no tengas miedo. Abre las puertas a Jesucristo, a Jesús – Eucaristía.

El gran jubileo del año 2000 fue intensamente eucarístico, y podemos considerarlo como el punto de arranque de esta preparación para un tiempo eucarístico, para una vida pública de Jesús-Eucaristía. Es la condición para verlo retornar en la gloria. No desperdiciemos el mensaje de esta cita del año jubilar, que hemos de interpretar como apertura a un tiempo nuevo: "el tiempo de la eucaristía". Es lo que significó la apertura de la Puerta Santa, como acceso a una nueva etapa de la historia sacra.

La persona de Cristo es única

No existe otra que se compare con ella. Es única en su misterio de persona. Hay dos naturalezas: la naturaleza divina y la naturaleza humana, y sin embargo no hay más que una sola persona: Cristo.

Esta persona es única porque nunca hubo anteriormente alguna semejante ni jamás la habrá después. Nos hallamos en presencia de un misterio que no cesará nunca de asombrarnos. Este asombro, que nos deja estupefactos de admiración, ya es el comienzo de la adoración. Adorar a Cristo es adorarlo a la vez en su humanidad y en su divinidad. Al revestirse de nuestra carne, Cristo logró que Dios se volviera accesible a nuestros ojos carnales. Como un cristal, que deja escapar múltiples destellos de luz, nos permite ver numerosas facetas del misterio de Dios y de su amor.

De este modo, Cristo, tan cercano a nosotros, nos revela el ser de Dios, permitiéndonos ver o entrever sólo lo que está a nuestro alcance. ¡La unión de la humanidad con la divinidad es la que nos permite esa "proeza" ¡Esta proximidad de Dios es otorgada a los hombres por Cristo. Por eso, él es, verdaderamente el único mediador entre Dios y los hombres, la única vía de acceso a Dios para los hombres. Pues estos son muy frágiles, en su naturaleza humana, para ver a Dios, directamente. Necesitaban de este Hombre-Dios, enviado por Dios, y Dios él mismo (pero Dios que asume carne humana). *Luz nacida de la Luz, verdadero Dios nacido del verdadero Dios*, para que tuvieran la posibilidad de acceder a la vida divina.

• ***Las manifestaciones de Cristo***

Esta proximidad de Dios entre los hombres se nos manifestó en Cristo por la encarnación, y continúa actualmente hasta su vuelta en gloria por su presencia eucarística.

Primera manifestación: el Verbo hecho carne. Jesús, Hijo de María, nacido en la Nochebuena, y que vivió durante treinta años en Palestina.

Esta manifestación se prolonga en Jesús-Eucaristía: el cuerpo y sangre de Cristo, en la eucaristía, están confiados a los hombres, en prenda del más grande amor, hasta el fin de los tiempos.

Manifestación definitiva, por venir: Jesús en gloria, como en el Tabor. Los tres apóstoles, Pedro, Santiago y Juan, lo han visto. También nosotros lo veremos, tal como es. Pero, por el momento, estamos en la espera de su venida. Cristo, vivo entre nosotros en la eucaristía, se manifestará en persona, revestido de su gloria, la gloria que él tiene junto a Dios (san Juan, oración de Jesús antes de su pasión): *Ahora, Padre, glorifícame junto a ti, con la gloria que yo tenía contigo antes que el mundo existiera (Jn 17,5)*. Y él nos obsequiará con su gloria. Participaremos de ella. Pues de ella él nos revestirá. Inesperado destino al que estamos todos llamados. Esto no puede dejarnos indiferentes. Es la buena nueva para nuestro tiempo, que hay que anunciar, que hay que vivir preparándola.

Existe como un camino, una progresión querida por Dios y que nos es trazada a lo largo de la historia de la salvación. Es la persona de Cristo que se nos revela poco a poco, cada vez más, para mostrarnos el camino hacia el Padre y abrirnos el Reino.

En el curso de este camino, nuestro amor y nuestra adoración deben crecer, desarrollarse, alcanzar más hondura y madurez. Es un amor eucarístico que nos transforma en profundidad en el silencio de unión con Dios. Debemos crecer en el amor de adoración.

• ***Cristo en su presencia eucarística realiza el vínculo***

Lo actual para nosotros es su presencia eucarística. Ahora bien, la adoración de Jesús-Eucaristía nos vincula con Jesús de Nazaret que vivió sobre la tierra hace dos mil años. Pero también introduce ya en nosotros el reinado, la gloria del Reino. Establece la conexión de las dos avenidas de Jesús entre los hombres. Efectivamente, adorar su cuerpo y su sangre despierta en nosotros el deseo siempre más grande de conocerlo mejor: de seguirlo paso a paso por los caminos de Palestina. Al leer y analizar los Evangelios, procuramos conocer su vida y milagros. A Jesús queremos verlo vivir. Y queremos oírlo, porque es el Verbo, es la Palabra de vida. Es nuestro modelo y quisiéramos imitarlo; más aún: asemejarnos a él.

<p><i>Jesús en Palestina</i> No me retengas: voy hacia el Padre</p>	<p>Quiere hacernos levantar los ojos hacia el Padre</p>	<p>Está inscrito en el tiempo, en la historia, en un solo lugar geográfico</p>
<p><i>Jesús en la eucaristía</i> Nuestra fe está desnuda</p>	<p>Multiplica Indefinidamente Su presencia</p>	<p>La eucaristía está siempre en el tiempo y la historia de los hombres, pero sin que haya un lugar preciso</p>
<p><i>Jesús en la gloria</i></p>	<p>La eucaristía es introducida a la vida trinitaria</p>	<p>Fuera del tiempo, de la historia y del espacio: vida del Reino</p>

Si hubiésemos vivido en Palestina, habríamos querido tener la oportunidad de seguirlo por todos los caminos para verlo y oírlo, para no perder ninguno de sus hechos y actitudes. Habríamos querido estar en todas partes con él lo más cerca posible, compartir su vida, como los Apóstoles, como la Virgen María y las santas mujeres que lo seguían porque estaban comprometidas con él.

Junto a Jesús-Eucaristía, en la adoración, sabemos que la persona de Cristo no es solamente un modelo a imitar, como se quisiera imitar a un gran hombre o una celebridad. Eso es demasiado poco. Cristo mismo, en su persona podemos testificarlo, es un tesoro inagotable de gracias. No se recurre a él en vano. El amor de adoración colma nuestro corazón y nuestra alma. En él se dan cita todas las perfecciones. Él las derrama en nosotros en la medida de nuestra acogida a su gracia.

De él dimanan todas las gracias de conversión que como un pozo sin fondo, del que se puede extraer agua profusamente. Es la fuente de agua viva, jamás agotada, prometida a la Samaritana. Delante de semejante riqueza, sin fin y sin fondo, descubrimos y sabemos que hemos encontrado al Mesías, al Hijo de Dios, a aquel en quien reside toda santidad.

Puesto que es Dios, Hijo de Dios, la fuente de santidad está en él. Al acudir a beber el amor en él, en la adoración, nos abrevaremos en la santidad misma de Dios. ¿Por qué. Entonces, buscar la santidad en otro lugar fuera de la persona de Cristo?

Es él, Jesús, quien ha venido para otorgarnos el conocimiento del Padre mediante el don del Espíritu Santo, espíritu de santidad. Él nos muestra y nos revela la santidad. La adoración de la persona viviente de Jesús en la eucaristía se convierte claramente en el camino de santidad que se presenta a nosotros como el más directo y el más seguro.

En efecto, el amor de adoración, al ser cristo céntrico, asegura la unidad entre diversos elementos a menudo separados, evitando así desarrollar la vida interior por sí misma, casi de manera autónoma y con mucho dispendio de tiempo y esfuerzos. Ahora bien, esta vida interior no puede estar desconectada de la mirada de adoración amorosa, ardiente y vivificante que cada día se posa sobre la persona viva de Cristo. Esta misma mirada de adoración nos lleva a desarrollar la vida sacramental, guía nuestra vida y es también conducta de vida.

Una espléndida unidad finalmente descubierta merced al amor de adoración. Esta vía unifica todo nuestro ser:

- Es segura, porque está unida a Cristo: es el mejor antídoto contra las sectas;
- es directa, porque prescinde de intermediario;
- es rápida, adaptada a nuestra época.

No tenemos tiempo que perder. Ya no se trata de transitar por caminos poco frecuentados. No podemos pasarnos toda la vida yendo de un lado para otro, en lugar de marchar directamente hacia la meta. La evangelización nos apremia. El anuncio de la buena nueva es urgente. Y si no emprendemos rápidamente esta tarea, pasarán todavía algunos milenios de espera.

- Anunciar a Cristo;
- Proclamar su nombre;
- Revelar su persona y su presencia.

¡Es así de simple, a pesar de que se lo haya complicado todo!

Señor, enséñanos a ser simples.

Haznos descubrir tu simplicidad, tu unicidad.

*Enséñanos a no perder más tiempo.
que nos conduce a ti.
Ese camino, eres tú.*

El momento culminante que será el punto fuerte, el punto de encuentro de la historia de Dios, con los hombres, nosotros lo esperamos: "Lo esperamos hasta que él vuelva" (Plegaria eucarística).

Lo deseamos ardientemente y debemos tomarlo a pecho, prepararlo y apresurarlo. Lo cual depende de nosotros y de toda la Iglesia.

Esperamos por cierto este acontecimiento. Pero durante este tiempo de espera, comprobamos que la eucaristía es la que asegura la continuidad de la presencia viva de Cristo en la tierra. La presencia de Jesús, que vive entre nosotros, es la presencia de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Presencia activa, rebosante de vida y resurrección. Presencia dinámica que nos conduce con un poderío contenido por el momento, pero indiscutible, y que no admite comparación con ningún otro al acontecimiento culminante e inevitable, para la historia de los hombres: el retorno en gloria de la persona de Cristo.

El fuego devorador del Espíritu está incesantemente en actividad, como la esfera de fuego en el centro de la tierra. Ese fuego devorador no hace más que encenderse y expandirse sin dejarse ver por el momento, pero como el fuego del volcán surgirá cuando todo esté preparado, a la hora fijada por el Padre. Él, entonces, nos hará conocer al Padre.

Es el hijo encarnado quien se mostrará a nosotros en toda su gloria. Él solo, siempre como único mediador, podrá introducirnos en la gloria del Padre, permitiéndonos que tengamos la Vida y la tengamos en abundancia.

En este panorama, vemos la considerable importancia de la eucaristía como presencia viviente de Jesucristo entre los hombres. ¡Qué signo de amor inefable de parte de Dios para con los humanos esta continuidad, esta perdurabilidad de su presencia viva entre ellos! Igualmente, este aspecto de la eucaristía como presencia viva de Cristo entre los hombres no puede descuidarse. Al contrario, debe ser valorado en vista de la preparación del retorno de Cristo.

No habría sacrificio ni alimento si no existiera primero el Verbo encarnado, la persona de Jesús, que vino en nuestra carne; después tiene lugar la presencia viviente de su cuerpo y de su sangre en la eucaristía. La persona es anterior al sacrificio y al Plan de vida. La encarnación es anterior a la redención; es la condición de esta. Y el pan y el vino consagrados no son cuerpo y sangre de Cristo sino porque él hizo entrega de sí mismo. Su persona y su presencia son y duran desde toda la eternidad, mientras que el sacrificio y el alimento desaparecen. En el Reino no habrá más sacrificio porque el sufrimiento y la muerte serán abolidos; no habrá más alimento porque nuestros

cuerpos gloriosos no concederán más las necesidades del hombre carnal. Pero, al contrario, lo que siempre quedará presente, eternamente, es la persona de Cristo, presencia de Dios que mora en toda la ciudad santa, en todo el espacio del Reino.

El Reino de Dios será el despliegue de su presencia, un despliegue que no cesará de extenderse, de ensancharse, sin que ningún límite pueda detenerlo. En este despliegue, nosotros existiremos, nosotros estaremos.

Cristo será siempre la persona que Es:

Desde antes que naciera Abraham,

Yo soy (Jn 8,58).

Él es siempre el que es, porque es Dios. Y cuando lo veamos cara a cara, nos regocijaremos de su presencia, eternamente. Amarlo y adorarlo en la eucaristía equivale a regocijarnos por él, con él y en él. Regocijarnos de esta presencia que desde aquí en la tierra sin cesar, gratuitamente y por puro amor nos brinda él, quien, siendo todo Amor, se complace en permanecer entre los hijos de los hombres.

Este regocijo, que no es más que un reflejo de su amor, y que podemos expresarle y retribuirle en el amor de adoración es un regocijo de gratitud, de acción de gracias. En este encuentro de adoración, el alma da gracias a Dios porque es Dios, porque está allí, porque está presente a nuestra presencia.

El alma amante y adorante se halla en la felicidad del encuentro con Dios, de la intimidad intercambiada con él. Al dar gracias a Dios en la adoración, el alma está "en eucaristía". Celebra la eucaristía. De este modo, la adoración prepara y prolonga el sacrificio de la misa. Le otorga eternidad.

El tiempo del santo sacrificio es un tiempo limitado. El tiempo de la acción de gracias, en el amor y en la adoración, no tiene límites. Puede ser todo tiempo, en todo lugar, alcanzando lo que nos dice el apóstol Pablo:

Ofrézcanse ustedes mismos como una

Víctima viva, santa y agradable a Dios:

Este es el culto espiritual que deben ofrecer (Rom 12,1)

Este aspecto de la eucaristía no terminará jamás. No está tampoco limitado por la historia por que se proseguirá con él en la vida del Reino. La liturgia celestial será adoración sin fin.

La adoración de la eucaristía nos recuerda sin cesar, nos restaura en la memoria (Hagan esto en mi memoria) que Jesús plenamente hombre y plenamente Dios. En efecto, podemos adorarlo bajo las especies del pan y del vino consagrados porque él se ha hecho hombre. Podemos adorarlo, en este misterio de la eucaristía, porque es Dios. El misterio eucarístico es el misterio del Hombre-Dios. Adorar a Jesús-Eucaristía es tenerlo permanentemente en el recuerdo. De este modo, nuestra fe está arraigada

y orientada en la verdad. En una época en que circulan tantos errores, falsas creencias y sectas, la vida de adoración eucarística es el camino seguro de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestro amor. Es la vía de santidad para nuestro tiempo y, me atrevería a decir, la única vía de santidad, puesto que está unida a la persona de Cristo, fuente única de santidad:

*"Sólo tú eres Santo,
sólo tú Señor,
sólo tú Altísimo, Jesucristo"*
(Del Gloria a Dios, en la misa)

El cuerpo y la sangre de Cristo, único pasaje

El cuerpo de Cristo, como todo cuerpo humano, está compuesto de carne y de sangre. Dos realidades distintas y unidas. Hay en ello una designación muy concreta de la persona de Cristo. El mismo Jesús, en el Evangelio, da esta precisión muy realista cuando se anuncia y se presenta como Plan de vida:

*El que come mi carne y bebe mi sangre,
Tiene Vida eterna, y yo lo resucitaré
en el último día. Porque mi carne
es la verdadera comida y mi sangre la
verdadera bebida.*

*El que come mi carne y bebe mi sangre
Permanece en mí y yo en él.
Este es el pan bajado del cielo,
No como el que comieron sus padres
y murieron. El que coma de este pan vivirá
eternamente (Jna 6,54-56. 58)*

Es fácil adivinar la estupefacción de los que oían a Jesús pronunciar esas palabras. Valiéndose del intelecto, nada podían comprender. Todo se situaba en otro nivel: se requería la fe para que pudieran entrar en el misterio de amor. Esto explica que algunos se hayan escandalizado: *¿Cómo puede este hombre darnos a comer su carne?* (Jn 6,52).

A pesar de todas las alusiones y comparaciones en relación con el pan, a pesar de las palabras de Jesús que se designa a sí mismo como Pan de vida, solamente en el transcurso de la Cena, el jueves santo, se completa la explicación, cuando Jesús toma el pan, lo parte y lo da a sus discípulos diciendo:

Tomen, y coman, esto es mi cuerpo (Mt 26,26).

Jesús da su cuerpo que será entregado en la cruz el día siguiente en alimento, y lo da bajo las especies del pan. Jesús da su sangre, derramada por la multitud, y la da bajo las especies del vino. ¡Ni falta que hace cavilar mucho! Es la opción de Dios, opción tan simple y tan simplemente presentada.

La simplicidad es el sello de Dios.

*Beban todos... porque esta es mi sangre
(Mt 26,27-28).*

Así, su cuerpo y su sangre eran puestos al alcance de todos, gracias a este invento "genial" de utilizar el pan y el vino, alimento y bebida corrientes y ordinarias entre los hombres.

Nada, pues, de insensato ni de escandaloso, sino solamente la prueba dada a los hombres del amor que Dios tiene para con ellos. El amor es ingenioso, y así es como nació la eucaristía. Don imperecedero e inagotable ya que, en el sentido propio del término, podemos extraer sin fin en la fuente del misterio eucarístico:

- La eucaristía no puede desaparecer mientras haya en la tierra pan y vino, y mientras el ministerio del sacerdote nos dé, como en un nuevo nacimiento, el cuerpo y la sangre de Cristo.
- La eucaristía no puede agotarse porque es el misterio del amor de Cristo. Podemos extraer de él a manos llenas, a lo largo de nuestra vida, como la Samaritana al borde del pozo:

*Si conocieras el don de Dios y quién es
el que te dice: "Dame de beber", tu misma
se lo hubieras pedido, y él te habría dado agua viva (Jn 4,10)*

La eucaristía ya está revelada y anunciada, y es Jesús mismo quien se da como fuente inagotable, pero también como único lugar de adoración verdadera. No valen la pena los cuestionamientos para saber si se debe adorar en el monte Garizim, lugar de culto de los samaritanos, o en el Templo de Jerusalén, como lo hacían los judíos. La adoración del Dios vivo no se ubica ni en uno ni en otro lugar.

Jesús es el único que puede conducirnos, por su persona, a la legítima adoración "en espíritu y en verdad". Nadie, en efecto, puede adorar al Padre si no adora al Hijo, si no ha pasado por el encuentro personal con la persona de Cristo, Hijo del hombre e Hijo de Dios, por el descubrimiento de la persona de Cristo que se da a nosotros como Pan de vida y como fuente de vida. Así, está Presente de manera muy real en la eucaristía como hombre y como Dios. Por otra parte, cuando recibimos la comunión, el sacerdote pronuncia estas palabras sorprendentes:

*El cuerpo de Cristo,
y cuando comulgamos bajo las dos especies:
El cuerpo y la sangre de Cristo.*

El ministro, en el momento de darnos a Cristo, nos lo menciona, nos lo presenta, y luego lo confía a nosotros. En el mismo instante se produce una especie de atracción, se diría casi una "imantación": la que experimenta la pequeña aguja atraída irresistiblemente por el imán. Pues, si el sacerdote menciona adecuadamente la eucaristía como el cuerpo de Cristo, nos menciona también a nosotros mismos. De alguna manera, hace las presentaciones. Porque

*"nosotros somos el cuerpo de Cristo:
Nosotros somos la sangre de Cristo".*

Ya al recibir su cuerpo y su sangre, nos convertimos en aquello que recibimos. La Iglesia, también ella, lleva este hermoso nombre de Cuerpo de Cristo, puesto que lo es efectivamente y en ellos reside su mayor responsabilidad. A la Iglesia le incumbe, y le incumbirá al final de los tiempos, el cometido de dar cuenta del cuerpo y de la sangre de Jesús:

¿Qué has hecho tú de mí?

De esta manera, el cuerpo y sangre de Cristo están en el corazón de nuestra historia personal, en el corazón de la historia de la Iglesia y de la historia de la salvación.

Pero, ¿qué significan verdaderamente para nosotros el cuerpo de Cristo, la sangre de Cristo? En otros términos, el interrogante que se nos dirige es el siguiente:

*"Y para ti, personalmente,
¿Quién soy yo en verdad?"*

He aquí algunas reflexiones. La palabra Pascua significa "pasaje". Ahora bien, un pasaje comprende necesariamente un comienzo y un fin; o también, una partida y una llegada, o una entrada y una salida; con un nexo entre las dos, vale decir, una continuidad. Esta continuidad constituye la realidad del pasaje:

- En la partida, hay preparación;
- en la llegada, hay transformación;
- entre ambas, hay un camino. Este camino en el espacio geográfico o en el tiempo es transitorio pero indispensable. Asegura el vínculo, la continuidad entre la entrada y la salida, entre la partida y la llegada.

El pasaje encierra tres elementos:

- Preparación;
- Transformación;
- Nexo de continuidad que permite pasar de una etapa a otra.

De esta manera, el pasaje permite acceder a una etapa nueva y desembocar en una transformación maravillosa. El ejemplo *Único, perfecto, es Cristo nuestra Pascua*, quien nos hace pasar, sin interrupción, de este mundo a su Padre, quien nos permite este pasaje extraordinario:

- De las tinieblas a su admirable luz;
- de la muerte a la Vida;
- de la esclavitud a la libertad;
- del pecado a la santidad;
- de este tiempo de la tierra al Reino.

Y el que estaba sentado en el trono dijo:

"Yo hago nuevas todas las cosas" (ACIC 21,5).

“Sí, yo voy a crear un cielo nuevo
y una tierra nueva” (Is 65, 17).

(Cfr. Apoc 21, 1: Is 66,22).

Se puede distinguir en la única Pascua que es el cuerpo de Cristo, tres etapas a las que me gustaría llamar las tres Pascuas, para que resulte clara la explicación:

- La Pascua antigua: la de los judíos;
- La Pascua nueva y eterna: la del Jueves santo;
- La Pascua final, que ha de venir: escatológica, la del retorno glorioso que nos introducirá en el Reino:

• ***La Pascua antigua***

Ella ha representado un período completo de preparación antes de la transformación radical obrada por la venida de Cristo. Esta Pascua de los judíos era un recuerdo, un memorial del pasaje del Mar Rojo. Ahora bien, este pasaje del Mar Rojo permitió a los hebreos:

- Abandonar la tierra del exilio para ir a la Tierra Prometida;
- Abandonar la vida de esclavo para ir hacia la vida del hombre libre;
- Escapar a la muerte para conocer la salvación, gracias a la sangre del cordero esparcida sobre el dintel de las puertas. Durante esa famosa noche, precedente a la partida desde la tierra del exilio, la sangre del cordero prefigura ya la sangre de Cristo que será derramada por la salvación, no sólo de los judíos, sino de todos: *Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado* (1 Cor 5,7).

Anuncio profético del don de la eucaristía, cuerpo y sangre de Cristo, Cordero verdadero que marca el pasaje del Antiguo al Nuevo Testamento. Se necesitaron milenios de preparación a través del desierto y luego a través de la historia del pueblo judío, antes de la transformación radical que se realiza con la venida de Cristo.

Durante todo ese tiempo, la continuidad fue asegurada por la espera del Mesías. El Dios vivo, por la voz de los profetas y por sus múltiples intervenciones, no ha cesado de preparar al pueblo hebreo para la venida de Cristo.

• ***La Pascua nueva***

La venida de Cristo, en la Nochebuena, efectúa finalmente el pasaje: "desde más de cuatro mil años nos lo prometían los profetas...". ¡Qué larga expectativa para los hombres y quizá también para Dios!

Pasaje del Antiguo al Nuevo Testamento, pasaje de un mundo antiguo al mundo nuevo. Todo se sitúa entonces en otro registro. Y este cambio radical va a exigir una transformación de las mentalidades, una nueva mirada y, para decirlo de una vez, una conversión del corazón.

Con la eucaristía, la nueva Pascua está allí. Se halla realizada, nos es ofrecida como un don. El pan consagrado es el cuerpo de Cristo, el vino consagrado es la sangre de Cristo. El Pan de vida nos hace pasar de la vida terrenal a la vida eterna, de la Antigua Alianza a la Nueva, para introducirnos en la vida gloriosa. Y reencontrarnos las tres Pascuas.

Toda esta inmensa preparación, en la continuidad interrumpida de la espera de Cristo, encuentra así su término en el don que Jesús nos hace, en la eucaristía, de su cuerpo, y de su sangre. Pero si allí hay término, también se da al mismo tiempo una nueva partida: vida nueva en la espera incesante y siempre más entusiasta del Cristo glorioso.

Actualmente, a partir de esta presencia de Cristo, oculto en la eucaristía, nos encontramos de nuevo en la expectativa del gran acontecimiento, anunciado y prometido por Jesús mismo: su retorno en gloria.

• **La tercera Pascua**

*Cuando se manifieste Cristo, que es
Nuestra vida, entonces ustedes también
Aparecerán con él, llenos de gloria (Col 3,4).*

Esta nueva espera reviste una importancia particular para nosotros mismos y para toda la Iglesia, porque la eucaristía, cuerpo y sangre de Cristo, es como el pasaje obligado que se nos traza para conducirnos:

- De esta vida terrenal y perecedera a la vida eterna;
- de nuestro bautismo a nuestra entrada en la gloria;
- y, además, la eucaristía nos asegura la continuidad de la presencia real de Jesús desde su vida en la tierra hasta su venida gloriosa.

Tendrá lugar en efecto nuestro pasaje personal, nuestra muerte. Jesús, a través de nuestra muerte, nos llama. Viene él mismo a buscarnos. Ya es el gran encuentro, si nos dejamos atraer hacia su luz. Pero encuentro todavía oculto para los otros, para el mundo, dado que nuestro cuerpo no participará todavía de este pasaje. Hay; pues, una espera. No está todo acabado. Falta para eso la Pascua final, que nos es prometida con el retorno glorioso de Jesús.

Nos estamos preparando para un nuevo pasaje de Jesús entre nosotros, una nueva Pascua que no hará sino terminar y llevar a cabo la Pascua del Jueves Santo, la Pascua de cada celebración eucarística.

Mientras esperamos el acontecimiento maravilloso del gran retorno de Jesús, que nos conduce poco a poco a un cambio radical de mentalidad, nosotros, los vivientes, sufrimos porque aspiramos con todas nuestras fuerzas a esos nuevos tiempos en los que no habrá más llantos, ni lágrimas, ni duelo.

Pero los que no han precedido muchedumbre innumerable aspiran también a ese tiempo en que, finalmente, su alma reunirá con su cuerpo: un cuerpo resucitado e inmortal, un cuerpo glorioso.

Pues el ser humano, que Dios creó compuesto de cuerpo y alma, no puede conocer la verdadera felicidad mientras el cuerpo y el alma permanezcan separados a causa de la muerte. Se da aquí una espera inmensa y misteriosa de todos los muertos, que se suma a la nuestra, la de todos los vivos,.

Todos juntamente, los vivos y los muertos, aspiramos con vehemencia a la venida de Cristo glorioso, porque sólo entonces conoceremos nuestro verdadero destino: entraremos, en cuerpo y alma, en la gloria que se nos ha prometido y que es la misma de Cristo.

También tendrá lugar el pasaje de toda la Iglesia de este mundo al otro: de este mundo temporal al Reino eterno, el día de la vuelta de Jesús en gloria.

Será el encuentro de la Iglesia con la persona de Cristo, en su gloria, que se efectuará en plena luz.

Entonces comprenderemos cabalmente que Cristo se adelanta como el Esposo que viene por fin a encontrarse para una unión perfecta, indisoluble y perdurable con su Esposa, la Iglesia, la que ya, a lo largo de su vida en la tierra, vive por la presencia del Esposo, cuerpo y sangre en la eucaristía.

La misma Iglesia emplea esta bella expresión de presencia real para designar al Santísimo Sacramento. Es imposible hallar una expresión más verdadera que esta. La presencia real de Jesús en medio de nosotros es extremadamente consoladora. El día de la Ascensión, Jesús no nos dejó solos. Ya se lo había dicho a sus discípulos:

*No los dejaré huérfanos, volveré a
ustedes (Jn 14,18).*

Es verdad que Jesús envió a su Espíritu de manera muy especial el día de Pentecostés. Pero el poder del Espíritu está asimismo particularmente activo en el curso de cada eucaristía. En efecto, cuando el sacerdote celebra la misa, antes de cada consagración invoca al Espíritu Santo y llama su venida. El amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo está orientado por completo hacia los hombres, reactualizando la presencia de Jesús, cuerpo y sangre, sobre el altar, para darlo a los hombres en alimento para la vida eterna.

Así merced a la eucaristía se realiza sin duda una permanencia y una continuidad de la presencia de Jesús en medio de los hombres.

Incluso, esta presencia es para nosotros la certidumbre de su retorno en gloria, pues Jesús vendrá de nuevo en persona, pero revestido de su cuerpo glorioso. Entonces, podremos verlo tal cual es (cfr. san Juan). Será otra vez y para siempre la persona de Jesucristo, Hijo de Dios e Hijo del hombre, la que se hará visible a nuestros ojos. Efectivamente en el transcurso de su vida terrestre, Jesús tenía la apariencia de un hombre (*Era en todo semejante a los hombres*, nos dice san Pablo). Se había de tal manera revestido de nuestra condición humana que resultaba imposible percibir su condición divina, fuera del ámbito de la fe y de quienes lo vieron de modo sensible sobre el Tabor. Muchos también se equivocaron a este respecto. Se decía de él: *Es el hijo de María y de José, el carpintero*, así de simple. Se daba por sorprendido: un hombre tal no puede ser el Hijo de Dios.

Y que los hombres de su tiempo no lo hayan reconocido como Dios fue causa de que lo crucificaran: *Este hombre blasfema*. Sin embargo, Jesús les reclama que se fijen en sus obras: milagros, curaciones de todo género que atestiguan por cierto el poder divino que habita en él. Pero, quienes lo crucificaron querían ver de manera sensible. Sin duda, esperaban hechos prodigiosos en el sentido del éxito humano y temporal:

un fogonazo que hubiese resplandecido a los ojos del mundo. Pero Jesús les dice: *Mi reino no es de este mundo* (Jn 18,36).

¡Qué cambio de mentalidad debían efectuar entonces los hombres de este tiempo!

¡Igualmente grande es el cambio de mentalidad que debe llevarse a cabo en nosotros: un cambio que sin cesar nos convoca a pasar del nivel temporal al nivel sobrenatural!

Aun cuando no seamos ángeles, se trata de darse cuenta de que el mundo temporal no es más que un trampolín para acceder al mundo sobrenatural.

Y de esto Jesús nos da el ejemplo. Jesús no es un puro espíritu ya que, siendo Hijo de Dios, se hizo hombre. Y no será jamás un puro espíritu. Por la eternidad, y sin fin, estará revestido de su cuerpo glorioso. Así, para siempre, el asume sin término esta doble naturaleza, humana y divina. Todo el misterio de la persona de Cristo se centra allí, y es una maravilla a nuestros ojos.

Sí, ahí reviste el verdadero prodigio. Muchos no han querido verlo porque no presentaba resplandor visible. Resplandor incomparable, sin embargo, revelado sobre el monte Tabor a Pedro, Santiago y Juan, quienes entraron en la presencia gloriosa puesto que la nube los recubrió a los tres.

Sí, el prodigio verdadero está todavía allí hasta el fin de los tiempos: en la eucaristía. Porque Jesús-Hombre se halla presente en ella. Pero esa presencia no sería posible si este Jesús-Hombre no fuese al mismo tiempo Jesús-Dios, que contiene en sí toda la fuerza de vida y de resurrección que sólo pertenecen a Dios.

Los hombres de nuestro tiempo, una multitud innumerable, lamentablemente no perciben esto, porque Jesús por su parte está en la eucaristía sin resplandor visible.

¡Si por lo menos todos los cristianos, todos los bautizados se congregase, se uniesen para vivir en el asombro y en la admiración de este misterio! Para vivir en la adoración del misterio de su Amor que vive en nosotros y entre nosotros hasta el fin de los tiempos, en su eucaristía.

Qué lejos se está de vivir esta adoración fervorosa e incesante. Sin embargo, con la gracia de Dios y si lo queremos de verdad, podemos vivirla y participar de su desarrollo, de su difusión, y de su irradiación.

Si la vivimos, habrá en ello como un anticipo de la venida de Jesús en la gloria. En todo caso, la estaremos preparando. La preparación del retorno de Cristo en la gloria tiene que ser *un tiempo eucarístico*.

En este sentido, en la adoración del cuerpo y de la sangre de Jesús en la eucaristía hay anticipación de su retorno, preparación y preparativos con un deseo ardiente.

El amor de adoración, es anuncio profético del "cara a cara" que nos aguarda en la vida de gloria.

El cuerpo y la sangre de Jesús son un pasaje obligado para acceder a la vida de gloria. Se comprenden entonces las palabras de Jesús cuando dice de sí:

Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6).

Si, Jesús, persona viviente en la eucaristía, es el camino real que nos conduce de la muerte a la vida, y a la vida interminable. Es también el camino real que nos conduce de esta tierra al Reino que no es de este mundo. Así como Jesús pasó de este mundo a su Padre, haciéndose eucaristía, de igual modo lo, necesitamos transitar, como Jesús y con él, por el camino real de la eucaristía. *Necesitamos transformarnos en una Iglesia eucarística.*

La Iglesia, que lleva en ella la eucaristía, está en marcha hacia una nueva intervención de Dios: el retorno de la persona de Jesús en su gloria. No nos queda más que confiar en él para tomar el buen pasaje. Llevando una vida eucarística lo tomaremos y, con Cristo, podremos pasar de este mundo a su Padre.

4. Una eterna adoración

*La gloria de Dios es el hombre que
Vive, y la vida del hombre es la visión
De Dios (San Ireneo)*

Con mucha frecuencia, en la Escritura, se compara la figura de Cristo con un cordero y se la designa como el *Cordero de Dios*.

Ahora bien, el Cordero está siempre unido al sacrificio. Da su vida y, más precisamente, derrama su sangre: la sangre del Cordero es preciosa, ¡y hasta qué punto! Le debemos nuestra salvación.

La figura del Cordero nos permite percibir mejor el misterio eucarístico. Por estar ligado al sacrificio, el Cordero está al mismo tiempo siempre ligado a nuestra adoración. Así, la figura del Cordero nos hace penetrar más en la vida de adoración.

En fin, bajo la figura del Cordero, nos volvemos a encontrar con las tres Pascuas. Están presentes, en efecto:

- El cordero del Antiguo Testamento;
- Después Cristo, el "Cordero de Dios", presentado por Juan Bautista.
- Y, en fin el Cordero del Apocalipsis, evocación muy esclarecedora de lo que será la vida del Reino.

Esta progresión se articula siempre en torno a la persona de Cristo. Como en el caso de las tres Pascuas, se puede comprobar, a través de estas tres figuras del Cordero, un prodigioso progreso que Dios permite realizar a la humanidad. Dios emprende camino de paciencia y de fidelidad, tomando de la mano a la humanidad pecadora y destinada a la muerte, para conducirla, por medio de Cristo, hasta la transfiguración del Reino eterno.

• ***El cordero del Antiguo Testamento***

Para celebrar la Pascua, entre los hebreos, se sacrificaba un cordero. Había allí una prefiguración de la Pascua verdadera.

El cordero que aparecerá delante de Abraham, para salvar a su hijo Isaac, era igualmente un anuncio de la Pascua verdadera. De hecho, Dios no quería que Abraham sacrificase a su hijo. Pero había prefiguración y anuncio del Padre que da a su propio Hijo. Era el don más precioso y más conmovedor que pueda concebirse. Y como este don era pleno, no podía ser sino el don de la vida: cuerpo y sangre.

El cordero de Abraham, aprisionado entre las espinas lo mismo que Jesús, atado por nuestros pecados, será cubierto de espinas en el momento de su pasión es dado por Dios. Lo cual sobrepasa todos los sacrificios y llega mucho más allá.

Al presentar un cordero a Abraham, el Dios vivo significaba que daría a su propio Hijo como un cordero, esto es, en vista del sacrificio; sacrificio tan perfecto que comportaría a la vez el cuerpo y la sangre. Pues es posible morir sin derramar físicamente su sangre.

Ahora bien, con Cristo tiene lugar un completo don y de su cuerpo entregado y de su sangre derramada. No se puede ir más lejos en el don de sí mismo.

*Habiendo amado a los suyos, que quedaban
en el mundo, los amó hasta el fin (Jn 13,1)*

También los profetas, antes de la venida de Cristo, habían anunciado en muchas oportunidades, el sacrificio del Salvador. Isaías, en su descripción desgarradora del Servidor sufriente, retorna mejor que ningún otro la imagen del cordero destinado al sacrificio:

*El creció como un retoño en su presencia,
Como una raíz que brota de una tierra árida,
Sin forma ni hermosura que atrajera nuestras miradas,
Sin un aspecto que pudiera agradarnos.
Despreciado, desechado por los hombres,
Abrumado de dolores y habituado al sufrimiento,
Como alguien ante quien se aparta el rostro,
Tan despreciado, que lo tuvimos por nada.
Pero él soportaba nuestros sufrimientos
y cargaba con nuestras dolencias,
y nosotros lo considerábamos golpeado,
herido por Dios y humillado.
El fue traspasado por nuestras rebeldías
y triturado por nuestras iniquidades.
El castigo que nos da la paz recayó sobre él*

*y por sus heridas fuimos sanados.
Todos andábamos errantes como ovejas,
Siguiendo cada uno su propio camino,
y el Señor hizo recaer sobre él
las inquietudes de todos nosotros.
Al ser maltratado, s humillaba
y ni siguiera abría su boca:
como un cordero llevado al matadero,
como una oveja muda ante el que la esquila
él no abría su boca (Is 53,2-7)*

El rostro de Cristo, durante su pasión, ya lo tenemos dibujado aquí en un anuncio profético. ¡Qué dócil es este Cordero! Se deja hacer, sin decir nada.

No se rebela ni se queja. Lo soporta todo; ultrajes, humillaciones, sufrimientos, malos tratos....., sin una palabra, en el silencio y en la humildad.

Cómo dejar de pensar en lo que Jesús dirá más tarde de sí mismo: *Yo soy manso y humilde de corazón* (Mt 11,29) ¡Estas son, sin duda alguna, las dos virtudes más elevadas y admirables porque provienen del Corazón de Cristo! Y si nos habla de ellas, lo hace para que las amemos e imitemos. La mansedumbre y la humildad son muy envidiables, y son las dos cualidades que hay que conquistar en el amor y en la adoración de la eucaristía. Ellas nos unen al Corazón de Cristo. *La mansa humildad, como consecuencia y efecto del amor de adoración*: si pudiéramos, poco a poco, vivirla en mayor grado, ¡qué notable cambio podría experimentar el mundo!

• ***Cristo, Cordero de Dios***

El que anuncia verdaderamente al Mesías, como el Cordero de Dios, es Juan Bautista, “el más grande entre los hijos de los hombres” según las palabras mismas de Jesús.

*Este es el Cordero de Dios,
Que quita el pecado del mundo (Jn 1,29)*

Juan Bautista designa así a Jesús ante sus propios discípulos. Sucede algo totalmente novedoso y la imagen del cordero reviste entonces una dimensión inesperada. Ella nos revela algunos aspectos del misterio de la persona de Cristo, iluminándonos con una luz nueva. Y esta luz no podía manifestarse más que con la venida de Cristo.

Cuando Juan Bautista, al ver a Cristo, exclamaba: *Este es el Cordero de Dios*, también anuncia que Cristo ha venido para dar su vida en sacrificio. Pero este cordero no es un cordero común: es el Cordero de Dios, es decir, el enviado de Dios Padre, que da a su Hijo.

Es el que quita el pecado del mundo. Su sacrificio no es momentáneo ni sin consecuencias. Si este Cordero quita el pecado del mundo, significa que es Dios, venido de Dios, pues Dios es el único que puede liberar al hombre del pecado.

De alguna manera, el misterio del Hijo de Dios hecho hombre es revelado a Juan Bautista, y él nos lo anuncia. Y, al hacerlo, nos anuncia una buena nueva sin precedentes: la de nuestra liberación, la liberación del mundo con respecto al pecado que pesa sobre él.

Cristo, Cordero de Dios, viene a quitar, esto es, borrar, suprimir, no los pecados, sino el pecado del mundo. El es el verdadero liberador que va a quitar este inmenso peso que gravita sobre la humanidad entera. Cristo, el Cordero de Dios, es el único que puede realizar una obra semejante. La noción de sacrificio del Antiguo Testamento queda, entonces, ampliamente superada. El Mesías es el Salvador. Viene como liberador del mundo.

Dios, el Dios vivo, el Dios de nuestros padres, liberador de Israel, pasa a ser en su Hijo un Dios Padre, liberador de toda la humanidad, a la que ama como un padre ama a su hijo.

Pero, más aún: este sacrificio realizado por Cristo, Cordero del Padre, se convierte en un sacrificio único porque es perfecto. No lo hubo antes igual.

Ni lo habrá semejante después. Desde ese momento, las múltiples ofrendas y los sacrificios de animales resultan caducos. El cuerpo de Cristo, derramada por nosotros, es fuente de nuestra salvación.

Sin embargo, el amor de Dios no se detiene allí.

Dado que este sacrificio es único, se realiza una vez por todas. Por lo tanto, es necesario que se prolongue en su duración, que siempre sea actual en cada momento del tiempo; y que en todo instante sea igualmente muy eficaz. Entonces, en virtud de

una maravilla extraordinaria del amor de Dios, este sacrificio perfecto y único se renueva sin cesar, se reactualiza y se perpetúa hasta el fin de los tiempos, mediante el santo sacrificio de la misa, gracias al misterio de la eucaristía.

Cada celebración eucarística vuelve presente y actual este inapreciable don hecho a los hombres del cuerpo y de la sangre de Jesús, convertido para nuestro bien en el Cordero verdadero, el Cordero de la Pascua.

Cordero de la Pascua que da a comer su carne bajo las especies del pan, Cordero de la Pascua que da su sangre como bebida bajo las especies del vino.

Cuerpo entregado, sangre derramada sin cesar, en la eucaristía, hasta el fin del mundo, hasta la venida de Jesús en su gloria.

Entonces tendrá lugar la eucaristía plenaria, eterna: la verdadera Pascua, que habrá llegado a su culminación. El cordero de Dios, que quita el pecado del mundo, habrá llevado entonces su misión a término. Él nos introducirá en el Reino de gloria, al que tendremos acceso *por él, y en él*. Viviremos en adelante en eterna eucaristía o, en otros términos, en eterna acción de gracias que no será sino un impulso de adoración sin fin.

El Cordero de Dios está ligado a la eucaristía y a nuestra adoración

Antes de dar la comunión a los fieles, cada sacerdote repite estas palabras:

*Este es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.*

Por tanto, estas palabras de Juan Bautista forman parte de la liturgia de la misa, y el sacerdote las pronuncia al mostrar a los fieles el cuerpo de Cristo bajo las especies del pan consagrado.

El Cordero de Dios es el que se da como alimento para la vida eterna. Y es así, porque él se ofreció, se inmoló y derramó su sangre para obtenernos la salvación.

El bautismo y la eucaristía ya se encuentran aquí unidos: en efecto, resulta sorprendente que sean estas palabras de Juan quien bautizada con agua las que se repiten con motivo de cada comunión eucarística.

Cuando vamos a comulgar, podemos hacerle caso a Jesús a quien recibimos en la eucaristía, amándolo y adorándolo en cuanto Cordero de Dios. Lo que otorgará a nuestro amor de adoración una ternura particular para con Jesús en este misterio del Cordero, sometido y dócil en todo a la voluntad de su Padre, manso y humilde con los hombres a los que viene a ofrecer el mayor don posible: el don de su vida. Así no lo afligiremos haciendo tan poco caso de él como lo dice el profeta Isaías: *Fue detenido y juzgado injustamente, y ¿quién se preocupó de su suerte?* (Is 53,8). ¡Con cuanta frecuencia sucede que no le prestamos ningún caso! Por lo cual, es tan precioso para el Cordero de Dios que haya algunas almas de adoración que rueguen, velen, y se consuman en un ardiente amor de adoración.

Por su sacrificio, el Cordero de Dios derrama su sangre. Nos purifica de nuestros pecados, y quita el pecado del mundo. A partir de lo cual, somos bautizados en la sangre del Cordero. Es lo que anunciaba Juan Bautista.

También en la sangre de Cristo se efectúa el perdón de nuestros pecados, mediante el sacramento del perdón. Al Cordero de Dios pedimos el perdón y por él lo obtenemos: *Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros.*

Asimismo en la sangre de Cristo somos "eucaristizados" porque nos abrevamos en la fuente de la vida eterna.

Por lo tanto, el Cordero de Dios se ofrece en sacrificio para el perdón de los pecados, pero también, y mucho más, para brindarnos la fuente de la vida, la vida eterna. Todos los misterios de la persona de Cristo y de su misión entre los hombres están contenidos en esta expresión de "Cordero de Dios". Por lo cual, este Cordero es muy digno de nuestra adoración.

Si en el Apocalipsis Cristo se presenta como el Cordero, con ello quiere significarnos que, en el Reino, recordaremos que Cristo es quien nos ha salvado.

No podremos jamás olvidar un solo instante puesto que Cristo es el Cordero de Dios que él ha derramado su sangre por nosotros y que, merced a esa sangre preciosa, participamos del Reino.

Sin la sangre de Cristo, sin la sangre del Cordero, no podríamos hallarnos en este júbilo de los salvados. Como tampoco podrá cesar un solo instante nuestra adoración hacia aquel que nos salva... ¡Qué inmensa alegría nos trae esta certeza! Nosotros que, con frecuencia, sentimos bastante dificultad en mantenernos en estado de adoración, perseveraremos en ella perfectamente, por pura gracia debida a la sangre del Cordero.

A medida que el cuerpo y la sangre de Cristo vayan adquiriendo importancia en nuestra adoración en este mundo, con mayor plenitud nos sentiremos compenetrados por ese inmenso clamor de adoración que brotará de todos los que están salvados, en una atmósfera de paz y alegría inefables.

Adoración en tal grado amorosa que nos introducirá en el misterio de amor trinitario, en una vida de unión perfecta con Dios, el Dios viviente.

Es lo que cantamos en el desarrollo de la misa en el *Gloria a Dios*:

*Señor Dios, Cordero de Dios,
Hijo del Padre;
Tú que quitas el pecado del mundo,
Atiende nuestra súplica;
Tú que estás sentado a la derecha del Padre,
Ten piedad de nosotros;
Porque sólo tú eres Santo,
Sólo tú Señor...*

Estas exclamaciones son la más bella expresión y el más hermoso canto de adoración. Pues el Cordero de Dios, al Hijo de Dios hecho hombre, no podemos dirigirle otra plegaria fuera de esta:

*Sólo tú eres Santo,
Sólo tú Señor,
Sólo tú Altísimo, Jesucristo...*

• ***El Cordero del Apocalipsis***

El del Cordero se repite muy a menudo en el libro del Apocalipsis. Va siempre unido a la adoración. Esto nos aclara mucho acerca de lo que será la vida en el Reino de Dios. Nos postraremos con los ángeles y los elegidos delante del trono del Cordero y cantaremos sin fin su gloria en la liturgia celestial:

Después de esto, vi una enorme muchedumbre, imposible de contar, formada por gente de todas las naciones, familias, pueblos y lenguas. Estaban de pie ante el trono y delante del Cordero, vestidos con túnicas blancas; llevaban palmas en la mano y exclamaban con potente voz: "¡La salvación viene de nuestro Dios que está sentado en el trono, y del Cordero!" (Apoc 7,9-10).

Nosotros lo reconoceremos como tal: el Hijo de Dios hecho hombre, sacrificado por nosotros como un cordero, pero resucitado y glorioso. Y lo adoraremos en una eterna comunión de amor porque sabremos sin cesar que le debemos nuestra salvación.

La eucaristía es donde la persona de Cristo aparece de modo más manifiesto como el Cordero de Dios.

Así, para preparar la vida de adoración, que será la nuestra en el Reino, es muy justo y necesario que amemos adoremos, desde aquí en la tierra, en la persona eucarística de Cristo, al Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo; pero también al Cordero de Dios que está sentado sobre el trono y delante del cual se mantiene de pie una enorme muchedumbre, que lo sirve día y noche.

¿Cómo dudar de que este "servicio" incesante al Hijo del hombre no sea sino el de la adoración?

Servir día y noche al Cordero de Dios equivale a servirlo, amándolo y adorándolo con ese amor que le es tan caro: *el amor de adoración*

Verdaderamente es justo y bueno darte la gloria,

Ofrecerte nuestra acción de gracias,

Siempre y en todo lugar...

• ***El cuerpo de Cristo y sus llagas perpetuas***

Cuando Jesús se aparece a sus apóstoles después de su resurrección, estos quedan tan estupefactos que se siente obligado a darles pruebas de que no es un fantasma, fruto de su imaginación. Come con ellos pan y pescado al borde del lago; se hace reconocer también en el transcurso de una cena, en la fracción del pan, en el muy conocido episodio de los discípulos de Meaux; en otra oportunidad, muestra sus llagas. Y a santo Tomás, que se pregunta si su vista no lo engaña, Jesús le indica: *Mete tu dedo...* Jesús lo invita a cerciorarse mediante el tacto de que no es víctima de sus sentidos. Entonces santo Tomás cree, y su acto de fe le permite este grito de adoración: *¡Señor mío y Dios mío!* (Jn 20,28).

Cada vez que reconocemos por la fe que Jesús es Dios, hacemos un acto de adoración. La fe nos lleva a maravillarnos, a prosternarnos frente a tanto amor; en una palabra, a adorar...

Santo Tomás adora la persona de Cristo resucitado. Lo reconoce como hombre y como Dios: hombre porque tiene un cuerpo que es posible tocar.

Pero no deja de importar qué hombre es. Se trata precisamente de este Jesús a quien los apóstoles han seguido en el curso de su vida terrenal, este Jesús que ha sufrido y ha sido clavado en la cruz.

En efecto, el cuerpo de este hombre lleva la marca de las cicatrices de aquel a quien han crucificado.

Manos y pies han sido traspasados. Pero también como en una prueba irrefutable, el Corazón.

El Corazón de Cristo ha sido traspasado de un lanzazo. Si alguna vez se pudo confundir a Jesús con otro crucificado, la llaga del Corazón testifica que el Resucitado no es otro sino Jesús de Nazaret; *Aquel a quien han traspasado.*

Asimismo, Tomás y sin duda alguna los apóstoles que lo rodean en esos instantes conmovedores, a doran el cuerpo de Cristo resucitado, pero igualmente y al mismo tiempo aman con un intenso amor y adoran sus cinco llagas. El cuerpo glorioso de Jesús exhibe como en títulos de gloria (la verdadera gloria) las cinco llagas, a través de las cuales nos ha dado todo, y nos ha dado tanto: su vida.

No hay amor más grande

Que dar la vida por los amigos (Jn 15,13)

Hemos aquí, pues, junto con santo Tomás y todos los apóstoles, impelidos de adorar en un acto de fe el cuerpo de Jesús resucitado, marcado para siempre por sus cinco llagas. Y quedamos impresionados y conmovidos: el cuerpo glorioso de Cristo lleva, después de su resurrección, la marca de las cinco llagas. Por consiguiente, al adorar e cuerpo de Cristo, adoramos sus llagas y las adoraremos eternamente! En suma, veremos sin fin en la adoración, las llagas que marcan el cuerpo de Cristo, Y ellas nos

recordarán sin cesar que se ofreció, que fue crucificado, que su pecho fue traspasado, para darnos la salvación derramó su sangre a través de cada una de sus llagas, incluida la del corazón.

Somos salvados por él porque se hizo carne. Él revistió nuestra condición humana. Tomó un cuerpo de hombre, se rebajó hasta la muerte y muerte de cruz. Gracias a este misterio inefable, plasmado con tanto amor, *veremos* sin cesar el cuerpo glorificado de Cristo y sus llagas perdurables.

Helo aquí, verdaderamente, al Cordero de Dios; el lo ha sido en la tierra y seguirá siéndolo en el Reino de su Padre. Las llagas eternas de Jesús crucificado y resucitado son el objeto de nuestro amor y de nuestra adoración, y continuarán siéndolo en el Reino. Como ellas marcan la persona de Cristo para siempre, nos permiten reconocerlo sin riesgo de error cuando se presente a nosotros. Nos permiten amarlos siempre con amor de adoración en el Reino de gloria. Y esto será motivo de nuestra mayor felicidad porque jamás estaremos separados de este gran amor que es Jesús, Hijo de Dios, pero hijo del hombre: *¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo?* (Rom 8,35).

Puesto que las llagas de Cristo marcan para siempre su cuerpo glorioso, de la misma manera, podemos abrigar la convicción de que los sufrimientos y las pruebas que hayan marcado nuestra vida terrenal afectándonos en lo más íntimo de nuestro ser, serán nuestros más hermosos títulos de gloria en el Reino. Si soportamos en nosotros estos sufrimientos, sean físicos o morales, en unión con la pasión de Cristo en la ofrenda de sí mismo a su Padre, ellos resplandecerán de gloria, eternamente, en el Reino. En este sentido se pueden comprender las palabras de san Pablo:

*Los sufrimientos del tiempo presente
No pueden compararse con la gloria futura
que se revelará en nosotros* (Rom 8,18).

Si, el sufrimiento o la prueba, unida a la de Jesús, nos marcará de gloria, eternamente, así como el cuerpo de Cristo llevará eternamente las marcas de sus llagas.

El amor y la adoración del cuerpo y la sangre de Cristo y de sus llagas eternas nos introducen más íntimamente en el misterio de su persona viviente, en el misterio del amor trinitario, tan orientado hacia los hombres.

• El cordero inmaculado

El cordero de la Pascua, entre los judíos, tenía que ser un cordero sin mancha y sin defecto. Un cordero así prefiguraba al Cordero inmaculado, ya que Cristo es por cierto el "Inmaculado" por excelencia. Si la Santísima Virgen María lleva, con justo título, este hermoso nombre de Inmaculada, se lo debe a su Hijo porque ella existe en total relación con él. María es inmaculada por ser la madre de aquel que es inmaculado.

Lo que debía gestar el cuerpo inmaculado de Cristo no podía menos de ser ella misma una morada sin mancha y sin defecto, inmaculada. Esta semejanza entre el Hijo de Dios y su madre nos induce a reflexionar acerca de nuestro devenir. En efecto, si llevamos en nosotros el cuerpo y la sangre de Cristo cuando lo recibimos en la eucaristía, no por eso, lamentablemente, nos volvemos inmaculados, aunque sin embargo, quedamos transformados. Nuestra condición humana no permite una transformación tan radical como la de la Santísima Virgen María. Con todo, María es una de nosotros, una criatura humana y, por puro don de Dios, por pura gracia, ella es "Inmaculada Concepción". Inmaculada para siempre.

Ahora bien, en una medida bastante más reducida, durante nuestra vida sobre la tierra, y por pura gracia, Jesús nos transforma en él cuando lo recibimos en la eucaristía. Lejos de ser él afectado por nuestra miseria y nuestro pecado, somos nosotros los impactados por su fuerza de vida y de resurrección, por su perfección, por su amor que salva. En cada comunión logra convertimos un poco más en él, hasta el día en que finalmente llamándonos a sí, nos permitirá realizar el gran pasaje.

Mancillados de pecado y de miseria, nos convocará, a través de la muerte, a una vida sin tacha y sin defecto. Nos volveremos entonces, a su imagen y semejanza, blancos como la nieve, pues él mismo nos revestirá con el traje nupcial. El traje nupcial es como el de la recién casada: es blanco e inmaculado. Es bello y resplandeciente, no por sus propios méritos, sino porque ha sido lavado en la sangre del Cordero:

*Aunque sus pecados sean como la escarlata,
se volverán blancos como la nieve;
aunque sean rojos como la púrpura,
serán como la lana (Is 1, 18).*

*Estos son los que vienen de la gran tribulación, ellos han lavado sus vestiduras
Y las han blanqueado en la sangre
del Cordero (Apoc 7,14).*

De esta manera él, el Inmaculado, nos volverá inmaculados a fin de hacernos participar del festín de las bodas, del júbilo de las bodas, vale decir, del júbilo incomparable de la unión perfecta.

He aquí finalmente como lo que Dios desea para cada uno de nosotros ha llegado a su perfección.

He aquí finalmente el objetivo al que sin cesar aspiramos en la tierra: es la unión perfecta de nosotros mismos con la persona de Cristo.

Cuando nos revestimos de la blanca túnica del bautismo, cuando nos revestimos de la blanca túnica de la comunión eucarística, nos revestimos de Cristo.

Es un júbilo tan grande y rebotante como que es un júbilo de bodas: *el júbilo de las bodas del Cordero*.

En el amor de adoración a Jesús inmaculado en la eucaristía tiene lugar un amor de desposorio, esto es, un amor de unión, tan fuerte y tan poderoso que será capaz de hacernos pasar de este mundo al otro: de este mundo a nuestro Padre, después de habernos vuelto más blancos que la nieve.

El traje blanco es el traje nupcial de que habla Jesús en su parábola del Reino, comparable al de las bodas. Nadie puede entrar en la sala del banquete de bodas, ni menos aún permanecer en él, si no está vestido con el traje blanco. Este traje nupcial, inmaculado, es el signo de la unión con Dios, Reino este en el que no se puede vivir más que unido a Dios. Ahora bien, el que está unido a Dios es semejante a él.

Seremos semejantes a él

Porque lo veremos tal cual es (1 Jn 3,2).

En el Reino, veremos a Jesús en la gloria revestido de su traje inmaculado, porque él es a la vez inmaculado y resplandeciente de gloria. Todos los que se hallen unidos a él estarán en la gloria, revestidos de su traje blanco. Este traje blanco, nadie puede conseguirlo por sí mismo. Es necesario haberlo lavado en la sangre del Cordero, para que se vuelva sin defecto y sin mancha.

Es necesario haber pedido e implorado el perdón de Dios en un trámite de arrepentimiento y de penitencia, con un verdadero deseo de conversión del corazón. Para nosotros los bautizados, este trámite se efectúa por intermedio de los sacramentos y, más particularmente, a través del sacramento del perdón: así es la más de las veces. De o que se infiere la importancia de este sacramento.

También puede suceder, para algunos, que sea la sangre del martirio la que lave su traje, no en su propia sangre, sino más bien en la sangre del Cordero porque, cuando un cristiano da su vida, la sangre que entonces corre no es solamente la suya, sino la misma sangre de Cristo puesto que nosotros somos los miembros de su Cuerpo.

Del mismo modo, todos los sufrimientos de la vida presente, sobre todo si son invisibles a los ojos del mundo, aun cuando no hagan correr físicamente nuestra sangre, pero en la medida en que estén unidos a los de Cristo, pasan a ser sufrimientos redentores. Es un proceso de penitencia y de conversión siempre más profunda, nos unen a Cristo y contribuyen a lavar nuestro traje en el sufrimiento

mismo de Cristo, en la sangre del Cordero. Ellos obtienen para nosotros el traje nupcial que nos identifica con Cristo.

El traje nupcial, inmaculado, no lo obtenemos por ningún otro medio fuera de la sangre del Cordero. Asimismo podemos comprender que no nos bastará toda la eternidad para adorar y servir, con todos los ángeles y todos los elegidos, a aquel que se presente sin cesar, delante de nosotros, como el Cordero Inmaculado. Puesto que nos salva en cuanto Cordero de Dios y, al adorarlo incesantemente, sabremos y recordaremos que él es el que salva, el único a quien debemos nuestra salvación.

En verdad, no nos alcanzará toda la eternidad para manifestarle nuestro amor y nuestra gratitud en un servicio de adoración. Es este el más elevado servicio, en la medida en que es la manera más pura y más ferviente de expresarle nuestro amor y nuestro reconocimiento.

*El Cordero que ha sido inmolado es
digno de recibir el poder y la riqueza, la sabiduría,
la fuerza y el honor, la gloria y la alabanza
(Apoc 5,12).*

El Júbilo de las bodas, una plenitud de felicidad

La vida de adoración nos conduce a medida que pasan los días, poco a poco, y en el transcurso de la historia de la humanidad hacia el mayor júbilo posible, o también a la mayor felicidad. Esta felicidad, la conoceremos en el Reino: es el júbilo de las bodas, un júbilo puro, inmaculado, radiante por el esplendor de la gloria.

*Felices los que han sido invitados al banquete
de bodas del Cordero (Apoc 19,9)*

Estas palabras son pronunciadas por cada sacerdote toda vez que celebra la eucaristía. En consecuencia, echemos de ver en qué medida eucaristía y felicidad están unidas. Y no se trata de una felicidad entre otras, sino de una felicidad por excelencia, que no es más que el júbilo de las bodas. En otros términos, amor y adoración de la eucaristía nos conducen a este júbilo de las bodas que es plenitud de felicidad.

Repetidas veces en el Evangelio, Jesús compara el Reino con una sala preparada para un banquete.

Y el banquete más suntuoso que pueda imaginarse es un banquete de bodas. Jesús se presenta como el anfitrión: está en su casa, la morada de que habla es la suya. Esta morada es un Reino en el que ejerce su poder soberanamente. Y, como es el dueño de casa, es él mismo quien invita...

Para entrar en la sala del banquete, se requiere haber sido invitado personalmente, y también es necesario haber respondido favorablemente a la invitación.

Aceptar la invitación equivale desde luego a prepararse dignamente. Estos preparativos van a manifestar la relación de amistad, de confianza, de gozosa gratitud que se desea expresar al dueño de casa, al acudir a su invitación y al entrar en su morada. Nadie puede pretender entrar en esta bella morada, preparada para el más hermoso de todos los festines, si no está acompañado de disposiciones interiores forjadas por el deseo de unión e intimidad con el dueño de casa que invita, y con todos los invitados que experimentan la dicha de encontrarse en torno a él.

Si no se ama al dueño de casa, si se ha vivido ignorándolo, no corresponderá entrar en su morada: sería burlarse de él hacerle una ofensa. A pesar de su gran ternura y del gozo que anida en su corazón, no podrá aceptar al que quiera entrar de modo violento, sin delicadeza alguna o henchido de malos sentimientos hacia él. Entonces, a esta persona indeseable la echará afuera porque, en la sala de la boda como en el Reino, la alegría, y no puede permitir que sea acompañada. En la sala del banquete todos los invitados estarán revestidos del traje blanco, signo de unión a Cristo: traje bautismal o también traje nupcial, ya que el uno y el otro no son sino una misma cosa. El esposo es el que invita a su casa.

Entre él y cada uno de sus invitados, existe un vínculo tan íntimo y personal que se trata de un vínculo de desposorio. Es la más fuerte, la más profunda y también la más tierna de las alianzas: es una alianza de amor.

Así, para dar a entender la calidad del amor que nos brinda a cada uno de nosotros, Jesús se compara con el esposo que invita a su casa a cada hijo de Dios, para que pueda vivir la más íntima unión con él. Es el júbilo perfecto, es la plenitud de la felicidad. Y esta felicidad es la única verdadera bienaventuranza. Es la felicidad en su máxima expresión. Es aquella a que aspiramos sin cesar hasta que la conozcamos finalmente en plenitud, en la vida de la gloria. El término mismo de felicidad parece más apropiado que el de bienaventuranza, el cual tiene algo de inaccesible que, por lo tanto, no está a nuestro alcance. Por otra parte, ser bienaventurado no nos atrae de un modo particular, el motivo de que algunas personas teman aburrirse en la vida sin fin que será la del cielo. ¡Qué lamentable esta representación de la realidad! De hecho, en el amor trinitario reina una intensa actividad. De esta intensa actividad, siempre nueva, nosotros participamos yendo de descubrimiento en descubrimiento. Será un descubrimiento en el ámbito del amor: por eso, Jesús promete la felicidad a los que poseerán el Reino, o a los que verán a Dios, lo que es una sola y misma cosa.

Felices....., porque a ellos les pertenece

El Reino de los cielos (Mt 5,3)

Felices....., porque verán a Dios (Mt 5,8)

Estos paradigmas de felicidad que Jesús nos revela y promete en el Evangelio son muy envidiables, y debemos aspirar a ellos. Pero la felicidad, de por sí, no está en ser pobre o en ser rico. Esta en la finalidad hacia la que tiende esta pobreza o esta pureza. Puede decirse que todo se encuentra sintetizado y contenido en esta felicidad que sobrepasa todas las otras y que es la de los invitados al banquete de las bodas del Cordero. Porque los invitados al banquete de las bodas del Cordero ingresan en el Reino. Y allí ven a Dios.

En cada celebración eucarística se nos propone esta felicidad de los invitados a las bodas del Cordero. Ella se actualiza para nosotros en el misterio eucarístico, convirtiéndonos desde hoy en invitados al banquete del Señor. Esta felicidad es una felicidad eucarística. Es la alegría de la comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo. Es la alegría de nuestra incesante adoración a Jesús que nos salva.

Esta promesa de felicidad ya es actual para nosotros, pero todavía nos está velada. La alegría de las bodas de la que Jesús nos habla al presentarse como el Esposos que nos abre la sala del banquete y nos convida es una alegría eucarística. La eucaristía, en

efecto, nos permite vivir la unión más íntima posible con la persona de Cristo, pero no será plena sino en el Reino.

Esa es la vida a que estamos llamados, y es bueno que lo tomemos más en cuenta. Lo que denominamos vida eterna no es más que un amor que debe vivirse, en la adoración, esto es, en un desbordamiento de alegría y de gratitud, en una acción de gracias de una belleza y de una pureza incomparables. Esta acción de gracias una alegría de bodas es un amor eucarístico intenso y pleno para con la persona misma de Cristo, quien nos introducirá cada vez más en el misterio del amor trinitario, hasta el corazón de nuestro Padre del cielo.

En el banquete de las bodas, en efecto, el Padre está presente. Es él quien ha abierto la sala del festín y quien ha dado todo poder a su Hijo para introducirnos y recibirnos allí. Por medio de su Hijo, ha puesto su Reino a nuestra disposición.

Como un padre de familia, lleno de solicitud y de ternura, el Padre preside esta alegría de las bodas. Le da brillo y protección. Se regocija de ella porque la ha querido. Ve la felicidad de su Hijo, de su Cordero, felicidad otorgada y transmitida a todos sus otros hijos que somos nosotros (cfr. "Le Pere du Ciel et I' Agneau", *Le Mystere de I' Amour vivant*, p. 94).

La entera gloria del Padre se centra ahí en esa misión de su Hijo, que ha llegado a su término y que se expande en un esplendor de gloria, no reservada al solo Dios, sino otorgada a la inmensa familia de los hijos de Dios, a toda esa "innumerable muchedumbre". Es la gloria del Padre reunir esta multitudinaria familia en la sala del banquete. Este banquete es un banquete eucarístico. Y si él tiene un sentido actual para nosotros en el momento de cada celebración eucarística, la alegría de este banquete de bodas se prolonga cada vez que nosotros posamos la mirada sobre Jesús-Eucaristía en la adoración. Pero más aún, esta alegría de las bodas, anunciada por las palabras del Apocalipsis: *Felices los que han sido invitados al banquete de bodas del Cordero* (Apoc 19,9), es anticipación del Reino. Ella lo anuncia y nos lo revela.

Por otra parte, resulta interesante comprobar que estas palabras extraídas del Apocalipsis cuyo sentido no nos ha sido aún plenamente revelado se repiten en cada liturgia eucarística. ¿No es acaso una manifestación de que la gloria de Cristo consiste en haberse hecho Cordero por nosotros, y que su retorno en la gloria está relacionado con la eucaristía? Resplandecerá entonces la gloria del Padre: todos sus hijos serán *eucaristizados* en su Hijo (cfr. "Baptisés et eucharisties", *Les Maisons d' adoration*, p. 121). De esta manera, pues, el amor y la adoración del Cordero de Dios, Hijo del Padre, nos introducen en el corazón del amor trinitario, revelándonos la ternura infinita del corazón del Padre. El amor de adoración es amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Señor, muéstranos el Padre y eso nos

Basta. El que me ha visto, ha visto al Padre (Jn 14,9).

¡Ojalá que podamos ver con nuestros ojos a Jesús vivo, presente en la eucaristía!

¡Que podamos saber mirarlo!

¡Que se lo pueda ofrecer, realmente, a nuestras miradas!

Él nos hará descubrir al Padre, él nos mostrará el Padre...

El Espíritu Santo, que es espíritu de adoración unificará en nosotros este amor del Padre, por el Hijo, que es un solo amor:

*El amor del Dios viviente,
Padre, Hijo y Espíritu Santo.*

5. Un amor para vivir en las casas

*La familia....se presenta como un **santua-rio de la Iglesia en casa** (Vaticano II, *Apostolicam Actuositatem*, nº 11).*

La importancia de las casas en la vida de Jesús

Las casas tienen mucha importancia en la vida de Jesús, tanto en su vida oculta como en su vida pública. Su papel aclara vigorosamente el significado de las casas de adoración, necesarias en este tercer milenio que se abre.

En primer lugar, y antes de la venida de Jesús, María su madre en el momento de la anunciación se halla en su casa. No está ni el Templo, ni en un lugar de reunión. Ella está rezando en el silencio de su casa.

Después, Jesús quiso tener necesidad de una casa, muy sencilla y también pobre, indudablemente: la casa de Nazaret. Sin embargo, a pesar de tal pobreza, gracias a esta casa vivió en su familia la Sagrada Familia una vida familiar de una riqueza incomparable y desconocida a los ojos del mundo.

Esos treinta años, que representan una muy larga duración en la vida terrenal de Jesús, deben hacernos reflexionar acerca del impacto de una casa que, muy común por su exterior, abriga en ella al Hijo de Dios.

De allí se desprende un fuerte significado. Es una enseñanza sin palabras. Pero es un ejemplo de vida asimismo elocuente. En esta vida humilde de Jesús en Nazaret, el silencio habla. El modo en que ha querido vivir expresa opciones enérgicas y profundas.

Jesús, el Verbo, tomará la palabra, pero más tarde, durante los tres años de su vida pública.

Jesús, el Verbo, tomará la palabra, pero más tarde, durante los tres años de su vida pública.

Sin embargo, en el transcurso de los treinta años de vida oculta, el Verbo de Dios también nos ha hablado, aunque de otra manera. Y en ese silencio de Nazaret, nos habla todavía. Habla a nuestro corazón. Nos hace comprender la santidad de su vida de una familia. Nos hace descubrir la suerte, la felicidad de poseer un techo, un abrigo, una casa, por más pobre que sea. Pues, la casa está asociada a la familia. Le permite mantenerse reunida, vivir en ella, por lo tanto, existir en cuanto familia.

Pero hay mucho más: esta casa, en la que Jesús vivió, ha sido marcada por la santidad misma de su presencia! Y a partir de esta humilde casa de Nazaret la

salvación entró en el mundo. Resulta en absoluto sorprendente comprobar que las grandes cosas de Dios se han preparado, y se preparan todavía, en el silencio y la pobreza de una sencilla casa.

Durante su vida pública, si Jesús se halla afuera para adoctrinar a las multitudes, entra muy a menudo en las casas, y esto da lugar a diversos episodios que subrayan todo el desenvolvimiento de su misión. Además, toda vez que llega a una casa, es significativo cómo de hecho, es siempre él quien se invita. Es él quien toma la iniciativa de la gracia. Es él quien escoge cada casa en que ha decidido entrar. Es siempre él quien viene a nuestro encuentro. *Hoy tengo que alojarme en tu casa* (Lc 19,5).

Esta iniciativa de Dios, podemos comprobarla a lo largo de la vida de Jesús, pero también a lo largo de cada una de nuestras vidas. Impresa en nuestro corazón, nos permite caminar humildemente, conscientes de que nada proviene de nosotros, sino que todo proviene de Dios. Todo es don de Dios para nosotros. *Hoy tengo que alojarme en tu casa*: palabras maravillosas que nos enseñarán también, a medida que pasan los días, el abandono en las manos de Dios.

Así Jesús, en su gran libertad, va a la casa de los publicanos y los pecadores, a la casa de gente despreciada, y los fariseos se los reprochan mucho. *Este hombre recibe a los pecados y come con ellos* (Lc 15,2). Jesús no se preocupa de eso, pues ha venido justamente por ellos: *No son los sanos los que tienen necesidad del médico, sino los enfermos* (Mt 9,12).

Los fariseos no pueden captar la gran libertad del amor en que Jesús se mueve y en la que quiere hacer entrar a todos los hombres, a los publicanos y a los pecadores particularmente. Porque los fariseos son los que se creen justos pero, de hecho, son prisioneros de sí mismos y de todas esas leyes y principios que han cuidadosamente puntualizado y que cierran su corazón.

De este modo, Jesús es un innovador, y en el curso de su vida pública va a muchas casas:

- La casa de Zaqueo, a la que se invita directamente (Lc 19);
- la casa de Betania, donde encuentra el descanso y puede rehacer sus fuerzas junto a amigos más íntimos (Lc 10; Jn 12);
- la casa de Jairo (Lc 8);
- la casa de Cafarnaum, donde se lo ve a Jesús "en la casa" (Mc 2,1);
- la casa de las bodas de Caná (Jn 2);
- la casa de Emaús (Lc 24);
- la casa de Simón, el leproso (Mt 26,6; Mc 14,13);
- la casa de Simón, el fariseo (Lc 7, 36-48)

Sin hablar de las "visitas" de Jesús a muchas otras casas. En casa de unos y otros se recibe a Jesús con alegría. Jesús se invita adonde sabe que se lo recibirá con alegría, porque los corazones se abren a su presencia, aunque se trate de corazones de pobres pecadores. Estos se regocijan de su venida, tanto más que la creen imposible. No pueden considerarla como una cosa merecida, sino que la reciben como un regalo. Un regalo es un honor, una gracia, una muestra de atención y aun de afecto gratuitamente ofrecidos, algo que no se esperaba, sobre todo si uno se siente indigno: "Señor, no soy digno de recibirte".

En el proceder de Jesús, que visita a una persona en su casa, se echa de ver una gran muestra de afecto. Por esta actitud, deposita su mirada en esa persona, le presta atención y le devuelve su dignidad. Esto explica el enorme regocijo de los publicanos y pecadores a los que Jesús va a visitar.

Mucho más aun, cada vez que Jesús acude a una casa, por el simple hecho de pasar, la santifica. Su sola presencia cambia los corazones de los que la habitan, los convierte y los transforma. Se produce un cambio de vida. Es lo que sucede con Zaqueo, Mateo y otros más. La presencia de Jesús es santificadora. Solo él es fuente de santidad puesto que solo él es santo: *Tú solo eres Santo.*

Importancia de las casas de adoración para una nueva evangelización

Es importante descubrir la riqueza de la presencia de Jesús en una familia, en una casa.

A la luz de la vida de Jesús durante sus treinta años de vida oculta en una casa, y durante sus tres años de vida pública en cuyo transcurso iba de casa en casa, hay una línea espiritual fuerte, digna de proponerse.

Es necesario que la Iglesia imite a Jesús, que lo imite cuanto antes, tomando concretamente como modelo los hechos y actitudes de su vida en la tierra. Al obrar así, siguiendo las huellas de Jesús, sentirá llamada a innovar, conservando la Tradición más auténtica y, al mismo tiempo, vivificándola para bien de las nuevas generaciones. En este movimiento de renovación que atraviesa toda la historia de la Iglesia, hay una flexibilidad y una adaptación incesante que no es otra cosa que el genio del amor. No existen reglas fijas que deben aprisionar a la Iglesia, limitándola a ciertos lugares precisos. La Iglesia está llamada, en este tercer milenio, a extender absolutamente por todas partes sus ramificaciones hasta el corazón del mundo. Y ella no puede realizarlo más que pasando por las casas, tal como lo hizo Jesús. Así como Jesús se invitó a ir a las casas, durante su vida en la tierra, he aquí que hoy en día, en continuidad con lo mismo, se propone llegar lo más cerca posible de su pueblo. Se encierra allí una poderosa significación, cuya importancia es necesario recalcar, para la vida de las familias y para la vida de la Iglesia.

Las nociones mismas de *casa* y de *Iglesia* traen a la mente las siguientes reflexiones.

La Casa en el Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento, Dios se muestra como un Padre, inclinándose con ternura hacia personas y familias especialmente elegidas. Las inspira y las conduce, revelándoles poco a poco el proyecto de su amor. A la sazón, la familia se entiende en un sentido muy amplio. Dios establece alianza con familias enteras que llevan el nombre de una Casa, término que designa una línea, una descendencia.

Es lo que sucede, por ejemplo, con la Casa de Jacob; luego, más tarde, con la Casa de David. Dios alimenta un proyecto de estas Casas. Por eso las elige y las consagra. Las bendice y las ama con un amor preferencial. Con ellas, prosigue hacia todos los hombres y, para realizarlo, cuenta con la adhesión y la cooperación de esas familias, con las que encierra una alianza. Espera de ellas atención y docilidad a sus decisiones, aun cuando estas resulten a veces incomprensibles.

La Casa en el corazón de la Nueva Alianza

Así, en la actualidad, ¡Dios viene a concertar alianza con la familia! No ya solamente, como en el Antiguo Testamento, con personas de la misma descendencia. En lo sucesivo, a partir de la Alianza Nueva y eterna, se trata de una alianza en el amor de la eucaristía, en la adoración del cuerpo y de la sangre de Cristo (*Le Mystere de I' Amour vivant*, (p. 326). Las Casas de adoración, que Dios mira con ternura viven de esta alianza nueva y eterna, sellada en la sangre de Cristo. Igualmente, estas familias, o también estas Casas, están formadas en la actualidad por todos los corazones que viven y palpitan por su Dios, en una verdadera adoración, en medio del mundo. Pueden incluir toda clase de personas, en diferentes estados de vida, y son verdaderas iglesias. Si no existieran estas Casas vivientes, diseminadas en el seno de la sociedad, no habría iglesias, en el sentido de lugares de reunión para el culto. Pero tampoco habría iglesias particulares, entendidas en su realidad teológica, como porciones del pueblo de Dios confiadas al cargo de pastores, sucesores de los Apóstoles. Dicho de otro modo, no hay Iglesia sin las iglesias domésticas.

La alianza de Dios con los hombres no está consumada mientras no haya sido vivida por familias "eucaristizadas", vale decir, por familias que viven la presencia viviente de Cristo. Se necesita que las familias, las Casas que se sientan llamadas a ello, puedan experimentar una vida vigorosamente eucarística. Lo cual no es posible para ellas, sino tienen concretamente acceso a la eucaristía, en las condiciones bien determinadas por la Iglesia. Esta apertura, esta ampliación de la conciencia que la Iglesia tiene de sí misma, es una condición de salvación para la familia como para la Iglesia.

Al inclinarse hacia las Casas y al buscar una nueva alianza con ellas, Dios en su Hijo, Jesús-Eucaristía, quiere en efecto revelarnos algo de su proyecto de amor y de salvación para con los hombres.

Las Casas de Adoración una necesidad para nuestro tiempo

Jesús, con su presencia, santifica la casa de Nazaret.

La volvió santa. De la familia que habitaba esta casa, hizo la Sagrada Familia. Santificó todas las casas que visitó durante su vida pública. En cada una ha hecho escuchar el llamado a la santidad que venía a inaugurar. ¿Cómo podríamos, en la hora actual, esperar la santificación de las familias, si no fuera a través de esta misma presencia de Jesús?

El misterio de la Iglesia particularmente el concilio Vaticano II ha hablado de las iglesias domésticas a propósito de la familia, al ser esta la realidad viviente que constituye el fundamento de la sociedad como también de la Iglesia.

Las Casas de adoración son algo así como su aplicación. Están llamadas a ser su realización, convirtiéndose en "verdaderos santuarios de la Iglesia en la casa" (Vaticano II, *Apostolicam Actuositatem*, nº 11: acerca del apostolado de los laicos).

Al practicar esto, las Casas de adoración responden a reales necesidades de nuestro tiempo:

- Las familias están sometidas a fuerzas contrarias de disgregación. Su único apoyo, su única fuerza es la de Jesús viviente. La presencia de Jesús-Eucaristía, presencia unitiva e integradora, les permite ser casas fundadas sobre la roca, que ni los vientos ni las tempestades podrán destruir.
- Las familias están sobrecargadas y casi no reciben ayuda de la sociedad. Las actuales modalidades de vida les imponen pesadas restricciones. Las mamás que han acogido la vida no pueden acudir a su parroquia, aunque cercana, para rezar y adorar al Señor, presente de una manera privilegiada en el Santísimo Sacramento. No pueden ni deben dejar solos a sus niños.

En cambio, pueden rezar y adorar en la casa. Y en este movimiento, pueden atraer a sus hijos desde la más tierna edad, dándoles así un testimonio para toda la vida. Este no es más que un ejemplo, entre otros, para ilustrar que la casa de una familia que ruega es una iglesia. Y el mismo análisis puede aplicarse a perfiles familiares muy diferentes. Desde que hay un alma que ruega, esta alma es una alma-iglesia. ¿Qué esperamos para ampliar los conceptos tanto de casa como de iglesia, dándole a cada uno su cabal dimensión?

Aun cuando suscitadas por el Señor mismo, las Casas de adoración son simultáneamente una respuesta a las modalidades de la vida actual: responden a las necesidades de este tiempo y están adaptadas a la vida de las familias.

Siendo pequeñas iglesias, permiten a la Iglesia, por una parte, extenderse y, por otra, adaptarse a las realidades de la vida del mundo. No podrían por cierto las familias, mediante esfuerzos por lo demás imposibles, adaptarse a un programa, a una planificación y a unos horarios que no se compadecen con ellas.

Pero la Iglesia prestando real atención a estas verdaderas iglesias que son las Casas, y tomándolas en cuenta puede adaptarse a la realidad de la vida de ellas y a su modo de existir.

Mucho se habla de inculturación. ¿Comienza, tal vez, por allí?

Las Iglesias domésticas, prolongación de la Iglesia en el corazón del mundo

La noción de iglesia debe ampliarse a fin de que la Iglesia crezca. Se ha reducido demasiado la iglesia al edificio de piedra, lugar de culto, lugar de reunión. Es verdad que la *Ecclesia* es la "asamblea" convocada por Dios, y que esos lugares de reunión son los ejes esenciales de la vida de la Iglesia. Los esfuerzos por volverlos aún más vigorosos son siempre susceptibles de desarrollo. Con respecto a esto, las iglesias domésticas pueden aportar un nuevo dinamismo misionera a las parroquias y a las iglesias locales.

Desde luego, no es indiferente recordar que una asamblea se compone de personas, de familias. Estas personas no viven en la casa parroquial sino en sus casas. No existiría la *Iglesia* sin las personas que las componen y sin todas las pequeñas iglesias. Las casas lugares de amor y de vida en las que viven todas estas personas y familias que se dispersan después de cada misa, son las mismas que constituyen la Iglesia. Son, por lo tanto, auténticas iglesias que cobijan bajo su techo a los hijos de Dios.

Las Casas de adoración, una vocación eucarística en el corazón del mundo

La persona de Cristo, en su eucaristía, desarrolla plenamente la vocación de una Casa de adoración como iglesia doméstica. Pues la Iglesia está fundada sobre el cuerpo de Cristo. Es una vida eucarística la que se propone a cada Casa de adoración. Ahora bien, no hay eucaristía sin sacerdote.

Una Casa de adoración, que vive del amor de la eucaristía, está naturalmente relacionada con el sacerdocio del presbítero. Estar relacionada con el sacerdocio no significa que el sacerdote deba vivir en la Casa. No puede ni debe. El sacerdote vive en la casa parroquial. Pero conoce a sus parroquianos como un buen pastor conoce a cada uno de sus hijos. Puede hacerse garante de una persona o de una familia, reconocer la vocación auténtica de una Casa de adoración, y ayudarla a vivir la espiritualidad eucarística propuesta.

El sacerdote puede lograr esto de muchas maneras:

- mediante el propio testimonio de vida centrado en el amor de la eucaristía, que él brinda a sus parroquianos.
- Ayudando a las personas que le están confiadas, a profundizar e incrementar la vida sacramental y la vida interior;
- Desarrollando la vida de adoración.

El nuevo camino consistirá en lograr, poco a poco, que Jesús-Eucaristía fuera realmente accesible a las familias llamadas a vivir esta vida de adoración:

- permitiendo que Jesús-Eucaristía esté verdaderamente cerca de ellas;
- confiándoles a Jesús-Eucaristía para que esté bajo su techo, como Jesús ha estado bajo el techo de María y de José.

Esto no puede conseguirse más otorgando confianza a estas familias como a verdaderas iglesias domésticas.

La presencia de Jesús en una casa desarrollada la fe, la esperanza y el amor de cada persona. Permite a cada uno vivir como cuando Cristo se hallaba en la tierra, y repetir con san Juan estas palabras tan bellas:

*Lo que hemos oído,
lo que hemos visto, con nuestros ojos,
lo que hemos contemplado
y lo que hemos tocado con nuestras manos
acerca de la Palabra de vida,
es lo que les anunciamos.... (1 Jn 1,1-3).*

¿Cómo sentir por Jesús un amor ardiente sin su presencia y sin su proximidad?

Me parece que las familias se mueren por no poder verdaderamente acercarse a Jesús. Él, en su ternura, viene a darnos solución, al inaugurar un nuevo modo de relacionarse con su pueblo.

Es él quien se propone venir a nuestras casas. Es él quien se invita a entrar en ellas.

¿Cómo sería posible no responder a un deseo tan ardiente de Cristo?

Es siempre el mismo deseo que él alimentó durante su vida en la tierra: quiere estar cerca de los hombres. Lo que cambia es su modo de presencia.

Y este modo de presencia es eucarístico.

La eucaristía está confiada al cuidado de los sacerdotes. En el momento de la multiplicación de los panes, Jesús dijo a sus discípulos esta frase sorprendente:

Denles de comer ustedes mismos (Mt 14, 16)

Ahora bien, los discípulos estaban dispuestos a despedir la muchedumbre, a fin de que se las arreglara por sí misma para encontrar su alimento.

*Después a la multitud para que vaya
a las ciudades a comprar alimentos (Mt 14, 15)*

Jesús no quiso esto. Quiso que el Pan de vida fuera confiado a los sacerdotes, no para encerrarlo bajo llave, sino para distribuirlo: "Denles de comer ustedes mismos".

En otras palabras, en nuestra época, esto quiere decir: Denles ustedes mismo el Pan de vida del que están hambrientos.

Este acceso a la eucaristía para las familias es un punto de reflexión necesario y vital para la vida de la Iglesia.

Se darán verdaderamente las garantías y precauciones necesarias si existe una vinculación con la parroquia y, por lo tanto, con el ministerio sacerdotal y con el obispo del lugar. Las Casas de adoración son así parte integrante de la Iglesia, en cuanto iglesias domésticas y verdaderos santuarios de la Iglesia en la casa.

La vida de adoración, tal como es propuesta a través de estas páginas, no puede vivirse plenamente sino con la condición de que Jesús esté cerca de los suyos.

En una casa, cada cual puede adorar en todo momento, incluso y, sobre todo, en horas avanzadas de la tarde o en el transcurso de la noche.

Muchas almas muchas familias reclaman esta presencia de Jesús y la aguardan con una gran esperanza.

La Iglesia es como una enorme persona, con dos inmensos brazos. Con sus brazos extendidos, rodea, protege e integra en sí las Casas, que son pequeñas iglesias. Estos dos grandes brazos son como dos sólidos arbotantes que permiten a la Iglesia universal mantenerse sólidamente. Y ella no puede subsistir de pie más que integrando sus propias ramificaciones.

En esta realidad viviente plasmada por incesantes intercambios, las Casas o, lo que es igual, las iglesias domésticas deben su vida, su existencia, a la protección maternal de la Iglesia. Una complementación vital existe entre ellas, puesto que se trata de un mismo todo, de un mismo cuerpo, en el que opera el Espíritu Santo para hacerlo respirar a pleno pulmón.

En la práctica, se comprende entonces en que consisten las Casas de adoración: son casas unidas a su parroquia, a su diócesis; integradas e insertas en la Iglesia. Pequeñas iglesias, verdaderas ramificaciones en el corazón del mundo de la Iglesia, a la que están vitalmente unidas, no por obligación, sino por verdadero amor la Iglesia de Cristo.

Podemos comprobar que en la hora actual, en el silencio y la paciencia, el Señor mismo abre los corazones a este nuevo camino.

Las Casas de adoración, anticipación de la Ciudad Santa

Parece darse en ellas un tiempo de preparación para la Ciudad santa. Pues, la Iglesia transfigurada será la Ciudad santa descrita en el libro del Apocalipsis. Ahora bien, en la Ciudad santa no hay templo:

No vi ningún templo en la Ciudad (Apoc 21,22).

Lo cual significa que la presencia de Dios no está en un lugar preciso. Sino que el Señor en su gloria es quien se propone reunirse con nosotros, venir hacia nosotros.

Para preparar ese tiempo, el Señor quiere venir a habitar junto a nosotros, en nuestras casas. Él oculta todavía su gloria, en la eucaristía, hasta el momento en que nos la pueda manifestar.

La Ciudad santa se construye desde ahora. Ella se compone de una multitud de casas. Una ciudad no consiste en un solo edificio. Está constituida por el conjunto de todas las casas. Una ciudad se forma también y al mismo tiempo con una multitud de personas de toda clase y de toda condición:

*Después de esto, vi una enorme muchedumbre,
imposible de contar (Apoc 7, 9)*

¡Qué reconfortante es esto para nosotros y cómo nos colma de jubilosa esperanza!

Preparemos entonces casas, santas casas, verdaderas pequeñas iglesias a fin de que se expanda hasta los más apartados rincones del mundo la sola y única Iglesia de Cristo.